



*Más Dulce  
que el Café*

*Miki Russa*

2ª Parte



Ediciones  
Alféizar

# Más dulce que el café

(2ª Parte)

Miki Russo



Ediciones  
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: [info@edicionesalféizar.com](mailto:info@edicionesalféizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalféizar.com](http://www.edicionesalféizar.com)

*“...Porque el amor, cuando no muere, mata  
Porque amores que matan, nunca mueren”*

Joaquín Sabina

## CAPÍTULO 1

La noche no fue tan larga como yo esperaba.

Después de una hora de llanto y de contarle entre sollozos a Sophie lo que había sucedido con mi nuevo ex novio, mi amiga decidió que lo mejor era darme una pastilla para dormir. Apenas la ingerí ella se ofreció a acompañarme a mi habitación, pero me negué rotundamente. Podía hacerlo sola.

Entré a mi cuarto y lo primero que vi fue la foto pegada en el closet, esa en la que aparecíamos Rober y yo aquel día que fuimos al parque de diversiones. Salíamos muy felices, lo que era tan hiriente como una puñalada. Pensé en arrancarla y hacerla mil pedazos, pero no fui capaz.

Busqué mi pijama y recién entonces, al desvestirme, noté que aún llevaba puesta su bufanda, la que sujeté muy fuerte contra mi pecho. La olfateé y comprobé que estaba impregnada de su aroma y de ese perfume fino que lo había visto tantas veces usar.

Me metí en la cama abrazando la bufanda. Miré mi móvil y descubrí que tenía quince llamadas perdidas, todas de Roberto. También había mensajes, pero no alcancé a verlos porque en la pantalla apareció el aviso de batería baja y sin más preámbulos el teléfono se apagó. El somnífero comenzaba a hacerme efecto, así que no tenía fuerzas de ponerme de pie, buscar el cargador y conectar el aparato, mucho menos de devolverle la llamada al hombre que amaba y que un par de horas antes me había confesado, por obligación, que estaba casado.

Mis ojos se cerraron, cansados de tanto llorar.

\*\*\*\*\*

Amaneció un día gris. Poco a poco los recuerdos de la noche anterior fueron llegando a mi cabeza y sentí un mareo. Todo había sucedido tan rápido que no lo había visto venir. La mentira de Roberto había explotado por sorpresa frente a mis incrédulos ojos.

¿Alguna vez has sentido que te mueres de pena? Esa pena que te aprieta el pecho, que no te deja respirar, que te acelera el pulso y sientes que la vida se te va de un segundo a otro. Ese dolor tan insoportable que se empapa de un llanto irracional e imparable. Bueno, yo lo he sentido dos veces; hace un par de años con Miguel y ahora... con Roberto.

Me maldije, por mi mala suerte, por el mal ojo que tengo para fijarme en hombres que siempre terminan teniendo compromisos, pero que supongo me consideran demasiado estúpida y poca cosa para tomarme en serio. Lo maldije a él, por insistir en verme, por cada sonrisa, cada caricia, cada palabra susurrada dejando a un lado su timidez. Los besos, los "te quiero", las noches haciendo el amor... Todo era mentira, una puta mentira. Lo único real era su esposa, la mujer con la que estaba unido legalmente y de quien no se molestó en hablarme. Ella era hermosa, elegante, perfecta, pero especialmente era REAL, así, con mayúsculas. Yo era la otra, la amante, a la que se follaba de aburrido o por mera calentura.

Me dolía el alma, el corazón. Y los recuerdos. Mi cuerpo se sentía ligero, como a punto de desvanecerse y de pasar a otro plano. Pero no era la muerte la que venía por mí... Sólo se trataba

de un corazón roto, hecho mil pedazos, colgando en jirones. Estaba viva, porque como dice la canción "de amor ya no se muere". Ojalá se pudiera, porque habría preferido morirme.

Con dificultad me puse de pie y salí a la sala. Vi el reloj de pared; eran casi las once de la mañana. Sophie estaba allí, sentada en el comedor, leyendo un libro.

—¿No fuiste a trabajar? —pregunté.

—No, llamé y dije que tuve un problema —contestó.

—Claro, que un hijo de puta casado le mintió a tu mejor amiga ¿Verdad?

Sophie no respondió nada y en silencio me sirvió una taza de café. Me ofreció tostadas, pero las rechacé porque no tenía hambre. Le di un sorbo a mi bebida y fui al baño a lavarme la cara. Entonces lo vi: mis ojos hinchados, enrojecidos producto del llanto. Me veía completamente destruida, destrozada por un hombre por segunda vez de la misma manera. Fue inevitable soltar una carcajada, como una loca, es que ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía sucederme nuevamente lo mismo?

Salí del baño, llorando para variar. Cogí mi taza y me senté en el sofá a beberme el café, mirando por la ventana, hasta que vi estacionarse un Audi color grafito afuera del edificio. Conocía ese auto muy bien.

Salté del sillón y corrí junto a Sophie. Le mostré lo que pasaba.

—No te preocupes —habló seria—. Pase lo que pase, sin importar lo que oigas, quédate aquí adentro —agregó dándome un abrazo.

—Quizás debería salir yo...

—No —sentenció—. No tienes nada que hablar con ese idiota. Déjame a mí.

Sophie salió del departamento rauda. Me asomé por el visor de la puerta justo cuando Roberto llegaba; se veía muy desaliñado, ni siquiera llevaba puesto saco. Se acercó a Sophie, pero ella, sin previo aviso, le plantó una bofetada.

—Sophie... —murmuró él, sobándose la mejilla.

—No tienes nada que hacer aquí —pronunció mi amiga—. Lárgate.

—Por favor, necesito hablar con Kari, tengo que explicarle...

—¿Explicarle qué? —interrumpió— ¿Que tienes mujer? ¿Que jugaste con ella?

—Yo no quería hacerle daño, te lo juro.

—Pero lo hiciste —añadió—. Tú me dijiste que lo que sentías por Kari era de verdad, dijiste que la querías de verdad —le reprochó, con un par de lágrimas.

—Y es cierto... Sophie, yo la quiero —contestó tímidamente.

Escuchar a Rober decir que me quería pareció enloquecer a Sophie, quien, enajenada, comenzó a golpearlo en el pecho.

—¡Eres un mentiroso, vete ya! —le gritaba enfurecida.

—Está bien, me voy —aceptó Roberto—. Pero por favor dile que debemos hablar.

Mi pelmazo bajó las escaleras. Sophie entró en el departamento y me encontró mirando cómo mi ex novio subía a su auto y se marchaba.

Apenas el coche desapareció calle abajo entré a mi cuarto, cogí mi bolso y comencé a ponerle ropa dentro.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mi amiga, desconcertada.

—Me voy, por unos días.

—¿A dónde?

—A mi casa —respondí—. Necesito a mi familia.

\*\*\*\*\*

Aquella fatídica noche, apenas me marché del ministerio, Roberto hizo exactamente lo mismo. El sólo hecho de cruzar un par de palabras con Josefina, su esposa, había logrado descomponer su ánimo y de paso la estabilidad que creía haber conseguido en su vida durante los últimos meses.

Dejó sola a la mujer en el salón, bajó hacia la zona de estacionamientos y cogió su Audi. Nunca lo había conducido a semejante velocidad, pero sentía que ir por la carretera a ciento ochenta kilómetros por hora era la de única manera de dejar atrás sus pensamientos.

Llegó al edificio y ni siquiera se molestó en saludar al conserje, mucho menos a los vecinos que se cruzaron en su camino. El trayecto en el ascensor se le hizo eterno, hasta que por fin arribó al doceavo piso. Rápidamente abrió la puerta de su departamento; con desesperación se despojó del abrigo y del saco y se acercó al bar, donde dejando de lado cualquier protocolo llenó un vaso de whisky sin hielo y se lo bebió de un trago. Apenas dejó el vaso vacío sobre la mesa de centro sintió que el nudo que llevaba en la garganta desde que saliera del trabajo se disipaba y se transformaba en otra cosa: se transformó en llanto.

Hacia mucho tiempo que no se sentía así ni lloraba con esa tristeza.

Se echó en su enorme sofá, con la botella de whisky en la mano. Se aflojó la corbata y se quedó quieto, con la vista fija en el techo.

El alcohol hizo que perdiera la noción del tiempo, así que no se dio cuenta y se durmió allí. Al despertar ya eran pasadas las diez de la mañana. Recién entonces notó que había faltado al trabajo y que eso ni siquiera le importaba. Tomó su celular y marcó el número más reciente, el mío. Sonó el buzón de voz.

—Nuestro cliente tiene su teléfono apagado o se encuentra fuera del área de cobertura. Inténtelo nuevamente más tarde.

Colgó. Era la vez número veinte que llamaba sin obtener respuesta.

No lo pensó; sin siquiera lavarse la cara bajó y salió a buscar a la mujer que lo tenía desesperado. Una hora después regresó, sin éxito y aún más abatido.

Otra vez se dejó caer en el sillón, pero a los pocos minutos golpearon la puerta. Abrió por inercia y, para su mala suerte, se trataba de Josefina.

—¿Qué es lo que quieres? —rezongó.

—Pero qué mal humor tienes, cariño —habló burlona.

—Por favor vete.

—Por Dios, Roberto ¿Cómo te atreves a decirme que me vaya? ¿Acaso ya se te olvidó que la última vez que nos vimos me suplicaste que no te dejara?

—No se me ha olvidado —reconoció arisco—. Lo que sí se me olvidó es lo que sentía por ti.

Se sentó en el sofá, con intenciones de seguir bebiendo. Ella, con un tono irónico, sabía dónde tenía que atacarlo para hacerle daño.

—¿Por qué tan triste? ¿Tanto me extrañaste?

Rober no contestó. Ella, sin consultar, tomó el móvil de su marido que estaba sobre la mesa y comenzó a revisarlo.

—Dame mi teléfono.

—¿Acaso hay alguna cosa que no quieres que vea?

Él se quedó mudo. Ella comprendió y abrió la galería de fotos, donde encontró la evidencia: un selfie de Rober y yo en el parque de diversiones, otras en la cabaña a la orilla del lago, algunas simplemente cenando en su departamento o en el mío y una última donde yo lo abrazaba y le daba

un beso en la mejilla.

—Así que es por esa chica, Kari ¿Verdad? ¿Cuántos años menos que tú tiene? ¿Diez, quince?

—A ella no la metas en esto...

—¡Tú la metiste en esto, cuando te calentaste con ella y empezaron a follar! —exclamó, lanzando el móvil al piso violentamente y quebrándole la pantalla.

—¡Cállate! —le ordenó furioso, poniéndose de pie— No quiero que hables de Kari.

—Es que no me lo creo —se rio—. Te enamoraste de esa chica, que jamás va a perdonarte que seas casado.

A ella parecía causarle mucha risa. A él ni puta gracia.

Por la puerta, que estaba entreabierta, apareció Richard.

—Lo que faltaba, tu amigo el proxeneta —se quejó ella.

—Ay, Josefina, no te hagas la difícil ¿Qué no ves que un proxeneta como yo y una mujer como tú podrían hacer grandes negocios? —contestó Richard.

—Qué te has creído, cerdo asqueroso —lo increpó.

—Basta —intervino Rober— Ándate de aquí, Josefina.

Ella miró desafiante a su marido.

—No esperaba que me defendieras de este animal —lo encaró—. Sé perfectamente que nunca has tenido bien puestos los pantalones. El problema es que ahora tu nueva novia también lo sabe.

Josefina se marchó dando un portazo.

Los amigos se sentaron en el sofá.

—¿Qué sucedió? ¿Qué pasó con Kari? ¿Qué sabe de Josefina? —interrogó el magnate.

—Todo —suspiró Roberto—. Josefina le contó la verdad.

—¿Cómo lo tomó?

—Pero qué pregunta de mierda me estás haciendo —gruñó.

Richard se sorprendió. Nunca, ni en la peor situación, Roberto le había hablado de esa forma.

—Perdona, Richard, no es culpa tuya —se retractó—. Es culpa mía, por cobarde no le dije la verdad a Kari y ahora...

No pudo más. Roberto rompió a llorar a todo pulmón, con una pena que conmovía a cualquiera, incluso a su compañero, experto en negocios, tragos y mujeres, pero un ignorante en lo sentimental.

—Ya cálmate, cabrón —trató de animarlo con una palmadita en la espalda—. Las cosas se van a arreglar, ya verás.

—No es cierto, lo arruiné por completo, jamás la había cagado de esta forma...

—Supongo que no irás a volver con Josefina ¿Verdad? No después de lo que ocurrió...

—¿Qué? ¡No! Claro que no —negó.

—Es que me acuerdo de cómo babeabas por ella, cabrón.

—Ya no, eso es parte del pasado.

—Kari es una buena chica, no irás a dejarla por Josefina, que es una bruja.

—Creo que es Kari la que me ha dejado, no yo a ella.

—Se nota que te quiere, Rober. Deberías esforzarte por recuperarla, te ves tan enamorado de ella que sólo puedo compararlo a...

Richard se quedó callado. Tal vez no era el momento de tener esos recuerdos.

—Anda, dilo.

—Sólo puedo compararlo a lo enamorado que te veías de Josefina, antes de lo que pasó.

Roberto suspiró y procedió a contarle a su amigo con lujo de detalles lo acontecido desde la

tarde del día anterior hasta su llegada, incluyendo la bofetada de Sophie.

—Esa chica debe querer mucho a Kari.

—No más que yo.

—Pero ella no le mintió sobre su estado civil.

—Gracias por tu apoyo —respondió, con sarcasmo.

—No, lo digo en serio —protestó Richard—. Hay algo en lo que Josefina tiene razón y eso es en que nunca te has puesto los pantalones. No te la puedes pasar llorando y lamentándote de lo que no hiciste, tienes que resolver qué es lo harás con Kari de aquí en adelante: dejarla ir como un cobarde o pelear por ella como un hombre. Ya has tomado muchas malas decisiones ¿No crees? Tienes casi cuarenta y tres años, es momento de decidir qué es lo que quieres para tu vida, sin dejar que otros se involucren y elijan por ti. Sabes de lo que hablo.

Sí, Roberto sabía muy bien de qué le hablaba.

Mi pelmazo se puso de pie y caminó por el pasillo.

—Me voy a dormir —anunció—. Por favor deja cerrado cuando te vayas.

Lo único que Richard atinó a hacer fue a servirse un trago.

\*\*\*\*\*

A las cuatro de la tarde me bajé del autobús. El pueblo seguía tal cual, como si se hubiese detenido el tiempo. Allí parecía que seguían viviendo dos décadas atrás en comparación con la capital.

A pesar de que estaba nublado llevaba puestas mis lentes de sol. No había parado de llorar y no quería espantar al mundo con mi expresión de desgracia y mis ojos hinchados.

Caminé por las calles que a esa hora se iban poblando de niños de regreso de la escuela, e inevitablemente recordé cuando yo también era niña y corría a casa a ver televisión. La vida era mucho más simple en ese entonces, antes de que los desamores me rompieran el corazón.

Llegué al frontis de la casa de mis padres. El césped estaba muy verde y Rudolph —el viejo gato de mi madre— ni siquiera se inmutó al verme. Pasé junto a él y le revolví sus percutidas mechas que originalmente eran blancas.

Entré por la puerta de la cocina, que suele estar sin llave y algún día será la causante de que se roben incluso al pobre gato. Me asomé a la sala donde mi madre, echada sobre el sofá, veía una telenovela. No alcancé a dejar mi bolso en el piso, porque ella ya me estaba abrazando.

—Mamá, yo también me alegro de verte —le dije.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste a visitarnos? ¿Seis meses? —me reprochó indignada.

—He estado ocupada —me justifiqué.

—¿Y qué haces de gafas de sol? Quítatelas, estás dentro de la casa...

—No es buena idea.

—No digas tonterías.

De un manotazo mi madre me arrancó las gafas y me observó con pánico. Parece que mi aspecto no había mejorado mucho desde la mañana.

—Por Dios, hija ¿Qué pasó? —exclamó preocupada.

—Nada, no es nada —evadí.

—Estuviste toda la noche llorando, es por un chico ¿Verdad?

Pareciera que las madres son adivinas. Aunque no acertó del todo; Roberto no era exactamente "un chico".

Me largué a llorar y le conté mi desgracia a grandes rasgos. Omití algunas cosas —la mayoría —, como que mi ex novio tenía cuarenta y dos años, que golpeó a mi mejor amigo y que estaba casado con una rubia espléndida que, comparada conmigo, era una modelo de alta costura. En síntesis, sólo le dije que mi novio y yo habíamos terminado, sin más detalles.

—Pues es una pena, Kari —suspiró—. Ya estás en edad de casarte, no quiero que te quedes soltera para siempre.

—Mamá, estamos en el siglo XXI, no en el año mil ochocientos. Y ya no hablemos más de ese tema, si vine es porque quiero despejarme un poco —sentencié, tratando de esbozar una sonrisa.

Mi madre me acompañó a mi habitación, que seguía casi igual que al marcharme varios años atrás, primero para vivir con unos tíos en la ciudad y luego con Sophie.

A mi cuarto llegó Rudolph y mi madre lo tomó en sus brazos y lo llenó de besos. Ella me dejó descansando mientras preparaba una tarta para la hora del té, mientras yo me tiraba sobre la cama y a mi lado se enrollaba el gato. Nos dormimos profundamente.

\*\*\*\*\*

Esa tarde tomé el té con mis padres y me llenaron de mimos al ser su única hija en casa. Aunque claro que Rudolph también exigía atención.

Me fui a dormir temprano porque el viaje, el somnífero de la noche anterior y el llanto me habían cansado, pero al acostarme comprendí que me faltaba algo. No podía conciliar el sueño, así que abrí mi bolso y como una estúpida niña saqué la bufanda de mi ex y me acurruqué con ella. Solamente de esa manera me pude dormir.

La mañana del viernes desperté con un poco más de ánimo, no como para correr en una maratón pero el suficiente para quitarme el pijama, darme una ducha y ponerme ropa.

Recién ese día tuve el valor de conectar mi móvil a la corriente y, una vez que se cargó, lo encendí. Las llamadas perdidas de Roberto ya no eran quince, sino treinta y ocho, y los mensajes once. Sólo leí el último.

*Kari, necesito hablar contigo. Te debo muchas explicaciones. Sé que te oculté la verdad, pero te quiero. Por favor respóndeme.*

De mis ojos se escaparon un par de lágrimas de rabia y tristeza, pero en especial de indignación ¿Cómo podía atreverse a decir que me quería? No podía escribirme algo así después de descubrir que tenía esposa, una regia mujer a la que yo jamás le llegaría ni a los talones. A no ser que en realidad me quisiera, pero esa no parecía ser una opción válida.

Borré los mensajes y llamadas y bloqueé el número de Roberto para que no pudiese volver a llamar. No quería hablar con él, porque estaba tan furiosa y vulnerable que no sabía de qué podía ser capaz y, en el peor de los casos, podía terminar por creerle sus palabras de amor. Parecía confuso, pero lo adoraba de tal manera que si volvía a verlo era probable que me lanzara a sus brazos.

Mi madre llegó a mi cuarto a media mañana.

—¿Te sientes un poco mejor? —preguntó cariñosamente.

—Algo —respondí tratando de sonreír, pero no me resultó.

—¿Por qué no visitas a tus hermanos? Te hará bien verlos y compartir con ellos.

—Sí, de hecho, ya lo había pensado.

Estaba decidido: cogí mi antigua mochila, le puse un poco de ropa y emprendí el rumbo a la casa de Leonardo.

Leonardo Rodríguez es mi hermano, cinco años mayor que yo. Vive en la costa con su mujer, su hija y nuestro hermano menor Lorenzo, que se mudó con ellos puesto que ingresó a estudiar biología marina y su casa le quedaba mucho más cerca que la de mis padres, a poco más de una hora de la facultad.

Quién me abrió la puerta fue Natalia, mi cuñada, con quién me llevo bastante bien. Lo mejor fue que mi sobrina Amanda, de casi un año, estaba despierta y pude jugar con ella. A la hora de la comida Lorenzo llegó de la universidad.

—¡Kari! —exclamó sorprendido.

Nos dimos un gran abrazo. Se notaba que ambos nos extrañábamos; a pesar de que soy siete años mayor tenemos una relación genial.

Estuvimos charlando toda la tarde, principalmente de él, ya que le pedí que me contara absolutamente cada detalle de su vida universitaria.

Cerca de las seis Leonardo regresó a casa. Nos abrazamos y entonces Lorenzo soltó la bomba.

—Leo ¿No te parece raro que Kari haya venido así de repente? Creo que hay algo que nos está ocultando.

—Es cierto —reflexionó Leonardo—. Ni siquiera nos llamas y ahora apareciste sin ningún motivo.

—Pues... es complicado —contesté.

Como me negué a hablar sin alcohol en mi cuerpo, esa noche nos fuimos los tres juntos a un bar en el puerto. Nos acomodamos en una pequeña mesa en la terraza y pedimos una ronda de ron y Coca Cola.

Mis hermanos me observaron impacientes.

—Okey chicos, no es tan grave —dije, tratando de restarle importancia a la situación—. Es sólo que... mi novio y yo terminamos.

—¿Tienes novio? —preguntó Leonardo.

—No, ya no —suspiré.

—¿Mamá y papá lo conocen? —interrogó Lorenzo.

—No, iba a presentárselos, pero terminamos antes...

—¿Y por qué terminaron?

Sabía que alguien iba a preguntármelo, era obvio, pero fue inevitable que apenas Lorenzo pronunciara esas palabras mágicamente rompiera a llorar. Ellos se observaron un poco confundidos; como la mayoría de los hombres, nunca han sabido muy bien qué hacer cuando una chica llora.

—Kari, nos estás asustando —habló Leonardo con seriedad—. Dinos por qué terminaron.

De un trago me bebí el contenido de mi vaso y me desahogué, en parte porque rápidamente el trago empezó a hacer efectos en mi cabeza.

Como son mis hermanos y tengo confianza con ellos les conté absolutamente toda la verdad: desde el incidente donde Rober me llamó lesbiana, la ocasión en que casi quemé su cabaña en el bosque tratando de cocinar y nuestro primer beso, pero puse especial énfasis en la parte de la historia donde apareció su esposa y me enteré de que era casado. Leo se impactó y Lorenzo se enfureció y me prometió que lo golpearía si llegaba alguna vez a tenerlo al frente.

A las cinco de la madrugada volvimos a casa un poco —bastante— ebrios, sobre todo yo. Durante esas horas en el bar planificamos varias venganzas contra Roberto, lo que me hizo sentir mucho mejor a pesar de que era simplemente plática de borrachos y jamás lo llevaríamos a cabo. Lo bueno era que, aunque mi romance hubiera terminado tan mal, mi familia siempre estaba

dispuesta a apoyarme.

\*\*\*\*\*

El día sábado estuve con un poco de resaca, pero eso no me impidió jugar con mi sobrina y luego salir a pasear por la playa, sola. Caminando por la arena medité muchas cosas: la pequeña Amanda me hacía preguntarme si quería tener hijos y la respuesta era sí. No tan pronto, pero algún día, lo que inevitablemente me llevó a pensar en Rober ¿Le gustarían los niños? ¿Desearía ser padre? Al menos tenía claro que le gustaba practicar el cómo hacerlos conmigo.

Suspiré. La verdad es que lo extrañaba a morir. Él era un buen tipo, guapo y muy gentil, y lo más importante era que lo amaba, pero me había mentido con algo imperdonable, había jugado con mis sentimientos; me había enamorado y luego destrozado sin piedad.

Después de mucho pensar y de acumular arena en mis zapatillas tomé una decisión: seguiría adelante. Seguiría con mi empleo, mis amigos y mi vida en general. Rober sólo sería un recuerdo alguna noche de insomnio y no volvería a pensar en él. Sería feliz solamente porque tenía ganas de serlo. Ningún hombre iba a impedir mi felicidad.

Muy convencida volví con mis hermanos y al día siguiente regresé a la casa de mis padres, donde me quedé durante una semana más. Finalmente, el domingo después del almuerzo me subí al autobús y regresé a la ciudad, para retomar mi vida justo en el punto donde la había dejado.

\*\*\*\*\*

El lunes temprano partí rumbo al estudio. Necesitaba hablar con Rafael y explicarle porqué había estado fuera del trabajo casi dos semanas completas, pero para mi sorpresa, esa vez el ausente era él.

No supe nada de mi jefe y productor hasta el miércoles. A eso de las once de la mañana entró en la sala común que compartíamos varios colegas y desde la puerta me llamó.

—Kari, ven a mi oficina. Es urgente.

Su semblante me dio un poco de miedo. Sabía que Sophie le había avisado de mi ausencia, pero no le dio ninguna explicación concreta, sólo divagaciones. Quizás estaba molesto por eso.

—¿Qué ocurre? —pregunté, entrando en su pequeño despacho.

—Siéntate.

Obedecí. Él, en lugar de sentarse en su silla frente a mí, se sentó a mi lado. Se veía muy serio.

—Tengo que decirte algo.

—Dime que no es una mala noticia —supliqué.

—Me voy. Renuncié a este trabajo —habló.

Me quedé en shock. Desde que había llegado a ese empleo Rafael se convirtió en mi mentor y protector; cada vez que surgía un problema él estaba allí para ayudarme. Pero ya no estaría nunca más.

Supongo que estaba algo inestable respecto a mis emociones, así que no pude impedirlo y me puse a llorar a mares.

—Pero Kari, no es tan malo —trató de consolarme.

—Roberto está casado.

Rafa me miró impactado y, con su espíritu paternal, me abrazó. Lloré largo rato en su regazo, contándole la historia entre sollozos.

—Lo siento mucho. Parecía ser buen tipo, se veían tan felices juntos...

—Lo sé —dije, secándome mis lágrimas—. Y es terrible, primero Rober y yo terminamos y ahora me dices que te vas de aquí... Siento que me quedo tan sola.

—Cálmate, Kari. Hay algo que no te he dicho.

—No me asustes.

—Es algo bueno —sonrió—. La agencia de publicidad a donde me iré a trabajar está buscando un asistente de dirección de arte y les dije que conocía una chica perfecta para el cargo. El sueldo es mejor y sé que te gustaría dejar este rubro y escalar en tu carrera. Quizás este momento es el perfecto para hacer algunos cambios ¿No crees?

Varios minutos más tarde salí de la oficina de Rafael, con muchas ideas en la cabeza. Enfilaba por el pasillo, pero él me detuvo.

—¡Kari! —me gritó y se acercó a mí—. Una última cosa... La primera semana que no estuviste Roberto vino a la hora de salida, todos los días. Pensé que simplemente habían discutido, pero ahora sé que es más grave. Y a pesar de que te mintió, quizás deberías hablar con él. No se veía nada bien.

—¿Te dijo algo? —pregunté cabizbaja.

—No, nada. Pero no me pareció el mismo hombre que te venía a recoger al estudio.

—Okey. Gracias —sonreí.

Esa tarde me fui caminando hasta el departamento. Tenía mucho en que pensar; Rafael me había conseguido una entrevista al día siguiente en la agencia donde comenzaría su nuevo trabajo.

Finalmente me convencí que tenía razón, ese momento podía ser el preciso para hacer ciertos cambios en mi vida: necesitaba despejar mi mente y concentrarme en nuevos proyectos, y cambiarme de empresa sería un gran reto y me mantendría ocupada. Como dice Sophie, tenía que canalizar mi tristeza en algo positivo para que las buenas energías fluyeran. O algo así, yo no soy tan mística como ella.

\*\*\*\*\*

Fui a la entrevista de trabajo el jueves muy temprano. Resultó ser en un edificio en el centro de la ciudad, lamentablemente muy cerca de los Ministerios nacionales. La gente allí se veía alegre, eran amables y el sitio era muy lindo, con oficinas espaciosas y mucha creatividad, todo dispuesto para hacer grandes cosas.

Primero hablé con un productor y luego con el director, un chico poco mayor que yo, alto, delgado, de cabello castaño claro, ojos verdes y un aro en la oreja izquierda. Llevaba puesto unos jeans negros pitillo, una camiseta de los Sex Pistols y una chaqueta de cuero. Se veía muy sonriente.

—Soy Gonzalo Fishel, pero puedes llamarme Gon —dijo, a modo de presentación—. Yo soy quien dirige cada trabajo que hacemos, principalmente publicidad. Estoy seguro que trabajar aquí te va a encantar.

—En caso de que me contraten —sonreí nerviosa.

—Por supuesto que te vamos a contratar —respondió—. Mientras charlabas con el productor estuve mirando tu book y déjame decirte que tienes mucho talento.

—Muchas gracias, Gonzalo.

—Gon —me corrigió.

—Claro, claro.

—Ahora te llevaré con Celia, de administración, para que veas con ella el contrato y puedas unirte a nosotros cuanto antes, al igual que Rafa.

—¿Eres amigo de Rafa? —pregunté, mientras bajábamos por el ascensor.

—Algo así, hemos trabajado juntos varias veces —contestó.

Gon me dejó con Celia y luego de revisar el papeleo salí del edificio. Como ya dije, este nuevo empleo estaba cerca del ministerio, pero iba muy distraída como para pensar en eso. Iba feliz, mi nuevo trabajo me entusiasmaba demasiado.

Caminaba junto a la zona de piletas frente a la casa de gobierno hasta que de pronto, como en una mala película cliché, choqué con un hombre que, para mi mayor desgracia, resultó ser Roberto.

—¡Kari! —exclamó, con una enorme sonrisa—. No sabes cuántas ganas tenía de verte.

Inmediatamente recordé lo que me había dicho Rafael el día anterior, ese hombre no se parecía en lo más mínimo a mi ex novio: tenía algo de barba, el cabello desordenado, unas ojeras gigantes y el traje desarreglado.

Sin previo aviso me abrazó con fuerza, lo que me sorprendió porque él no era precisamente cariñoso en la vía pública. Por un breve instante me quedé en sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo, pero tan rápido como pude recuperé la compostura.

—¡Suéltame! —dije, apartándolo de mí.

—Kari, por favor, necesitamos hablar —suplicó.

—No tengo nada que hablar contigo, así que déjame en paz, llevo prisa —alegué.

—Sé que me equivoqué, pero te juro que tengo una explicación...

—¿Ah sí? No me digas —ironicé.

—Las cosas no son como crees, por eso necesito que conversemos...

—No, Roberto —enuncié firme—. Me rompiste el corazón. Por favor ya no me busques más. Me di media vuelta y di un par de pasos, pero me siguió y su voz me detuvo.

—Kari... yo te amo —pronunció con dificultad.

—¡No vuelvas a repetir eso! —gruñí.

Era la primera vez que me decía “te amo”, y definitivamente no lo hacía en el mejor momento. Una parte muy recóndita de mi corazón se alegró al oírlo confesar su amor, pero la otra sentía tanta ira que, no sé cómo, saqué una fuerza descomunal y sin medir las consecuencias le di un empujón. Quizás él también se sentía algo vulnerable, o simplemente estaba mal parado, pero con mi golpe cayó al agua de una de las piletas.

La gente se detuvo a contemplar el espectáculo de un hombre completamente mojado en la pileta central. Rober me miró, empapado y triste, y yo no pude decirle nada más.

Haciéndome la tonta continué con mi camino y me metí al metro a toda velocidad, esperando que nadie me reconociera como la chica que lanzó a un funcionario del ministerio al agua, por el gravísimo hecho de ocultarle que estaba casado.

\*\*\*\*\*

Llegué a casa agitada después de lo sucedido en las afueras del ministerio. Allí estaba Sophie, quien había salido temprano de la escuela. Con una mirada de curiosidad me preguntó sobre mi entrevista laboral y le conté que había resultado a la perfección, pero su sonrisa de satisfacción se esfumó al relatarle de mi encuentro con Rober y como él terminó metido en una pileta con agua. Mi amiga me miró con dudas.

—Por una parte, creo que debe haber sido muy gracioso —comentó pensativa—. Pero por otro lado quizás te excediste un poco, considerando que estamos en pleno invierno.

—Él me mintió de una forma horrible —me defendí.

—Sí, y además te dijo “te amo” por primera vez en el momento menos indicado.

—Esperé tanto para escucharlo decir eso —suspiré—. Se merece el chapuzón.

—¿Segura que no lo hiciste a propósito?

—Fue un accidente.

—Pero no te disculpaste ¿Cómo puede saber que fue un accidente?

Las palabras de Sophie me dejaron pensando ¿Y si ella tenía razón? ¿En serio me había sobrepasado? Lo único que sabía era que habían pasado cerca de tres semanas desde que me enteré de la esposa de Roberto e inevitablemente lo seguía queriendo. Quería correr a su lado, que me abrazara y acariciara mi cabello, sentir sus grandes manos recorrer mi cuerpo y su respiración en mi oído al hacer el amor. No me explicaba cómo, pero me había enamorado perdidamente de él y ya no podía sacar ese sentimiento de mi alma. Tenía que encontrar la forma de convencerme que el nuestro era un amor prohibido.

El viernes me levanté después de estar casi toda la noche sin dormir. Primero fui al estudio a gestionar mi renuncia, recoger mis cosas y despedirme de mis compañeros. Luego de eso tomé un taxi rumbo al ministerio.

El conserje, que ya me conocía, me saludó y sin preguntas me dejó subir al segundo piso, donde estaban las oficinas.

Me dirigí tímidamente entre la gente que caminaba de un lado a otro hablando por celular y los trabajadores que tecleaban rápidamente en sus computadoras. Me acerqué al escritorio de la recepción y una guapa chica que ya me había atendido anteriormente ni siquiera me miró.

—¿Qué necesitas? —me preguntó.

—Quisiera hablar con Roberto Brown, por favor —pedí amablemente.

—¿Tienes cita?

—No, pero sólo necesito un minuto.

—Debo preguntarle si te puede atender ¿Cuál es tu nombre?

—Kari... Karin Rodríguez.

Recién entonces la secretaria se dignó a mirarme, con una mueca de desagrado. Me analizó de pies a cabeza y soltó una risita.

—No, no puede atenderte —contestó.

—¿Qué? —exclamé—. Pero ni siquiera le preguntaste...

—Lo siento, es mejor que te vayas.

Quise decirle algo, pero no supe qué. Tampoco estaba tan segura de querer hablar con Rober, quizás sería preferible marcharme, tal vez mientras menos contacto tuviera con él lo olvidaría con mayor facilidad.

Me di la vuelta y para mi sorpresa Eduardo estaba allí, viendo la situación.

—Valentina, no seas tan mala con Kari —dijo, a la vez que me besaba en la mejilla.

—Lo siento, señor Becker —se disculpó ella.

—Kari, ven conmigo.

Seguí a Eduardo. Me pareció extraño que de pronto se portara tan gentil conmigo, considerando que ya me había dejado muy claro que, según su percepción, Rober y yo no éramos muy compatibles.

Llegamos hasta un pasillo. Allí se detuvo y se paró frente a mí, sumamente serio.

—¿Para qué quieres ver a Roberto? —inquirió.

—Ayer tuvimos un intercambio de opiniones —dije, por llamarlo de algún modo—. Y no terminó muy bien, creo que le debo unas disculpas.

—Lo sé —habló, mirando por la ventana—. Todo el edificio lo sabe. Déjame decirte que si querías venganza esa fue una fantástica manera.

Me sentí horrible al escuchar a Eduardo. Mi ex era tan tímido que de seguro se había sentido pésimo al ser el objeto de los comentarios de sus colegas.

—Okey, no te entretengo más —pronunció—. Ya sabes dónde está la oficina de Roberto.

—Gracias Eduardo.

—Un último asunto —meditó—. La secretaria no quería dejarte entrar porque Josefina, la esposa de Rober, le encargó que te impidiera verlo si venías. Ya sabes cómo son las mujeres, sin ofender —agregó burlón.

Me dirigí a la oficina de Roberto. Me detuve un instante, indecisa sobre si debía quedarme o salir corriendo, pero finalmente opté por ser valiente. Golpeé la puerta.

—Pase —gritó desde adentro.

Giré la manilla y me encontré con mi ex novio, con las gafas ópticas puestas. Se veía muy concentrado detrás de su escritorio, aunque nuevamente unas ojeras enormes adornaban su rostro. Al verme instantáneamente se puso de pie.

—Hola —saludé.

—Kari ¿Qué haces aquí? —consultó, con una sonrisa— ¿Quieres beber algo? ¿Un café o un té?

—No, sólo vine para decirte algo muy breve...

—Te escucho.

Rober se apoyó en su escritorio y mis ojos se posaron en un vaso a medio beber junto a su teclado. Por el color del líquido deduje que se trataba de whisky ¿Qué mierda? pensé, ni siquiera era mediodía para que estuviera bebiendo.

—Yo... siento mucho lo que sucedió ayer —dije, mirando el suelo—. Quiero que sepas que fue un terrible accidente y que jamás tuve la intención de empujarte a la pileta de agua, menos con el frío que hace.

—No tienes que decirlo, sé que no lo hiciste a propósito —contestó, sin dejar de sonreír.

—Supe que has sido el tema de conversación del edificio...

—Sí —respondió, restándole importancia—. Pero es lo mínimo que me merezco por lo que te hice ¿No crees?

—No vine a hablar de eso —rebatí— Sólo quería disculparme. Lo siento mucho.

—Está bien, no te preocupes —sonrió.

—Ya me voy.

—Te acompaño afuera.

—No es necesario...

—Quiero hacerlo. Por favor.

Rober salió caminando junto a mí. Pasamos frente a la secretaria, quien, si hubiera podido, me habría asesinado con su mirada, pero él no pareció darse cuenta.

Llegamos hasta el jardín del edificio, ese donde tantas veces nos habíamos encontrado.

—Adiós —me despedí.

—Kari... —balbuceó—. Sé que no quieres hablar del tema, pero en serio me gustaría poder aclararte cómo fue que sucedieron las cosas.

—No tienes que hacerlo, las explicaciones debes dárselas a tu mujer, no a mí.

Nos quedamos un momento en silencio, hasta que él acarició mi mejilla y se decidió a hablar.

—¿Puedo abrazarte?

No pude negarme a su petición y con un movimiento de cabeza le indiqué que estaba de acuerdo. Me apretó fuerte contra él y una sensación muy rara me sacudió; era nostalgia, tristeza, ganas de no soltarlo nunca más. En pocas palabras, creo que simplemente era amor.

—Ahora sí, ya me voy —dije, antes de que se me escapara una lágrima.

—Nos vemos.

Me dio un beso en la frente y sentí como su barba me raspaba levemente ¿Hace cuántos días que no se afeitaba? Mínimo debían ser tres o cuatro, algo raro en él, quien incluso guardaba una rasuradora en mi habitación para no ir jamás al trabajo con vello en la cara.

Me fui a casa sin detenerme a mirar atrás, porque sabía que él me estaba mirando.

## CAPÍTULO 2

El sábado amanecí muy deprimida. Las últimas semanas no habían sido de lo mejor y aparentemente había vuelto a ver a Rober demasiado pronto, lo que me hacía sentir peor. Lo extrañaba y en parte era un alivio a mi atormentada alma verlo nuevamente, pero en contraparte me dolía no poder acercarme a él como antes, cuando éramos felices y comíamos perdices. Parecía tan lejana esa época en que éramos novios.

Sophie salió temprano ya que debía ir a la escuela a un acto para los padres y luego saldría con los demás maestros a beber unos tragos, por lo que estaría toda la jornada fuera.

Me sentía sola. No podía parar de pensar en Roberto y en nuestra desdichada historia.

No sabía a quién recurrir, así que me puse mi chaqueta y salí a la calle, rumbo a una dirección muy conocida para mí.

Llegué a mi destino un poco confundida; sabía que tendría que dar muchas explicaciones sobre los últimos acontecimientos, pero necesitaba compañía y en ese momento nadie podía ser un mejor compañero.

Toqué el timbre y la puerta se abrió. Pablo me miró estupefacto.

—Kari ¿Qué haces aquí? —preguntó desconcertado.

—¿Estás ocupado? Si estás con alguien puedo irme...

—Estoy solo, pero me sorprende que vengas, quedamos en no vernos durante un tiempo ¿Te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo, pero las cosas cambiaron un poco —respondí.

Me acomodé en su sofá y le conté de mi quiebre con Rober. Pablo me escuchó con atención, me entregó una caja de pañuelos desechables para que secara mis lágrimas y soltó una fuerte carcajada al oírme narrar el incidente de la pileta.

—Quisiera decirte que lo siento, pero no es verdad —habló mi amigo—. Ese tipo no era para ti, no sabías absolutamente nada de él.

—Es cierto, pero...

—No quiero decirte que te dije que esto pasaría, pero te lo dije —interrumpió.

—Te encanta decir “te lo dije” ¿Verdad?

—Claro —sonrió—. En especial a ti, que si me hicieras caso, no te pasarían tantas desgracias.

Estuve la tarde completa en casa de Pablo, pero como amigos comunes y corrientes. Vimos una película de humor y luego preparamos café y comimos tostadas. Me mostró fotos de Pablito, del paseo al campo que habían hecho la semana anterior y también me comentó sobre el avance del edificio en el que estaba trabajando.

Charlamos mucho y gracias a eso pude sentirme algo mejor. Cerca de las nueve de la noche salió a dejarme a la calle y mientras esperábamos mi taxi, no titubeó en hablarme.

—Entonces, tal como te dije hace tiempo, tendré que ir a golpear al pelmazo. Te prometí que lo haría si te hacía daño, supongo que no lo has olvidado.

—No, no lo he olvidado —sonreí.

—Me alegro.

Mi taxi llegó y tras un beso en la mejilla, subí y me marché. Una vez más podía comprobar que Pablo era un amigo de esos que valían oro.

\*\*\*\*\*

El lunes fue uno de esos días que difícilmente se pueden olvidar.

Me levanté temprano y a las nueve en punto estuve en mi nuevo trabajo. Era mi primer día y lo mínimo era presentarme puntual y feliz. Gon me presentó al equipo y fui muy bien recibida. También me dieron mi escritorio, el cual era más bien pequeño, pero aun así me parecía mucho mejor que el que tenía en el otro estudio.

Antes de mediodía tuvimos la primera reunión, para comenzar a trabajar en algunos anuncios publicitarios. Inicialmente estaría sola a cargo de la dirección de arte, ya que la otra chica se había quebrado una pierna y debía permanecer en reposo indefinido, lo que me daría la oportunidad de mostrar mi potencial.

Gon resultó ser un chico muy amable y rápidamente formamos una maravillosa dupla laboral. También comenzamos a charlar de la vida; me contó que tenía treinta y dos años, que su padre era el dueño de la agencia y por eso lo colocó de director. Tenía títulos de cineasta y publicista y fuera de aquel edificio no había tenido otro empleo. Aun así, no era un niño mimado y se lucía con su creatividad para sacar adelante cada proyecto. Por supuesto me causó gracia el hecho de tener un jefe semi punk adinerado.

Hasta ahí mi día marchaba a la perfección.

Los problemas comenzaron cerca de las siete de la tarde, cuando acababa de volver a casa. Entonces recibí una llamada del cuartel de policía local. En pocas palabras me explicaron que dos individuos habían protagonizado una pelea en la calle y que, al ser consultados sobre el motivo, había aparecido mi nombre. Ellos, para entender mejor el contexto, querían que fuera a la estación.

Sophie se ofreció a acompañarme, pero le dije que prefería ir sola. Un mal presentimiento me invadió durante el trayecto.

Apenas llegué a la estación de policía y les di mis datos, dos policías se miraron con expresión de risa. A mí la situación no me causaba ninguna gracia.

—Señorita Rodríguez, seré breve —habló el policía—. Esta tarde, cerca de las seis y treinta, fueron arrestados los señores Roberto Esteban Brown y Pablo Alexander Clementi por una riña callejera, frente al edificio de gobierno

—¿Están bien? —pregunté. A pesar de estar molesta, me preocupaba su salud.

—Ambos presentan heridas menores. Al ser interrogados, el señor Clementi nos dijo que fue él quien inició la agresión y añadió que el motivo es que el señor Brown habría lastimado los sentimientos de su mejor amiga, es decir, usted —me explicó el segundo oficial— ¿Quiere agregar alguna información a la causa?

—Preferiría no hacerlo —respondí.

Apareció un tercer oficial, pero esta vez se trataba de una mujer. Me miró a los ojos y ella pareció entender lo que sentía. Se acercó a mí e hizo a un lado a sus compañeros, quienes se aguantaban la risa.

—Señorita Rodríguez, este no es el procedimiento habitual —habló—. Pero creí que era conveniente que supiera lo ocurrido, ya que estaba involucrada.

—Le agradezco mucho —añadí— ¿Podría hablar con los chicos? Necesito hacerlo, por favor

—supliqué.

—Ya que la hicimos venir supongo que podemos ayudarla —suspiró ella.

Otro funcionario me acompañó hasta los calabozos, donde estaban ellos, en celdas contiguas. Al verme ambos se acercaron a la reja.

—¡Kari! —exclamaron al unísono.

—¡Son unos idiotas! —les grité enfurecida— ¿Qué creían que hacían?

La pelea había comenzado cuando Roberto se preparaba para irse a casa y pasó junto a la recepción. Valentina, la secretaria, lo detuvo.

—Señor Brown, un hombre lo estaba buscando —le avisó.

—¿Tan tarde? Qué extraño —comentó él.

Roberto se despidió de la secretaria y bajó las escaleras. Como aquel día no había ido en su auto salió por la puerta principal para tomar un taxi, pero apenas puso un pie en la calle encontró a un sujeto mirándolo desafiante.

—¿Qué haces aquí?

En lugar de responder, Pablo se acercó y le plantó un puñetazo en la cara. Roberto perdió el equilibrio y trastabilló, lo que mi mejor amigo aprovechó para darle un empujón y un golpe en el estómago.

—¿Qué haces, imbécil? —lo increpó.

—¡Le mentiste a Kari, hijo de la grandísima puta! —le reprochó—. Me la quitaste sólo para hacerle daño, pero la perdiste y ahora ella volverá a ser mía.

Roberto perdió el control al oír a Pablo decir que yo sería suya. La ira se apoderó de él y con fuerza lo empujó contra una pared y le puso dos golpes en la nariz, haciéndolo sangrar. Acto seguido lo arrojó al suelo y se instaló encima a continuar agrediéndolo.

—¿Y crees que yo no la quiero? —gritó enfurecido.

—Claro que no, sólo te calentaste con ella porque es joven y bonita...

—Cállate, cabrón de mierda.

Rodaron por el suelo entre patadas y puñetazos, a vista y paciencia de las personas que pasaban a esa hora por ahí. Nadie se inmiscuyó en la pelea, hasta que de entre el gentío emergieron dos policías, que cogieron a cada uno de los combatientes.

—¡Ya deténganse! —ordenó un oficial.

—¡Le mentiste! —gritaba Pablo.

—Yo la quiero de verdad, tú no tienes idea —repetía Rober—. Yo la quiero, yo la quiero...

—Silencio —vociferó el uniformado.

La policía esposó y subió a los hombres en una patrulla y emprendieron rumbo a la comisaría. Allí fueron interrogados, para saber qué diablos era lo que había sucedido, y posteriormente llamaron para avisarme.

Los observé: Rober tenía un ojo herido, el que seguramente pronto se pondría morado, además de manchas de sangre en su blanca camisa. Por su parte, Pablo lucía la nariz rota.

—Te dije que iría a golpearlo —habló Pablo orgulloso.

—¿Lo sabías? —alegó Roberto.

—Creí que era una broma —me excusé.

—Por Dios, Kari, sabes que no bromearía con algo así... —se rio mi amigo.

—¿De qué te ríes, infeliz? —inquirió mi ex a su rival.

—¡Basta! —exclamé—. Es suficiente.

—No te preocupes, Kari, este hijo de puta no va a volver a molestarte —intervino Pablo.

—Kari, tenemos que hablar —insistió Rober.

—¡Cállense los dos! —les ordené—. No necesito que me defiendas, Pablo, puedo hacerlo sola. Y no quiero hablar contigo, Roberto, de hecho, no quiero hablar con ninguno de ustedes. De verdad me han decepcionado, pensé que eran hombres racionales, no unos cavernícolas.

—Señorita ¿Desea pagar la fianza de alguno de los caballeros? De lo contrario tendrán que pasar la noche encerrados —me explicó el oficial.

—Si de mí depende, espero que pasen la noche y la eternidad encarcelados —le contesté—. Adiós muchachos, disfruten su estadía —agregué con sarcasmo.

Hirviendo en ira salí de la comisaría y me fui de regreso al departamento. Me puse mis audífonos y coloqué mi teléfono en modo avión: quería perderme en la música y olvidarme de ese par de idiotas que me ponían de tan mal humor.

\*\*\*\*\*

—¿Qué hacemos ahora?

Era una noche a principio de semana en el lujoso departamento del secretario del ministerio de cultura. En su elegante salón decorado por pinturas abstractas y lámparas de pie, Eduardo, su mujer Isidora y la mejor amiga de ésta, Josefina, bebían unos aperitivos antes de pasar al comedor a cenar.

—Tú lo abandonaste —habló Eduardo seriamente—. Pensé que sabías lo que hacías.

—La gente comete errores —se defendió Josefina.

—¿Errores? No creo que sea un error haberte metido a la cama de un montón de italianos —se rio Isidora.

Isidora era una mujer muy guapa, rubia, esbelta y delicada, con unos ojos azules cautivadores. A Eduardo le gustaba porque era la compañía perfecta para sus fines políticos; se desenvolvía a la perfección en eventos de beneficencia y en la ardua vida social que mantenían. Eran la pareja ideal, a pesar de que no existía la certeza de que se quisieran. Y, aunque lo hicieran, eso no impedía que Eduardo se acostara con cuanta muchacha se le antojase en el ministerio y eventualmente en El Habano, el bar con categoría de prostíbulo que solía visitar.

—Supongo que eso no se lo dirás a Roberto —gruñó el dueño de casa.

Su amigo, por estúpido que se hubiese puesto el último tiempo, seguía siendo hombre y, como parte de la élite que significaba ser del género masculino, no debía ser engañado jamás por su esposa. Para él eso era una traición imperdonable; el marido puede mentir y revolcarse con quien guste, pero la esposa debe estar en casa, siempre callada. Esa era su premisa sobre la vida conyugal.

—No, no se lo diré —respondió Josefina—. Yo soy la víctima, él es quien se ha estado involucrando con esa chica.

—¿Qué piensas decirle a Roberto para que vuelva con Pepi, amor? —interrogó Isidora.

—No lo sé —meditó el secretario.

—¿Cómo que no lo sabes? —increpó Josefina.

—Rober ya no es el hombre sensato que conocíamos —pronunció—. Creí que se le pasaría el interés por Karin luego de acostarse con ella, pero no sucedió, es más, he llegado a pensar que le gusta en serio.

—Eres su mejor amigo, convéncelo de que es la crisis de los cuarenta y punto.

—No es tan fácil —la contradijo Eduardo—. Rober lo pasó muy mal cuando te fuiste. Te tiene mucho rencor.

—Pero antes me amaba, de seguro aún lo hace...

—Eso espero —suspiró él—. Pero tengo que deshacerme de Karin, de lo contrario nada de lo que hagas va a servir; ella lo tiene vuelto loco.

—Pues con un poco de mi amor ya no va a querer acostarse con esa estúpida —aclaró Josefina—. Estoy decidida a recuperar lo que es mío.

—Sí, quieres recuperar lo que es tuyo, pero soy yo el que tiene que resolver cómo lo harás —enunció con sarcasmo—. Sabes perfectamente que sin mí no conseguirás nada.

—No le hables así a Pepi —intercedió Isidora.

—Déjalo, tiene razón.

—Claro, ahora tengo razón ¿Verdad? —ironizó Eduardo—. Entiende una cosa, Josefina: el problema no es que Rober se acueste con otra siendo tu marido, el problema es que cree que está enamorado de ella y va a pedirte el divorcio.

Se hizo el silencio. Nadie había dicho la palabra “divorcio” porque hacerlo era sentir que la amenaza se volvía real. A ninguno de los tres le convenía llegar a esos extremos.

Sonó el teléfono de Eduardo. Contestó la llamada y a medida que hablaba su semblante fue cambiando hasta descomponerse por completo. Colgó.

—Mierda —murmuró, sirviéndose otro trago.

—¿Qué pasó, Edu? —preguntó Isidora.

—Tu marido —se dirigió a Josefina—. Está detenido en la comisaria, por ponerse a pelear en la calle con el ex novio de Karin.

—Rober no es capaz de algo así —habló Josefina, incrédula.

—Te lo dije, ya no es el hombre que era antes. Ahora ve a pagar su fianza y sácalo de ahí.

—No, no voy a ir —se rio ella— ¿Estás demente? No me iré a meter a ese lugar. Ve tú.

—Las tonterías de Roberto no me van a amargar la noche.

Una vez pronunciadas aquellas palabras, Eduardo buscó en la lista de contactos de su teléfono hasta que llegó a la persona que necesitaba.

—Richard, necesito pedirte algo.

Al cortar la comunicación ya había resuelto el problema a su manera, es decir, dando órdenes a otros para no tener que jamás ensuciarse las manos.

Lamentablemente Eduardo no era de los amigos que están en las buenas y en las malas.

\*\*\*\*\*

Esa noche me costó mucho quedarme dormida, y al lograrlo fue terrible. Cada cierto rato despertaba y comprobaba que seguía furiosa, es que ¿Qué diablos creían que hacían Roberto y Pablo al ponerse a pelear? ¿Era una especie de duelo o qué?

Producto de mi rabia no escuché la alarma de mi móvil y me quedé dormida. Mierda, era apenas mi segundo día de trabajo y llegaría tarde.

Corrí a la oficina y conseguí que mi atraso fuese solamente de media hora. Gon me recibió con una sonrisa.

—¿Estás bien? Traes mala cara —comentó, entregándome un vaso con café.

—Tengo algunos problemas personales...

—¿Algo muy complicado?

—Mi ex novio, con el que terminé porque me ocultó que estaba casado, fue arrestado por pelear en la calle con mi mejor amigo, que está enamorado de mí —resumí de sopetón.

—Suenan bastante complicado.

Nos bebimos el café mientras trabajábamos afanosamente. Cerca de las once de la mañana sonó el teléfono fijo. Era la recepcionista.

—Kari, te busca una tal Sophie —me avisó.

—Déjala pasar, por favor.

Sophie apareció en mi escritorio, donde Gon estaba junto a mí. Se observaron sin decir nada mientras yo tecleaba rápidamente.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a mi compañera de departamento, sin siquiera mirarla.

—Olvidaste tu almuerzo —contestó—. Tuve un bloque libre en la escuela y pensé en traértelo.

—Kari ¿No me presentas a tu amiga? —balbuceó Gon.

Observé a Gonzalo, quien no le despegabamos los ojos de encima a Sophie. De malas ganas los presenté y ambos se pusieron a charlar muy animadamente. Yo no estaba de muy buen humor y verlos envueltos en tanta coquetería me ponía peor.

—Okey, Sophie, muchas gracias por la comida, pero estamos ocupados —dije.

—Oh, claro, ya los dejas.

Justo en ese minuto sonó mi celular. Gon, extremadamente amable, se ofreció a acompañar a la chica hasta la salida, mientras yo contestaba la llamada. Se trataba de Pablo.

—¿Qué quieres? —consulté hastiada.

—Sólo te quería informar que ya no estoy en la cárcel —pronunció sarcásticamente—. Llamé a Amelia y fue a buscarme a la comisaría.

—Me alegro —respondí, sin interés.

—No seas así, lo hice por ti.

—Necesito que me digas algo... —divagué, tratando de ser sutil— ¿Qué pasó con Roberto?

—Fantástico, sigues preocupándote por ese hijo de puta, después de toda la mierda que te ha hecho pasar —gruñó.

—No estoy para sermones, respóndeme y ya...

—También quedó libre anoche.

—¿Lo fue a buscar su esposa? —interrogué.

—No, se lo llevó un tipo mayor, al que le causaba mucha gracia verlo detenido.

Ese debía ser Richard, pensé. Nadie más podría reírse de algo así.

Pablo y yo no charlamos mucho más. Los dos estábamos molestos el uno con el otro, lo que hacía la conversación muy hostil y contraproducente, por lo que mejor colgamos.

Continué trabajando hasta que Gon regresó, bastante rato después. Se instaló nuevamente junto a mí, irradiando felicidad.

—Tu amiga Sophie es muy linda —comentó.

—Sí —acepté a regañadientes— Ahora continuemos.

A Gonzalo no le quedaron ganas de seguir hablándome de Sophie. Definitivamente no estaba de humor para ese tipo de juegos.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente intenté levantarme más temprano para ir a la agencia, pero cada mañana me costaba más salir de la cama. Me ponía nostálgica al ver el otro lado vacío, considerando que

hace tan poco tiempo atrás compartía las sábanas con el hombre que había logrado enamorarme después de años de soledad.

Entre tanta reflexión se me hizo tarde, así que bajé las escaleras lo más veloz que pude, pero inevitablemente me llamó la atención que muchos de los vecinos estaban reunidos mirando hacia la calle.

—¿Pasa algo? —les pregunté curiosa.

—Hay un Rolls Royce estacionado al frente —contestó el conserje.

Salí del edificio y del famoso Rolls Royce descendió Richard, con un pantalón beige y un abrigo a cuadros rojos y negros, con una sonrisa en su rostro.

—Hola Kari —saludó, dándome un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —interrogué confundida.

—Necesito hablar contigo, es urgente.

—Voy tarde al trabajo —me excuse. Era obvio de qué quería hablarme.

—Entonces sube, te llevo.

No tenía mucha alternativa, por lo que subí al lujoso vehículo y me abroché el cinturón de seguridad. Richard se puso en marcha.

—¿Cómo has estado? —inquirió.

Su pregunta me enfureció, o sea, después de que el hombre que amaba me ocultó que en realidad tenía esposa ¿Cómo se suponía que debía estar?

—Pero qué pregunta de mierda me estás haciendo —bufé.

El magnate soltó una carcajada, sin dejar de mirar al frente.

—Qué divertido, Rober me dijo exactamente lo mismo hace unos días...

—No tienes que hacer esto —advertí.

—¿Qué cosa?

—Jugar al abogado del diablo.

—De hecho, sí, sí tengo que hacerlo —contestó—. Porque ese cabrón es mi amigo y está sufriendo.

—¿Él está sufriendo? —exclamé indignada—. No me hagas reír.

—Kari, es en serio —aseguró, con tono preocupado—. Rober está muy mal; es cierto que la culpa es completamente suya, que fue un cobarde y que debió decirte que estaba casado desde un principio, pero eso no quita que te quiera.

Me quedé en silencio. A esas alturas no parecía una opción válida que Rober me quisiera.

Me limité a mirar por la ventana, tratando de hacer a un lado mis ganas de llorar.

—Jamás lo había visto tan afectado por algo, ni siquiera después de que Josefina lo dejó —comentó.

¿Qué? ¿Su mujer lo había dejado? ¿Cuándo?

Las preguntas se agolpaban en mi cabeza tratando de buscar respuestas, pero no las encontraba. Al parecer la vida de Roberto era un completo misterio, que me provocaba una enorme curiosidad.

—¿Cómo lo viste? —consulté tímidamente.

—Lo vi llorar —confesó—. Lo vi destrozado llorando porque te había perdido ¿Sabes lo hecho mierda que debe estar un hombre para llorar frente a otro?

Sentí un nudo en la garganta ¿Y si fuera verdad que me quería? ¿Y si en realidad hubiera una explicación lógica para lo sucedido? Richard tenía razón, no por cualquier cosa un hombre llora frente a otro, por esa loca idea que les meten en la cabeza desde niños de que los machos no

lloran.

—Además —continuó—. También me preocupa que desde que ustedes terminaron casi no come y ha empezado a beber muchísimo. Tú lo conoces y sabes que no tiene una gran resistencia con el trago.

Era verdad; si Rober se bebía más de dos copas terminaba mal del estómago y con resaca al día siguiente. Era increíble cómo en tres meses había logrado conocerlo tanto y a la vez tan poco.

—¿Por qué me dices todo esto? —cuestioné.

—Dale una oportunidad —pidió—. Escúchalo antes de arrojar eso tan bonito que tenían a la basura.

Llegamos a mi trabajo. Sabía que tenía que bajar, pero no sentía fuerzas para hacerlo. Hablar de Roberto me ponía triste, me llenaba de melancolía ¿Cómo mierda había podido dejarlo entrar tan profundamente en mi corazón?

—¿Te acuerdas que la noche en que nos conocimos te pregunte qué era lo que más te gustaba de Roberto? Nunca me respondiste.

—Rober es un caballero —sonreí—. Es dulce, tierno, muy atento y...

No lo pude evitar y me largué a llorar efusivamente. Era imposible contener los sentimientos que ese hombre me causaba, estaba enloquecida de amor por él.

—¿Estás enamorada de Roberto? —inquirió.

Asentí con la cabeza

—Él también está enamorado de ti. No tiene sentido que los dos sufran separados si se quieren tanto.

—Gracias por traerme, Richard —dije, secándome las lágrimas.

—Nos vemos.

Me bajé del auto. Richard me hizo adiós con la mano y yo le devolví el gesto.

Caminé al edificio de mi oficina. Ese no iba a ser un día fácil.

\*\*\*\*\*

Estuve muchos días dándole vueltas a la idea. Tenía tantas dudas que trataba de dilucidar ¿Por qué no fue su mujer a sacar de la comisaria a Roberto? ¿Qué era eso que tanto quería aclararme? ¿De verdad estaba tan afectado como Richard me había contado? ¿Sería acaso que me quería en serio? ¿Qué otras cosas yo desconocía?

Durante el día me concentraba en el trabajo y así evitaba pensar en mi ex novio, pero en las noches, antes de dormir, meditaba en todo lo sucedido los últimos meses.

Para el sábado ya había tomado una decisión: cogí mi móvil y desbloqueé el número de Roberto. Tras dudar unos instantes marqué a su teléfono. Sonó varias veces hasta que finalmente contestó.

—Kari ¿Eres tú? —preguntó incrédulo.

—Eso creo...

—Pensé que jamás volverías a llamarme —comentó.

—Esa era la idea, pero necesito hablar contigo, personalmente.

—Claro ¿Quieres que vaya a tu departamento? ¿O prefieres venir al mío?

—Prefiero que nos veamos en un lugar neutral —respondí—. Además, dudo que a tu mujer le guste que vaya a visitarte a tu departamento.

—Ella no está aquí —aclaró—. No vive aquí.

Diablos, esa información era nueva. Me carcomía la curiosidad, pero disimulé.

—¿Te parece bien en el café del centro? ¿A las siete? —propuse.

—Me parece perfecto. Te veo allí.

—Nos vemos.

—Okey. Un beso —murmuró avergonzado.

Mierda ¿Por qué tenía que mandarme un beso? Con las enormes ganas que tenía de besarlo.

Cerca de las cinco y media de la tarde salí de la ducha, me sequé el pelo y me maquillé. Tenía que arreglarme mucho para nuestra cita-no cita. No quería que me viera destruida por él, ni siquiera dolida, así que me puse un vestido gris, botas largas y un abrigo. Antes de salir del departamento me vi al espejo y recién entonces me fijé que llevaba puesta su bufanda. Suspiré y me la quité.

Como estaba tan ansiosa llegué temprano al café, antes que él, y pedí un latte de vainilla. Me senté en una mesa al fondo, esa que siempre ocupábamos al ir allí por las tardes antes de marcharnos a casa. Tantos recuerdos inundaban mi cabeza, tantas risas, tantos abrazos, tantas miradas cómplices llenitas de amor. Sin proponérmelo me había colocado muy nostálgica. Es por eso que jamás llego temprano a ninguna parte.

A las siete en punto Roberto entró al café y puso una mueca de sorpresa al verme ahí justo a tiempo. Aún tenía su ojo morado. Se acercó y se sentó frente a mí. Una camarera llegó a la mesa y pidió la orden; yo quise un segundo latte y él pidió un expreso. Nos miramos en silencio.

—¿De qué quieres hablar? —me preguntó, sonriendo.

—No lo sé ¿Te parece bien del clima? —ironicé.

—Ay, Kari —suspiró—. Sé que estás enojada, estás en tu derecho.

—¿Por qué lo hiciste? —interrogué directamente— ¿Por qué no me dijiste que estabas casado?

Rober miró el techo con expresión de culpa. Justo la camarera llegó con los cafés. Los dejó y se retiró.

—Quería decírtelo.

—No lo hiciste.

—Te juro que lo intenté muchas veces...

—Pero no lo hiciste —insistí.

—Y me arrepiento de eso, porque hice exactamente lo mismo que tu novio anterior.

Tenía razón: él y Miguel parecía que habían sido cortados con la misma tijera. Y yo, al parecer, seguía teniendo pésima suerte en el amor.

—Es una historia muy larga —habló solemnemente—. Necesito que me escuches con atención.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Él continuó hablando.

—Josefina no es mi primera esposa —confesó—. Es la tercera.

El impacto fue tal que comencé a toser con violencia, tanto que Rober tuvo que pedir un vaso con agua. Una vez que me recuperé, pude decir algo.

—Pero ¿Cómo es posible? —exclamé, en shock.

—Tengo más años que tú, he tenido más tiempo —bromeó.

—Estoy hablando en serio —lo regañé.

—Sí, lo siento —se disculpó—. Como decía, Josefina es mi tercera esposa.

En ese momento hizo clic en mi cabeza aquella vez en que Richard, en su fiesta, dijo que yo no era “como las otras”. Al fin sabía a qué se refería con eso.

—La primera vez que me casé fue a los veintinueve años —narró—. Mi madre ya estaba fallecida y yo había comenzado hace poco a trabajar con Eduardo, en una pequeña municipalidad.

Ella se llamaba Clara y era su secretaria; fue muy rápido, éramos jóvenes y con sólo seis meses de noviazgo nos casamos. Fuimos muy felices, en especial un par de meses luego de la boda, al enterarnos de que seríamos padres.

—Dijiste que no tenías hijos —lo interrumpí, molesta—. Parece que no puedo creerte nada ¿Acaso también es mentira que te sacaron el apéndice?

—No tengo hijos —contestó—. Y sí me sacaron el apéndice, has visto la cicatriz.

“Sexy cicatriz”, pensé.

—Está bien, adelante.

—Clara estaba embarazada, pero al quinto mes, por accidente, cayó de la escalera del edificio donde vivíamos. La caída le provocó que perdiera al bebé.

Roberto se quedó callado y revolvió su café. Sus ojos se volvieron vidriosos y le dio un sorbo a su expreso. Le costaba mucho hablar de ese tema; evidentemente le seguía doliendo.

—Después de la pérdida la relación comenzó a ir muy mal —prosiguió—. Por cada asunto, por pequeño que fuera, terminábamos discutiendo y siempre salía a flote el tema del bebé. Fue muy duro: ya le habíamos comprado ropa, su cunita y hasta juguetes. Como ella no quiso volver a ver esas cosas tuve que encargarme de devolverlas, ir por las tiendas explicando que mi mujer había perdido a nuestro hijo y que ya no necesitábamos nada de eso. Carlos, el esposo de Lucy, es abogado y nos ayudó a hacer los trámites de la forma más pacífica posible y antes de cumplir nuestro primer aniversario ya estábamos divorciados.

Bebí un sorbo de mi café, tratando de digerir la historia. Él también hizo lo mismo y continuó hablándome.

—La verdad me quedé bastante deprimido después de separarme, y eso me llevó a cometer errores estúpidos, como mi segundo matrimonio —relató—. A Ángela la conocí en una fiesta del partido conservador. Ella trabajaba en la bolsa de valores, tenía una personalidad avasalladora y un desplante enorme para estar con alguien como yo. Esa misma noche se lanzó sobre mí y como un imbécil tímido de treinta años recién divorciado, me enganché de inmediato. Es más, en apenas un par de meses estábamos casados. A simple vista parecíamos muy felices; frente a amigos se mostraba cariñosa y dulce, pero en la vida cotidiana era muy distinta. Frecuentemente salía sin decirme a donde iba, pero yo prefería no hacer demasiadas preguntas, no quería hostigarla. Hasta que Edu me dijo que su esposa, Isidora, había visto a Ángela con otro hombre.

Nuevamente Rober guardó silencio. Yo no era capaz de decir ni media palabra, estaba aturdida ante tanta nueva información.

—Al principio no les creí, pero comencé a prestar más atención a algunas actitudes tuyas y un día la seguí. Sé que estuvo mal, pero fue la única manera que se me ocurrió para saber la verdad. Y resultó que Isidora y Eduardo tenían razón; encontré a mi esposa en la casa de su ex novio, quien la había dejado poco antes de conocerme, y ella no tuvo una mejor idea que casarse conmigo para darle celos. Lo peor es que consiguió su objetivo, su ex le pidió perdón y volvieron a estar juntos. Me sentí tan estúpido y utilizado que me juré que no volvería a casarme.

—Y no cumpliste.

—Claro que no —me sonrió—. Tras esas terribles experiencias estuve solo varios años, hasta que conocí a Josefina, en un cumpleaños de Isidora. Ellas son muy amigas, ya que fueron juntas a la universidad, y Josefina acababa de regresar después de vivir unos años en París. Con ella preferí tomarme las cosas con calma, fuimos amigos, luego novios un largo rato y a pesar de mis miedos le pedí matrimonio y nos casamos. Durante más de tres años fuimos la pareja perfecta, estaba tan enamorado que habría dado mi vida por ella —reflexionó triste—. Hasta que le dije

que quería que tuviéramos un hijo. Ella estuvo de acuerdo y comenzamos a intentarlo, pero el tiempo pasaba y no quedaba embarazada. Fuimos al doctor, nos hicimos muchos exámenes, todo estaba en orden, aparentemente sólo era mala suerte. Pero entonces escuché a Josefina hablando por teléfono con Isidora, y le estaba contando que en realidad no había dejado las píldoras anticonceptivas y que estaba conmigo porque era “conveniente” —pronunció con dificultad—. Esa noche tuvimos una discusión horrible y, en resumen, dijo que ya no estaba enamorada de mí y que yo no era el hombre que esperaba. Eso me rompió el corazón, porque creí que al fin había encontrado al amor de mi vida, pero ella no me quería. En ese mismo momento hice mis maletas y me fui a mi departamento, el que nunca quise vender como presintiendo que todo terminaría fatal.

Rober se terminó su café y apartó la taza. Yo lo miré en silencio y él continuó.

—Esto pasó hace un año, Kari —expuso—. Con Josefina seguimos en contacto tras marcharme de casa, aunque nuestras conversaciones eran básicamente yo rogándole que volviera conmigo. Poco después me avisó que se iría a Italia por un par de semanas, por su empleo, y que a su regreso hablaríamos. Pero no volvió. Tampoco nunca me llamó por teléfono ni respondió los montones de mails y mensajes que le escribí, y el amor que yo sentía por ella se transformó en rabia. Decidí que lo mejor sería pedirle el divorcio, pero no sabía cuándo volvería, así que intenté apartar el tema de mi mente. Y apareciste tú y prácticamente fue amor a primera vista.

Mi pelmazo me miró a los ojos y sujetó mis manos entre las suyas.

—Siempre trataba de decírtelo —murmuró—. Pero fui demasiado cobarde, tenía tanto miedo de perderte que quise encontrar un buen momento para contártelo, pero supongo que no existe un buen momento para decir algo así. Luego Josefina regresó y te enteraste de la peor manera.

—Por eso Lucy me dijo esas cosas tan raras ¿Verdad? Que me amabas pero que probablemente me harías daño —analicé.

—Lucy me conoce; sabe que soy un imbécil y que de seguro arruinaría nuestra relación —aceptó—. Y ya lo ves: lo arruiné por completo.

Guardamos silencio. Miré mi reloj y vi que ya eran casi las nueve de la noche.

—Es tarde, ya me tengo que ir —dije, poniéndome de pie y buscando dinero para pagar la cuenta.

—Ni lo intentes —habló él, dejando rápidamente billetes sobre la mesa.

Salimos de la cafetería. Comenzaban a caer algunas gotitas de lluvia.

—Oye... debo decirte que te ves muy bonita —comentó sonrojado.

—Lo sé —contesté con arrogancia.

—Espero que ahora entiendas un poco mejor cómo fue que sucedieron las cosas...

—No voy a mentirte, es una historia muy difícil de procesar.

—Sé que no estoy en posición de pedirte nada —dijo serio—. Pero me gustaría que me perdones. No es fácil, pero quisiera que lo intentaras.

—Tengo mucho que pensar, Roberto. No me pidas respuestas ahora.

Caminamos hasta la esquina de la plaza. Poco a poco empezaba a llover más intensamente.

—Adiós —me despedí.

—Adiós.

Avancé un par de metros y me di la vuelta. Él seguía allí. Nos miramos a los ojos y no hizo falta nada más; a paso veloz nos acercamos y sin pensarlo dos veces nos abrazamos y nos besamos con desesperación, con pasión, con amor.

—Te he extrañado tanto, linda —susurró en mi oído.

—Y yo a ti, Rober.

Le di un beso en la mejilla y volví a caminar, pero esta vez hice parar un taxi. Al marcharme vi como él seguía allí, empapándose bajo la lluvia.

### CAPÍTULO 3

—¿Todavía lo amas?

Era el desayuno del domingo. Sophie estaba sentada frente a mí bebiendo su leche con chocolate, esperando con ansias la respuesta a su pregunta. Acababa de contarle sobre mi conversación de la noche anterior con Rober y esa era su única duda ante tan sorprendente historia.

Quise decirle que no, pero era mentira.

Nuestra charla me había dejado con más dudas que certezas ¿Qué se supone que Roberto haría ahora? ¿Pensaba volver con su mujer? ¿O definitivamente le pediría el divorcio? Esta última idea me hizo mucha ilusión, a pesar de que en ningún momento me dio a entender que, si la dejaba, lo haría por mí. Entonces me di cuenta que había algo más importante que su posible divorcio: no sabía si podría perdonarle el hecho de que me hubiese mentido tan descaradamente, por tres largos meses. De no ser por la aparición de su esposa quizás nunca me habría enterado de que era casado.

Y para rematar teníamos el beso. Me parecía una eternidad la última vez que nos habíamos besado y ese impulso tan incontrolable que sentimos me hizo recordar, nuevamente, lo maravilloso que era estar entre sus brazos. Pero no podía permitirme caer en la tentación, así que decidí que mi nuevo propósito en la vida sería evitar volver a tener otra demostración romántica de ese tipo con mi ex.

—¿Lo amas? —insistió mi compañera.

—Podría decirte que no, pero sabes que es mentira, así que no tiene sentido —respondí—. Pero no volveremos a estar juntos, nunca.

—¿Por qué él es casado? Eso se puede resolver —me animó.

—No se trata sólo de un divorcio —le expliqué—. Se trata de que me ocultó hechos muy importantes de su vida, además, ya ha estado casado tres veces, son tres intentos fallidos. No sé si podría ser la cuarta esposa de un tipo que claramente tiene problemas para mantener matrimonios felices.

Sophie se puso de pie sonriendo, llevando su taza vacía a la cocina.

—¿De qué te ríes? —inquirí.

—De que en el fondo te encantaría ser la cuarta esposa de tu pelmazo, de lo contrario no estarías imaginándote un matrimonio con él.

No pude contestar nada ante esa burla. Después de todo, quizás tenía razón.

\*\*\*\*\*

Durante los siguientes días traté de volver mi vida a la normalidad. Sin embargo, a pesar de dedicarme a mi trabajo, los pensamientos sobre Roberto seguían rondando mi cabeza. Es que resulta que es más fácil decidir olvidar a una persona que hacerlo en realidad. Había pensado que si hablaba con él se cerraría el capítulo y podría continuar con mi existencia en completa armonía,

pero no fue tan sencillo. Seguía pensando en ese hombre, en cuánto lo amaba y en ese último beso bajo la incipiente lluvia.

A media semana Gon me invitó cordialmente a la fiesta de aniversario de la empresa, la cual sería el viernes por la noche. Me dijo que como todos irían en pareja y yo, dada mi deprimente situación no tenía, podía llevar conmigo a Sophie, porque además de tener un quiebre reciente era la más nueva del equipo, aún no hacía muchos amigos y podía sentirme un poco sola.

Para el día de la fiesta ya había pasado un mes desde que Rober y yo termináramos nuestra relación. Esa jornada fue mucho más corta, para prepararnos para la celebración, así que decidí armarme de valor y caminar hasta el ministerio en busca de las respuestas que necesitaba de mi ex novio.

Sorteé con éxito el paso por la recepción del departamento de cultura, pero al enfilarse por el pasillo en dirección a la oficina de Roberto me encontré con Eduardo, quien al verme puso cara de repulsión.

—¿Qué haces aquí? —cuestionó, sin siquiera saludar.

—Tengo que hablar con Roberto —pronuncié decidida.

—Se fue hace un rato, lo siento —contestó sin tratar de disimular una risita burlesca.

Lo miré incrédula, pero él abrió la puerta del despacho dejándome ver que efectivamente estaba vacío.

—¿Lo ves? Ya se fue —remarcó.

—Okey, gracias —murmuré—. Adiós.

Salí triste del edificio. Lo único que quería era ver a Rober y no lo había encontrado.

Decepcionada me fui a casa a prepararme para la fiesta. Claro, primero dormí un poco, porque ya no tengo esa capacidad de salir de parranda sin antes una siesta.

\*\*\*\*\*

Una hora antes de cruzarse conmigo, Eduardo se dirigió a la oficina de Roberto. Lo que vio no le causó ninguna gracia.

—Ya deja de beber, ni siquiera es mediodía.

Eduardo le quitó el vaso de whisky a medio vaciar que su subordinado tenía en la mano.

—No me molestes, Edu —alegó mi ex, recostándose sobre el sofá.

—¿Y esos informes? —señaló unas carpetas apiladas junto a la laptop— ¿Aún no los revisas?

—Eso hacía...

—¡Ni siquiera has abierto esos putos expedientes!

—Lo voy a hacer, en serio, pero dame un minuto, me duele la cabeza...

—¡Basta, Roberto! —lo regañó—. Comportate como un adulto ¿Quieres? La aventura terminó, ahora retoma tu vida donde la dejaste y punto.

Rober se puso de pie. Si bien estaba un poco ebrio no era estúpido y ese tono recriminatorio por parte de Eduardo no le gustó nada. Nunca lo contradecía, pero esa vez, seguramente alentado por el trago, lo creyó más que oportuno.

—¿A qué mierda te refieres? —lo enfrentó.

—¿A qué crees tú? Olvídate de esa chica, concéntrate en tu trabajo y en recuperar tu matrimonio —sentenció el secretario.

—No pienso hacer eso —se negó.

—¿Y qué piensas hacer entonces?

—Lo que haga no es tu problema, Eduardo, pero si tanto te interesa, mi plan es volver con Kari y divorciarme de Josefina —aclaró.

—Otra vez con ese cuento ¡Reacciona Roberto! —le gritó—. La pobre Josefina está sufriendo porque de pronto te calentaste con otra mujer...

—¡Que no es una calentura! —exclamó dándole un golpe al escritorio—¿Hasta cuándo te metes en mi vida?

—¿Sabes? Vete a tu casa —le ordenó, tratando de mantener la calma—. Estás borracho, ve a dormir y regresa el lunes, sobrio.

Roberto miró el piso avergonzado por su arrebató; a pesar de todo, Eduardo en la oficina no era su amigo, era su jefe y no podía levantarle la voz. Técnicamente, tampoco debía estar alcoholizándose en el trabajo.

Sin decir nada más, Rober cogió su saco y caminó hasta la puerta.

—También aprovecha de afeitarte y de conseguir camisas planchadas. Te hace mucha falta —agregó el secretario del ministro.

Rober se marchó. Eduardo se sentó en la silla tras el escritorio y suspiró; se veía muy difícil la tarea de conseguir que su amigo volviera a confiar y amar a Josefina. Quizás lo primero era lograr que se olvidara de Karin, y para eso la mejor solución era otra mujer, más linda y sexy, que hiciera perder los estribos a Roberto, total, un clavo saca otro.

Una vez que la ex novia fuera parte del pasado, sería el momento preciso para el regreso triunfal de Josefina. Eduardo sonrió, mientras poco a poco iba ordenando mentalmente las piezas en su tablero de ajedrez.

\*\*\*\*\*

Sophie y yo llegamos a la fiesta en mi oficina cerca de las diez de la noche. Yo llevaba puesto unos jeans ajustado, un sweater delgado y un abrigo negro hasta la cintura, mientras Sophie lucía una falda escocesa roja y una chaqueta café.

Gon nos recibió muy feliz, saludando con galantería a mi mejor amiga.

Debo decir que la celebración resultó mucho más agradable de lo que creí en un principio: me sirvió para charlar más con mis colegas e ir poco a poco conociéndolos mejor.

Pero a media noche sonó mi móvil; miré la pantalla y vi que se trataba de Roberto. Mi corazón dio un terrible golpe al ver que se trataba de él.

—¿Qué ocurre? —pregunté tomando la llamada, apartándome del grupo.

—¡Kari, mi amor! —exclamó, con un tono extraño.

—¿Estás bien? —consulté, sospechando lo que sucedía.

—Claro, linda ¿Dónde estás? Se oye mucho ruido...

—Es el aniversario de la empresa...

—¿Estás en tu trabajo? Estoy frente al edificio —habló ilusionado— ¿Por qué no bajas para que charlemos?

Me acerqué a Sophie y la tomé de un brazo.

—Sophie, tengo que salir, regresaré por ti ¿Okey? —le susurré.

—¿Pasa algo malo?

—No, sólo es... algo con Rober —expliqué.

Bajé en el ascensor con impaciencia. Apenas llegué al primer piso vi a Rober acercarse, tambaleándose de un lado a otro, lo que comprobó mi teoría: había estado bebiendo.

—Kari, te ves tan bonita...

Me abrazó. Tenía olor a alcohol.

—Estuviste bebiendo.

—Sólo un poquito, es que hay un bar muy bueno aquí cerca ¿Quieres ir?

—No... Deberías irte a tu casa —hablé, tratando de tener paciencia.

—Quiero estar contigo: te amo Kari, y lo sabes —dijo, abrazándome nuevamente.

—Rober, estás muy borracho.

—Pero no te estoy mintiendo.

Lo observé; sus palabras parecían ser tan sinceras. Tenía tantas ganas de decirle que yo sentía lo mismo, que lo amaba y que no quería se alejara nunca de mí, pero esas no eran las mejores circunstancias. Uno suele decir muchas cosas sin sentido al tener encima unas copas demás, no tenía la certeza de que al día siguiente no se fuese a arrepentir.

Con extrema dificultad se arrodilló frente a mí y sujetó mi mano.

—Kari ¿Te quieres casar conmigo?

Inevitablemente me largué a reír.

—Rober, tú ya estás casado.

—Eso no es problema: me divorcio y listo —habló poniéndose de pie.

—No es así de simple —lo contradije.

—Es tan simple como tú quieras.

Nos fuimos juntando demasiado. Cerré mis ojos, sabiendo lo que vendría, pero el momento tuvo que interrumpirse.

—Dame un segundo ¿Sí?

Abrí mis ojos justo para ver a mi ex novio correr a un basurero y vomitar efusivamente. A pesar de lo repulsiva de aquella escena fui a su lado. Estaba sudando, muy pálido y con mala cara.

—Es suficiente, te llevaré a tu casa —pronuncié firme— ¿Dónde está tu auto?

—Por allá —señaló.

—Dame las llaves —exigí.

—¿Sabes conducir?

—Un poco.

—¿Tienes licencia?

—No, pero en este estado no vas a ir solo a ninguna parte.

Llegamos hasta el vehículo. Me senté en el asiento del chofer y él en el de copiloto.

—Kari, espero que comprendas que darte las llaves de mi Audi a ti, una chica que no sabe manejar bien, es un enorme acto de amor —aclaró.

A tirones y después de largo rato llegamos al condominio donde vivía Roberto. Por suerte a esa hora casi no había tráfico y no nos encontramos con ningún policía, sino me habrían multado por numerosas razones.

Dejé el auto muy mal estacionado y subimos. El reloj de la sala marcaba la una y media de la mañana al entrar en el departamento. Dejé mi bolso sobre el sofá y me quité el abrigo.

—Ve a darte una ducha. Te prepararé un café —sentenció.

Hice funcionar la cafetera mientras Rober se duchaba. Le serví un café bien cargado y también serví uno para mí.

Minutos después apareció de regreso en la cocina, en pijama. Parecía ser otra vez un hombre tímido y sensato.

—Perdóname, ojalá no hubieras visto mi espectáculo —habló avergonzado.

—Está bien, no conocía esa faceta tuya de ebrio hiperventilado —dije con sarcasmo.

—Lo siento, en serio.

—No tienes que disculparte conmigo, debes hacerlo contigo —suspiré—. Richard me comentó que estás bebiendo mucho, no estás acostumbrado a hacerlo y tampoco quiero que lo hagas. Es peligroso y puede hacerte daño —sermoneé.

—Lo sé —respondió cabizbajo.

—Entonces deja de hacerlo. Richard está muy preocupado por ti.

—Debe ser el único que se preocupa por mí.

—Tu esposa también debe estar preocupada —agregué, con el dolor de mi corazón.

—A ella no le interesa en absoluto lo que me suceda...

—A mí sí me preocupas —confesé—. Cualquier cosa que te pase me importa. Por favor no sigas haciéndote daño.

Nos bebimos el café en silencio. Él se puso de pie y recogió las tazas. Lo observé mientras las lavaba; se veía tan guapo, a pesar de que aún se notaban algunos estragos de la borrachera en su rostro.

Fui a la sala y recogí mi bolso. Me miró triste.

—Ya me voy —anuncié—. Quería conversar contigo de algunas cosas, pero lo dejaré para otra ocasión.

—¿De qué querías hablar?

—Quería hacerte un par de preguntas que quedaron dando vueltas en mi cabeza, de la charla de la otra tarde...

—Puedes preguntarme lo que sea.

—No, ahora necesitas descansar.

Caminé a la puerta, pero él me siguió y me cogió de un brazo.

—No te vayas —me pidió—. Por favor.

Nuevamente estábamos ahí, demasiado juntos. Él se acercó a mis labios, pero esa vez yo detuve el momento.

—Rober ¿Te lavaste los dientes?

—Claro que sí.

Un leve roce bastó para desatar la pasión; entre beso y beso me colgué a su cuello y Rober me llevó en brazos a su habitación. Me quité mi sweater y la blusa y le arranqué a él la camiseta del pijama. Luego caímos sobre la cama, donde terminamos de sacarnos la ropa con apuro de adolescentes e hicimos el amor.

No pensé en absolutamente nada: ni en el hecho de que estuviera casado con otra, que me hubiera mentido, del empujón con que lo lancé a una piletta afuera de su trabajo, nada. Sólo me dejé llevar por mis sentimientos y me entregué a él, quien con sus besos y caricias me aclaró cuanto deseaba estar conmigo, al menos esa noche.

Exhausta me acurruqué a su lado y me dormí.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente desperté a las once de la mañana. Miré a Rober, quien aún dormía. Contemplé su cuerpo desnudo de la cintura hacia arriba; se le notaban las costillas, signo inequívoco de que había perdido peso desde la ruptura. También me fijé en su barba de varios días y de que su cabello estaba un poco más largo de lo normal. Inevitablemente pensé que quizás de verdad le

había afectado lo nuestro, de otra manera no estaría tan demacrado.

Roberto abrió los ojos con dificultad y bostezó, pasándose las manos por la cara

—Mierda...

—¿Mucha resaca? —pregunté, tratando de aguantarme la risa.

—Mucha, y no te burles.

Me largué a reír y él también lo hizo. Pero pronto nos quedamos callados.

—Sé que no soy nadie para hacerte preguntas, pero hay algo que me preocupa —murmuré—. Anoche, con toda la prisa, ni siquiera te pusiste condón...

—Pensé que ya habíamos hablado de esto.

Sí, era cierto: mientras éramos novios, y después de una vez que por necesidad lo hicimos sin condón, acordamos que no había mayor problema por no usar preservativos, ya que yo tomaba píldoras anticonceptivas y siendo pareja no tenía nada de malo.

—Cuando hablamos éramos novios —aclaré—. Ya no estamos juntos y tú tienes esposa, no sé si te acuestas con ella y no quiero arriesgarme a contagiarme algo y...

—Tienes todo el derecho a hacer preguntas —me interrumpió—. Antes no fui lo suficientemente honesto contigo, pero ahora quiero serlo.

—¿Y eso qué significa?

—Casi no la he visto y no he tenido relaciones con ella —contestó—. La última vez fue hace mucho tiempo. Tú has sido la única en casi un año y no quiero que eso cambie.

Lo observé a los ojos. Era evidente que no me mentía.

—Rober... creo que esto no debió pasar —suspiré, sentándome en la cama, buscando con la mirada dónde diablos habíamos lanzado mi ropa.

—Si me preguntas a mí, yo no le veo nada de malo...

—Estás casado ¿O ya se te olvidó?

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora? —inquirió seriamente.

No, la verdad no quería. Lo que sí quería era lanzarme sobre él y que me hiciera suya otra vez, pero no era prudente decírselo. No era correcto, no después de que había tomado la determinación de no volver a estar cerca de su boca.

—Tengo hambre —habló— ¿Por qué no vamos a desayunar?

No pude negarme porque yo también estaba hambrienta.

Entonces, mientras comíamos tranquilamente tostadas con huevo y bebíamos café con leche, recordé algo muy importante.

—¡Sophie! —exclamé aterrada.

—¿Le ocurrió algo a Sophie? —preguntó Rober asustado.

—La olvidé en la fiesta.

Me puse de pie y corrí a la habitación. Me quité la bata de mi ex que tenía puesta y comencé a vestirme. Él llegó al cuarto con su taza en la mano.

—No te preocupes tanto, Sophie es una mujer adulta, sabe cuidarse. Puedes llamarla por teléfono y verificar que está bien —pronunció con calma.

—No se trata sólo de eso —expliqué, colocándome las botas—. Yo no debería estar aquí, en tu casa después de haber dormido contigo, desayunando como si fuéramos una pareja común y corriente.

—Es lo que éramos.

—Pero ya no lo somos, ni lo seremos otra vez —precisé.

Cogí mi bolso y caminé a la salida, con él siguiéndome.

—Gracias por traerme y cuidarme —dijo.

—Vaya forma de cuidarte —ironicé.

—No podrías haberlo hecho mejor —sonrió.

Abrí la puerta, pero Roberto me detuvo, posando su mano derecha sobre mi hombro.

—Tenemos una conversación pendiente —me recordó.

—Claro.

—Llámame cuando quieras tenerla.

Volvimos a mirarnos y nuevamente el corazón venció al sentido común y nos besamos en los labios. Sentí ganas de quitarle la polera del pijama y empujarlo sobre el sofá, pero usando por completo mi auto control, sacudí esa idea de mi mente.

Nos separamos para respirar. Rober seguía con sus ojos cerrados, quizás esperando algo más, pero preferí ser fuerte y me marché dando un portazo.

\*\*\*\*\*

Llegué al departamento. Mi móvil se había descargado, así que me fue imposible llamar a mi compañera mientras iba en camino. Abrí la puerta y ella estaba allí, leyendo en el sofá.

—Hola Kari —me saludó amablemente.

—Sophie, lo siento tanto, no volví a buscarte... —me disculpé, sentándome a su lado.

—Siempre supe que no volverías, era obvio que terminarías en el departamento del pelmazo, probablemente en su cama.

Miré el suelo, como un perrito arrepentido de haberse comido los zapatos de su amo.

—Por Dios ¡Te acostaste con él! —exclamó horrorizada.

—¿Es tan evidente? —pregunté.

—Claro que sí.

—Sé que estuvo mal, pero...

—No, Kari —me interrumpió molesta—. Es tu vida, pero creo que como tu mejor amiga tengo derecho a opinar. No estuvo mal que te acostaras con Roberto, estuvo terrible: el otro día fue un beso, anoche sexo ¿Qué sigue? ¿Te convertirás oficialmente en su amante? Que no se te olvide que está casado, y en especial que no fue capaz de decírtelo.

Suspiré. Si bien Sophie en un principio parecía simpatizar con la idea de que un simple divorcio haría que Roberto y yo volviéramos, había cambiado de opinión. Creo que no se esperaba que me fuera a dormir nuevamente con él tan pronto.

—Tienes razón —acepté triste—. Sé que no debe pasar nada más con Rober, pero fue inevitable...

—Kari —sonrió, tomando mi mano—. Eres una gran chica y te mereces al mejor hombre del mundo, no puedes conformarte con ser el plato de segunda mesa. No quiero que te haga más daño y me impacta mucho que así sin más te acuestes con él. No tienes ninguna seguridad de que vaya a dejar a su esposa.

—No te preocupes, voy a ser fuerte y no volveré a besarlo. Nuestra relación se acabó definitivamente, te lo prometo.

Me puse de pie y fui a mi cuarto decidida. Observé la foto pegada en el closet, la quité y la guardé dentro de “Cien años de soledad”, la edición de lujo que mi ex me había regalado tiempo atrás. También cogí la bufanda y la puse en una bolsa; apenas pudiera se la devolvería a Roberto. Ya no quería tener ni un recuerdo más de él.



## CAPÍTULO 4

Como cada domingo, Roberto se levantó y salió a trotar por el parque privado de su condominio. De regreso recogió el periódico y subió a su departamento. Se dio una larga ducha en la que volvió a pensar en lo sucedido la noche del viernes, cuando después de un montón de sucesos extraños terminó llevándome a su hogar. Se sentía contento de haber vuelto a tener entre sus brazos a la mujer que tanto quería, aunque hubiese sido apenas una noche y luego ella se hubiese marchado diciendo que aquello no podía volver a ocurrir. Tenía esperanzas y eso ya era un avance; se esforzaría para volver a tenerla a su lado.

Salió del baño y se puso unos jeans y una camisa. No tenía intenciones de salir de su casa, de seguro pediría algo de comer por teléfono. Su ánimo no era el mejor desde su quiebre sentimental y el sólo hecho de pensar en el almuerzo era signo de que estaba más optimista, ya que llevaba semanas sin sentarse a comer decentemente.

Sonó el timbre, lo que le extrañó. Por un momento se ilusionó creyendo que quien lo buscaba podía ser yo, pero estaba equivocado; era Josefina.

—¿Qué es lo que quieres? —suspiró cansado, abriendo apenas un poco la puerta.

—No vengo a discutir —dijo Josefina— ¿Puedo pasar? No quiero hablarte parada en el pasillo.

Se resignó y la dejó entrar. Ella pasó y se sentó en el sofá, con absoluta confianza.

—¿No me ofreces nada? ¿Agua, un café? —sugirió.

—Si quieres algo sírvete tú sola —gruñó.

—No tienes que ser así de frío —alegó, haciendo un puchero—. Ya te lo dije, no vine a discutir.

—¿Entonces a qué viniste?

—Rober...

Josefina se paró frente a Roberto, pero él dio un paso atrás.

—Rober, mírame —habló ella, sujetando su rostro.

—¿Qué quieres?

—Lo siento —se disculpó—. Me marché y nunca contesté tus mensajes. Debí hacerlo, debí llamarte o escribirte...

—Me abandonaste —corrigió él—. En lugar de tratar de arreglar las cosas te fuiste, me dejaste solo en el momento en que más te necesitaba.

—Cometí un error. La gente comete errores.

Su esposa tomó sus manos entre las suyas y se percató del gran detalle.

—No llevas puesto tu anillo de matrimonio —comentó decepcionada.

—¿Y qué esperabas? —respondió molesto—. Ni siquiera sabía si te ibas a dignar a volver algún día, o si te habías marchado para siempre.

Josefina comprendió que la situación era más compleja de lo que creía. Eduardo tenía razón al decir que Roberto le guardaba mucho rencor.

—Quiero recuperar tu confianza —susurró ella, acercándose—. Y ojalá también tu amor...

—No creo que sea posible —contestó seriamente.

—¿Lo dices por esa chica? —inquirió—. Puedo perdonarte por esa aventura.

—¿Es broma? —consultó con ironía—. Tú no tienes por qué perdonarme, no te he hecho nada malo.

—Tienes una amante ¿Te acuerdas? —reprochó ella

—¡Kari no es mi amante! —negó enojado. Detestaba que se refirieran así a su relación.

—Rober, si una mujer sale con un hombre casado en eso se convierte, en su amante.

—No vuelvas a decir eso de Kari ¿Oíste?

La rubia terminó de comprender. No era una buena estrategia denostar a la ex de su esposo.

—Está bien, Roberto, te entiendo. Estás enojado porque regresé sin avisar y arruiné tu noviazgo con esa chica.

—Eso no es asunto tuyo...

—¡Claro que es asunto mío, eres mi marido! —exclamó ella—. Y si volví es para recuperarte. Tuvimos tres años maravillosos, podemos hacer borrón y cuenta nueva y seguir con nuestra vida juntos...

—No es así de simple, Josefina —la contradijo.

—¿Estás enamorado de ella?

Roberto miró el piso. Josefina lo conocía bien y por su reacción podía calcular perfectamente su respuesta. Se maldijo por subestimar las palabras de Eduardo en cuanto a los sentimientos de su esposo por esa mujer; al parecer era verdad eso de que lo había vuelto loco.

—¿No me vas a responder? —insistió.

—¿Por qué mejor no te largas? No sería la primera vez que me dejas solo.

—Rober, por favor ¿No puedes hacer un pequeño esfuerzo? ¡Soy tu esposa, merezco respeto!

Acto seguido Josefina rompió en llanto, algo que jamás supo muy bien cómo enfrentar. En cada oportunidad que la había visto llorar le había dolido más a él que a ella. Le rompía el corazón verla sufrir.

—Lo siento, Josefina —se disculpó—. No he estado muy bien últimamente y no me esperaba que volvieras. Esto es difícil para mí.

—También es difícil para mí —chilló ella, aún más triste. Sabía que las lágrimas eran un recurso que no fallaba con su esposo—. Lo único que te pido es una oportunidad, que me creas lo que te digo. Yo sé que podemos volver a ser felices.

—Es... complicado.

Aprovechándose del buen efecto que causaban sus lágrimas, se abrazó a Roberto. Él quiso apartarla, pero una diminuta mariposa, de las que creía extintas, revoloteó en su interior y se lo impidió. En el fondo de su alma llevaba meses esperando el momento de tener a esa mujer nuevamente junto a él, esa mujer que lo había enamorado años atrás y hecho feliz por tanto tiempo, con la que había soñado formar una familia y compartir el resto de su existencia. Ella por fin había vuelto, pidiéndole que encendieran la llama de su matrimonio, pero ya era muy tarde, había otra persona en su vida y las cosas eran distintas ¿O no? Tal vez no eran tan distintas, sino ¿Por qué su corazón latía de esa manera al tenerla cerca? Le gustaba el olor de su perfume y lo suave de su pelo. Sintió ganas de besarla, de quitarle la ropa y hacerla suya en el sofá. Ya casi no recordaba la última vez que habían hecho el amor, hace más de un año según imaginaba, pero seguía provocándole sensaciones indescriptibles.

Se contuvo antes de cometer una locura y la soltó.

—Es mejor que te vayas —le pidió—. Por favor.

—Okey. Pero prométeme que vas a pensar en lo que hablamos —dijo ella, secándose los ojos.

—Está bien.

La acompañó hasta la salida.

Roberto quiso besarla en la mejilla, pero su esposa se pegó a su cuerpo y le plantó un beso en los labios, a lo que no pudo negarse. Ella acarició su cabello y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

Josefina se fue feliz. Había conseguido abrir una pequeña ventana de reconciliación.

## CAPÍTULO 5

Habían pasado cuatro meses desde que mi vida cambiara de aquella manera tan radical: había conocido a Roberto, nos enamoramos y fuimos felices hasta que apareció su esposa y terminamos.

Podríamos haberlo dejado ahí y habría sido lo más sano; pero los seres humanos nunca optamos por lo más sano. Quizás somos masoquistas o simplemente demasiado ingenuos para darnos cuenta y retirarnos antes de hacernos más daño.

Y por eso, por nuestro masoquismo, fue que ese jueves en la tarde al salir de la agencia para irme a casa encontré a Roberto esperándome con un ramo de rosas blancas en las manos. Me sorprendió verlo tan compuesto; se había afeitado, cortado el cabello y llevaba un traje gris con camisa negra que lo hacía ver excesivamente atractivo.

—Hola —saludó sonriente pero sonrojado—. Toma, son para ti.

Me entregó las flores. Por dentro estaba feliz de verlo, pero no podía demostrárselo. Ya le había prometido a Sophie que no volvería con Rober, por mentiroso y traidor, pero obviamente no era tan sencillo cumplir con mi promesa.

—Gracias, son muy bonitas.

—No tanto como tú —susurró tímidamente.

—No es necesaria la respuesta cursi...

—Es mucho más que una cursilería, es la verdad.

—Okey —acepté— ¿A qué viniste?

—Yo... quería invitarte a cenar, mañana, así podríamos hablar de las cosas que tenemos pendientes.

—Rober —suspiré—. No creo que sea buena idea, en serio.

—En plan de amigos —explicó—. Por favor, dime que sí.

Roberto puso su expresión de cachorrito, esa que me hace imposible decirle que no. Volví a suspirar: aparentemente yo era tan masoquista como él.

—Está bien —accedí—. Cenaremos y luego me llevarás a casa, nada más.

—Nada más. Jamás podría... propasarme contigo —balbuceó.

Me largué a reír a carcajadas. Él estaba rojo de vergüenza.

—Ay, Rober —me reí—. Creo que ya te has propasado conmigo muchas veces.

—Siempre con tu consentimiento.

—Eso es cierto. Eres un caballero.

Pasé mi mano por su cabello y recordé cuánto le gustaba que acariciara su pelo, tanto como a mí me gustaba acurrucarme en su pecho.

—¿Mañana a las nueve en la fuente de la plaza Mayor? —pregunté, para cerrar el trato.

—Allí nos juntamos para nuestra primera cita.

—Creí que lo habías olvidado.

—Jamás podría.

Nos despedimos con un beso en la mejilla, como dos ex novios civilizados. Me alegré, así debía ser nuestra relación en el futuro: tranquila, cortés y únicamente amistosa, sin besos ni sexo.

Ni más ni menos.

\*\*\*\*\*

Roberto Brown era de esos tipos que, para muchas mujeres, podría resultar un completo aburrimiento.

Rutinario como un gato, se levantaba de lunes a viernes a las seis treinta de la mañana, salía a trotar por el parque contiguo a su edificio y regresaba media hora más tarde para meterse a la ducha y ponerse traje y corbata. A las ocho en punto bajaba al estacionamiento y cuarenta minutos después recogía su expreso y un par de tostadas en la cafetería del ministerio. A las nueve ya estaba instalado en su oficina, leyendo el periódico sagradamente. Su trabajo como director de planificación era arduo y lo mantenía larga parte del día revisando informes de sus subalternos y colegas de otras áreas. Tenía uno de los cargos más apetecidos del departamento de cultura, sólo superado por un par de ejecutivos de alto rango y, por supuesto, Eduardo Becker, secretario general del ministerio y para quien su jefe directo era el propio ministro.

Almorzaba a la una de la tarde, en muy pocas ocasiones con Eduardo, puesto que su apretada agenda no se lo permitía. Generalmente comía solo en algún sitio de poca monta. No tenía más amigos en el trabajo porque siempre había sido tímido y eso no daba espacio a relacionarse mucho con sus compañeros, quienes lo veían con respeto por sus logros laborales, pero nada más. Por cortesía lo invitaban si se reunían después de la jornada a beber una cerveza, pero Roberto declinaba cada invitación.

Para sus colegas la vida personal del director de planificación era un misterio, escasamente se sabía que estaba casado. Lo que no era un misterio, excepto para el mismísimo Roberto, era que Valentina, la secretaria recepcionista, estaba profundamente enamorada de él. Lo miraba idiotizada cada vez que lo veía pasar por el pasillo, por el hall o hacia la sala de reuniones, en especial si llevaba su traje gris y la camisa negra, que lo hacía ver tan varonil. Trataba de acercársele, pero él, tan poco sociable, únicamente respondía de manera cordial, jamás con algún gesto insinuante o la más mínima mirada lasciva que ella esperaba encontrar. La muchacha tenía apenas veintidós años y claramente había notado la argolla de bodas en su mano izquierda, pero eso no le importaba demasiado; a su esposa la habían visto apenas un par de veces por ahí buscando a su marido, el cual la saludaba frente a la gente con una sonrisa y un beso en la mejilla. Jamás lo vio besarla en los labios ni sujetarle la mano.

Pero hace alrededor de un año que Josefina, que según sabía era su nombre, no iba al ministerio, lo que coincidía con la fecha en que Roberto se había tomado dos semanas libres y luego había regresado mucho más delgado, con semblante de derrota y, lo más relevante, sin anillo. Se murmuraba que su esposa lo había dejado, pero nadie tenía certeza ni se atrevía a preguntar. Y tampoco les parecía extraño: si el hombre era tan aburrido como parecía no era de sorprender que una mujer tan hermosa y acostumbrada a codearse con la alta sociedad lo hubiera abandonando. Porque también se murmuraba que Roberto no era de sangre azul como la mayoría de los funcionarios del gobierno, sino que tenía un pasado lleno de pobreza y marginación.

Valentina era muy observadora en cuanto a Roberto se trataba. Pero un mal día llegó una chica de cabello oscuro y jeans deslavados a buscar a su amor platónico. Por lo nerviosa que la vio y con su instinto femenino rápidamente entendió que no se trataba de un asunto laboral, especialmente por el tono de alegría con que él le ordenó dejarla pasar a su oficina.

—Es que no me lo creo —comentó una colega en la plática del almuerzo—. Dicen que ya es su

tercer divorcio, debe tener un gran problema...

—O uno muy pequeño —se burló otra.

—No digan estupideces —las regañó valentina—. Debe ser un marido espectacular.

—¿Y entonces por qué lo dejan sus esposas?

—¿No dijiste que hay una mujer que lo viene a visitar?

—Sí —aceptó ella, molesta—. Ha venido varias veces, se viste mal y ni siquiera es tan bonita, no me imagino qué puede gustarle de ella, en cambio él es un completo caballero.

En fin, Valentina solía sumirse en cavilaciones románticas con Rober, lo que llegó rápidamente a los oídos de Eduardo, quien, llegado el momento, no dudó en usar aquella información a su favor.

—Necesito pedirte tu ayuda —dijo sonriente Eduardo, tras llamar a la secretaria a su despacho.

—Dígame, señor.

—Es un tema muy delicado —anticipó—. Como sabes, Roberto es muy amigo mío, casi como un hermano, y no lo ha pasado bien desde su último divorcio. Pienso que le haría bien un poco de compañía.

—No entiendo muy bien qué tengo que ver con eso, señor Becker.

—Eres una chica guapa, te lo digo con mucho respeto —halagó—. Estaba pensando que quizás podrías acercarte a él de una manera más... informal.

—No entiendo a qué se refiere, señor —balbuceó nerviosa—. No sé por qué me dice algo así...

—Creo que sí sabes, igual como yo y todo el departamento sabemos cuánto te gusta Roberto.

Valentina se quedó inmóvil ante las palabras de su jefe.

—Que no te de vergüenza, niña —continuó—. Esto es algo que nos conviene a los dos: como también sabes aquí se prohíben las relaciones personales entre los empleados, y yo te estoy dando libertad absoluta para enredarte con él.

La secretaria guardó silencio, sin saber si aceptar o no la petición de Eduardo. Él, viendo la inseguridad de la joven, sacó su chequera del cajón, llenó un documento, lo arrancó del talonario y lo extendió a la mano de la secretaria.

—Supe que tu madre ha estado mal de salud —comentó—. Esto puede servirte.

—No puedo recibirlo, no a cambio de un favor como el que me pide...

—Claro que no —negó—. Tómalo como un premio, por tu excelente trabajo. Y si te queda algo de dinero podrías invertirlo en ti, ya sabes, arreglarte el pelo y esas cosas.

—¿Y qué hay de la chica que lo ha estado visitando los últimos meses? —preguntó, empezando a interesarse por la propuesta.

—Por ella no te preocupes, yo me encargo. Sólo haz lo que te pido.

Temerosa, Valentina cogió el cheque y lo guardó en su bolsillo.

—Sabía que podía contar contigo —le sonrió Eduardo.

La joven salió de la oficina sin estar completamente segura de si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto, pero sentía que no tenía más opción. El trato estaba cerrado.

\*\*\*\*\*

No le dije nada a Sophie porque sabía que me regañaría. Jamás iba a entender que era una salida en plan de amigos, sin dobles intenciones.

Apenas abandoné la agencia un jeep verde oscuro se detuvo a mi lado. El conductor era Gon.

—Sube, te llevo a tu casa —sonrió.

—¿No vives hacia el otro lado? —cuestioné.

—Sí, pero no voy a mi casa.

Me subí a su vehículo. Sonaba The Ramones en la radio.

—¿Haces algo divertido hoy? —me preguntó mientras conducía.

—Saldré con un amigo.

—¿Nuevo novio? —inquirió con curiosidad.

—No... Es mi antiguo novio.

—¿Entonces es una reconciliación?

Gonzalo me dejó afuera de mi edificio. Subí las escaleras pensando en sus palabras ¿Salir con Roberto era símbolo de reconciliación? Eso no era posible, nosotros jamás nos reconciliaríamos.

Aun así, me duché y me arreglé; me puse un vestido azul eléctrico, botas, medias y un abrigo negro. Me miré al espejo y sonreí, porque me veía bastante bien.

Mientras tanto, en el ministerio, Rober se dirigió al subterráneo, donde había un pequeño gimnasio. No fue a hacer ejercicio, su único interés era usar la ducha. Había trabajado hasta cerca de las siete y media y no alcanzaría a ir a su casa a cambiarse. Por suerte en la mañana pensó que eso podía suceder y echó un bolso con ropa a su auto.

Subió a su oficina a buscar su maletín, ya vestido con una camisa blanca, unos jeans oscuros y una chaqueta de cuero.

Caminaba deprisa por el pasillo hasta que se encontró con Valentina, la secretaria.

—Ya es tarde, Valentina ¿Te vas pronto? —preguntó.

—Sí, señor Brown, ya me voy —respondió—. Usted también se va muy tarde.

—Había mucho trabajo —sonrió—. Hasta el lunes.

Rober continuó su camino, pero la chica lo frenó con un comentario.

—Señor Brown... —habló ruborizada—. Se ve muy guapo esta noche.

—Gracias —murmuró avergonzado.

Aquello le pareció de lo más extraño, pero no le dio más vueltas al asunto. No quería llegar atrasado.

Pero Valentina no fue la única que lo encontró apuesto.

Al llegar a la Plaza Mayor Roberto estaba allí esperándome. Me mordí el labio al verlo tan atractivo, tan encantador, tan varonil.

—Estás preciosa —dijo, a modo de saludo, sonrojado.

—Tú estás muy guapo.

Entramos en el restaurante italiano, ese de nuestra primera cita. Recordé aquella noche, en la que por primera vez lo vi con otros ojos y comencé a sentir mariposas en el estómago al estar cerca suyo.

Cenamos como buenos amigos, charlando de cosas simples, como si nunca hubiéramos sido novios y luego terminado de tan desdichada manera.

Al terminar de comer salimos y caminamos por la orilla del río. Los faroles de la calle alumbraban con luz tenue y mi corazón latía fuerte. Amigos, sólo amigos, me repetía en mi cabeza, concentrándome en no sujetar su mano o derechamente abrazarlo.

En silencio llegamos hasta donde estaba aparcado el Audi y minutos más tarde estuvimos afuera de mi edificio.

A diferencia de nuestra primera cita, Rober abrió la puerta del coche, me acompañó hasta la

entrada, acarició mi rostro y se acercó a mis labios. Me separé un poco de él.

—¿No se supone que era en plan de amigos? —cuestioné.

—A veces un amigo puede enamorarse de una amiga —se justificó.

—¿Y este es uno de esos casos?

—Sabes perfectamente que sí.

Roberto volvió a acercarse a mi boca, sólo que en lugar de rechazarlo le correspondí y lo besé con pasión. Sus manos abrieron mi abrigo y se agarraron a mi cintura con fuerza, a la vez que las mías bajaron hasta su entrepierna, donde una parte de su cuerpo endurecida palpitaba nerviosa por salir de su pantalón.

—Kari, estamos en la calle —me regañó.

—Subamos a mi departamento.

—¿Y Sophie?

—Ella no está en casa.

Subimos acelerados, besándonos cada dos escalones. Entramos en mi hogar y en mi cuarto y nos lanzamos sobre la cama, para desvestirnos con locura. A horcajadas me instalé sobre él, quien jadeó profundamente al sentir como me acomodaba sobre su cuerpo y comenzaba a moverme lentamente. Poco a poco a aceleré mis movimientos y tras una electrizante descargar llegamos al clímax.

Caímos rendidos al acabar de hacer el amor. Inmediatamente me atacaron los remordimientos.

—Rober, esto está mal —murmuré.

—No puede estar mal quererte tanto —contestó, besándome en la frente.

Las palabras de Roberto me derritieron por completo.

—Linda... Por favor dame otra oportunidad —supliqué.

—No puedo —me negué, sumergiendo mi rostro en su pecho.

—Yo te quiero y te necesito a mi lado —dijo tímidamente.

—¿Estás seguro? —increpé— ¿Estás seguro que de verdad me quieres y no es sólo despecho por lo que te hizo tu mujer? Quizás estás confundido y buscas vengarte de ella.

—No, es que...

—No me respondas ahora —interrumpí—. Piénsalo bien.

—Y mientras lo pienso ¿Qué hacemos? —me sonrió.

—Quédate conmigo esta noche.

Puede parecer enfermizo, pero creo que, en ese punto de la relación, nuestro amor ya era realmente enfermizo. Rober quitó el cabello que caía sobre mi cara para mirarme fijo a los ojos, decirme que me amaba y besarme dulcemente, hasta que estuvimos completamente listos para un segundo asalto. Volvimos a hacer el amor, pero con calma y paciencia, como una pareja que lleva décadas junta. Luego nos acurrucamos y a pesar del cansancio nos pusimos a conversar. Roberto, por primera vez desde que me había confesado la verdad, me contó de sus novias, las que posteriormente se convirtieron en sus esposas y ex esposas. Escuché con atención, intentando no juzgar su historia ni las razones que tuvo para ocultarme su tercer matrimonio, el cual seguía vigente.

Aunque no podía perdonarlo, esa noche fuimos una pareja de enamorados. Nos besamos hasta no poder más, nos acariciamos y nos susurramos palabras de amor al oído.

A las ocho de la mañana, apenas con un par de horas de sueño y un beso largo y tierno, Rober se marchó de mi departamento, antes de que llegara Sophie.

Al escuchar la puerta cerrarse tras él comprendí que no valía la pena negar aquello que tanto

trataba de evadir: lo necesitaba. Lo amaba y quería compartir mi vida con él, sin importar lo que me había ocultado. Estaba dispuesta a todo, incluso a perdonarlo.

Estaba enamorada y no había nada que pudiera hacer.

\*\*\*\*\*

A eso de las dos de la tarde Roberto despertó, alertado por el sonido del timbre.

Arrastró sus pies hasta el vestíbulo y abrió la puerta, donde estaba Josefina.

—¿De pijama a esta hora? —interrogó ella, dándole un beso en la mejilla— ¿Acaso estuviste toda la noche afuera?

Rober no contestó, pero un recuerdo suyo haciéndome el amor fue a su cabeza e inevitablemente sonrió. A Josefina no le gustó nada su reacción.

—Creo que acerté... —comentó.

—¿A qué viniste? —preguntó, para cambiar el tema.

—A esto.

La mujer levantó un par de bolsas que llevaba en las manos; se trataba de comida china.

—Huele delicioso —habló Roberto.

—Vístete y ven a comer, voy a servir los platos.

Roberto obedeció a su esposa. Se dio rápidamente una ducha, se puso un pantalón beige y una polera gris y se dirigió al comedor, donde Josefina terminaba de poner la mesa.

Se sentaron a comer y charlaron como en los viejos tiempos; se pusieron al día con sus proyectos laborales, algunas amistades en común, el viaje a Italia. Ningún tema relacionado a su separación fue sacado a la luz.

Apenas terminaron de comer Roberto recogió los platos y los lavó, porque su mujer no era de aquellas que realizan labores domésticas.

—¿Y si vamos por un café? Vi que la cafetería del parque sigue funcionando —propuso ella.

—Está bien.

Caminaron hasta el parque al interior del condominio privado y se sentaron en una mesa en la terraza del local. El clima estaba frío y Josefina decidió usarlo a su favor.

A eso de las cinco de la tarde se retiraron del lugar. El cielo estaba nublado y amenazaba con llover. Ella, sin preámbulos, metió su brazo por dentro del abrigo de su marido y se cubrió con él, abrazándose a su cuerpo. Rober quiso apartarla, pero no pudo, su fuerza de voluntad no era suficiente. Se dirigieron hasta la recepción del edificio y Roberto le encargó al conserje pedir un taxi para su acompañante. Esperaron allí, abrazados, hasta que el vehículo llegó.

—¿Me prestas tu abrigo? Hace muchísimo frío —suplicó ella.

—Claro.

Rober se quitó el abrigo y lo puso sobre los hombros de su mujer. Entonces se miraron a los ojos y sin intención de contenerse se besaron apasionadamente, como si su vida se fuera en ello.

—Nos vemos pronto, cariño —se despidió ella, con un beso de estampilla.

—Adiós.

Mi pelmazo subió en el ascensor tratando de no pensar, pero apenas entró en su departamento descubrió que cada rincón de su casa le recordaba a una chica, esa con la que había estado teniendo sexo durante los últimos meses en su habitación, en la cocina, en el sofá, en el baño e incluso sobre la alfombra. Todo le recordaba a ella, en especial el hecho de que había pasado la noche diciéndole que la amaba y rogándole que le diera otra oportunidad, y sin embargo ahora

caía rendido a los pies de Josefina.

Se dejó caer en el sillón, sintiéndose una mierda de hombre.

## CAPÍTULO 6

No podía dejar de pensar en aquella noche que había pasado junto a Roberto. Me había pedido una oportunidad y yo me había negado, sin embargo, posteriormente lo comencé a reconsiderar ¿Y si él se divorciaba? ¿Podríamos ser felices? Tal vez una nueva oportunidad no fuera una idea tan descabellada.

El jueves tomé la determinación de visitarlo. Era hora de terminar con el asunto, porque ya no aguantaba más: quería abrazarlo y quedarme a su lado, ojalá para siempre.

Salí de la agencia y me dirigí al ministerio. Entré raudamente y me acerqué a la secretaria, esa chica que me miraba con desprecio y que, según Eduardo, era la vigilante de Josefina.

—Quiero hablar con Roberto Brown —dije, con un tono intimidante.

—Claro, adelante.

Me sorprendió tanto su respuesta favorable que ni siquiera le pude agradecer, y caminé a la oficina, pero al acercarme descubrí que del despacho provenían voces, las cuales reconocí: eran Roberto y Josefina.

—¿Te acuerdas de esas vacaciones en Barcelona? —consultó la rubia.

—Por supuesto que me acuerdo.

—Lo bien que lo pasamos... Todo el sexo que tuvimos...

Sentí un mareo ante las palabras de Josefina. Era como una puñalada imaginarla en los brazos de Rober, de mi Rober.

—Podríamos recuperar eso —propuso ella— ¿No te gustaría?

—No lo sé, Pepi, han pasado muchas cosas.

¿Pepi? ¿Qué mierda era eso? ¿Le estaba hablando como un marido a su mujer? No sé por qué me dolía tanto, si eso es lo que eran: marido y mujer.

—Sabes que me quieres, Rober, no te engañes.

—Es que...

—Shh...

Ella lo hizo callar y ya no hubo más ruido. La ira me carcomía al imaginar que al otro lado de la pared se besaban como una feliz pareja, mientras yo trataba de sobreponerme a las ganas de llorar.

Estaba paralizada y lo estuve incluso cuando se abrió la puerta y Roberto se quedó perplejo mirándome. Su esposa sonrió al verme, seguramente con una expresión de derrota en mi rostro.

—Kari... —balbuceó Roberto.

—Me voy, ya que tienes visita —dijo Josefina dulcemente—. Es cierto, olvidé traerte el abrigo que me prestaste el fin de semana, pero no te preocupes, ya tendré alguna ocasión para devolvértelo. Adiós, cariño.

La muy infeliz no encontró nada mejor que limpiarle la comisura de los labios a su esposo y se marchó tranquilamente.

Con la sangre hirviendo entré en la oficina de mi ex, quien no decía ni media palabra.

—¿Necesitas algo?

Su pregunta fue la gota que rebalsó el vaso.

—¿En serio me estás preguntado si necesito algo? —exclamé con ironía— ¿Qué clase de hombre eres, Roberto?

—Cálmate, Kari... —dijo caminando hacia a mí, con intenciones de abrazarme.

—No te me acerques, ni mucho menos te atrevas a besarme, no quiero probar la saliva de Josefina —vociferé— ¿O debo llamarla Pepi?

Rober se sentó en su sofá. Se veía agobiado.

—¿La estabas besando? —pregunté paranoica.

Él asintió con la cabeza

—No sé cómo pude equivocarme otra vez contigo —me lamenté— ¿Sabes a qué vine? Vine a decirte que te quiero y que nos demos otra oportunidad, pero tú volviste a fallarme. Decías que me querías, pero estás reconciliándote con tu esposa. Eres un mentiroso y yo soy una tonta, porque sigo creyendo que me amas como yo a ti.

Rober miró el suelo, triste.

—¿No vas a decirme nada? —increpé.

—No hay nada que pueda decirte, tienes razón.

—¡Eso no es una respuesta!

—Ya lo sé, pero no tengo respuestas. Lo único que sé es que te quiero y...

—¡Pero también la quieres a ella! —grité.

—Kari, cálmate...

—¿La quieres todavía? —insistí.

—No me preguntes eso, por favor.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Y qué soy yo para ti? ¿O simplemente no soy nada? —interrogué.

Sin querer unas lágrimas escaparon de mis ojos, pero las sequé rápidamente.

—Eres mucho —respondió, poniéndose de pie frente a mí—. Tanto que no puedo explicártelo.

—Pero ella es más...

—Cuando te conocí no tenía ninguna ilusión en mi vida, lo único que quería era estar tranquilo, pero antes de darme cuenta ya estaba completamente enamorado de ti y no había marcha atrás. No creí que volvería a sentirme así por alguien y tú lo cambiaste todo. Pero ahora... es complicado.

—¿Qué es tan complicado? —cuestioné, intuyendo a dónde iba la charla.

—Terminar una historia. Por más que las cosas hayan ido mal con Josefina, ella ha sido mi mujer por cinco años. No es fácil, créeme que no lo es.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Tienes miedo? —consulté.

—Sí. Ya lo he arruinado varias veces, no quiero hacerlo de nuevo.

—Entonces debo perdonarte, pero tú no puedes prometerme nada ¿Es eso? —inquirí indignada.

—Yo no lo diría así, pero...

—Cállate —lo interrumpí—. Ya no sigas, no hace falta.

—Te quiero, Kari, eso es verdad.

—¿Y qué ganamos con eso? —vociferé— ¿Qué ganamos con querernos si no tienes claro si quieres volver con tu mujer?

Otra vez silencio. No podía creer que estuviera pasando algo así, parecía una pesadilla.

—Lo siento mucho —se disculpó.

—Se acabó, Roberto —pronuncié con mi corazón destrozado—. Lo mejor es que regreses con

Josefina, de cualquier forma ya no hay nada entre nosotros. Quédate con ella, que es una mujer perfecta para ti. Yo claramente no estoy a la altura.

Me di media vuelta y comencé a caminar hacia la puerta, sin poder evitar que las lágrimas finalmente salieran de mis ojos por montones. Roberto me alcanzó y sujetó mi brazo.

—Perdóname Kari, te he hecho tanto daño...

—No es eso lo que me duele —expliqué—. Lo que me duele es no valer lo suficiente para que te esforzaras por mí.

Salí del edificio tratando de contener mi llanto, con muy poco éxito. Me sentía tan tonta, tan estúpida, engañada otra vez, es que ¿Qué me hacía pensar que Roberto iba a dejar a su esposa para estar conmigo? Ella era hermosa y elegante, llevaban años juntos, yo solamente era una aparecida.

Me juré que esa era la última vez que iría a buscar a ese hombre. Él ya no existiría para mí.

\*\*\*\*\*

El sábado en la tarde Roberto tomó una decisión. Era obvio que nuestra relación estaba rota, ya no tenía nada que perder. Se sentía culpable, aturdido y temeroso, pero sabía que le quedaba una sola salida, una sola oportunidad para ser feliz.

Se colocó su chaqueta de cuero y se instaló en su Audi, el cual condujo hasta la casa de Josefina, esa que hasta un año atrás era también su casa. Fue inevitable suspirar ante la montaña de recuerdos de él y su esposa siendo una pareja perfecta.

El conserje lo dejó entrar en el condominio con expresión confundida, ya que apenas lo había visto un par de veces allí durante el último año y ninguna desde que la señora Brown estaba de regreso.

Se estacionó en el frontis de la enorme morada, esa en la que soñó formar una familia. Prefirió quitar esas ideas de su mente.

Golpeó la puerta y quien lo recibió fue Isidora.

—Roberto, qué sorpresa verte, no sabía que vendrías —lo saludó.

—Yo tampoco —sonrió triste— ¿Puedes llamar a Josefina?

—Por supuesto.

Isidora desapareció dentro de la casa y minutos después Josefina apareció luciendo unos jeans claros y un sweater negro. Se veía sencilla pero maravillosa.

—Rober, no te esperaba...

—Necesito decirte algo.

—Te escucho.

Mi ex hizo a un lado sus temores y remordimientos.

—Quiero intentarlo —pronunció con dificultad—. Sé que me negué en un principio, pero lo he pensado y creo que es lo más razonable. Somos adultos, debemos encontrar la manera de superar esto y continuar con nuestro matrimonio.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Y esa chica con la que salías?

—Ella... Eso ya terminó.

Josefina sonrió y abrazó a su marido. Acto seguido acarició su rostro y lo besó en los labios, beso que él correspondió.

—¿Por qué no entras? Puedo pedirle a Isidora que se marche pronto para que te quedes a dormir —ofreció.

—No, no quiero interrumpirlas.

—No lo haces, esta también es tu casa ¿Te acuerdas que querías remodelar la terraza? Tal vez podríamos hacerlo ahora.

—Vamos con calma, Pepi —sonrió—. Ya me voy.

Volvieron a besarse, como si nunca nada hubiese pasado. Rober se había resignado, hacía lo que correspondía y lo que Eduardo decía que era correcto.

Kari, esa chica que llegó a su vida revolviéndolo todo, había desaparecido. O al menos eso era de lo que tenía que convencerse.

\*\*\*\*\*

Los días transcurrían grises. El corazón me pesaba a cada segundo, recordando mi relación con Roberto que, a pesar de corta, había terminado de manera tan dolorosa. Trataba de recomponerme, pero era más difícil de lo que parecía.

Me levanté sin ganas, como cualquier mañana. Me duché y me vestí, sin siquiera maquillarme o esforzarme en verme linda. No me importaba mucho.

No desayuné; si me daba hambre tomaría un café en la oficina, el único sitio donde podía distraerme un poco.

Bajé deprisa porque se me hacía tarde, tomé el autobús y media hora después cruzaba la Avenida Central para ingresar al edificio, pero de un Lexus negro con matrícula diplomática bajó un hombre de traje y abrió la puerta del asiento trasero. Traté de ignorar la escena subiéndole el volumen a la música que llevaba en mi teléfono, porque conocía ese vehículo, pero del auto bajó otra persona, no la que yo deseaba ver.

—Karin, quiero que hablemos —me sonrió Eduardo Becker.

—Voy atrasada, Eduardo —respondí, quitándome los audífonos.

—Por favor, sólo será un minuto.

Me detuve frente a él.

—¿Qué es lo que quieres?

—Estoy muy preocupado por ti —habló seriamente.

Sí, claro, pensé. Me causaba gracia que de pronto yo le importara tanto.

—¿Y por qué estás tan preocupado? —cuestioné con sarcasmo.

—Pensé que podías estar un poco deprimida, ya sabes, ahora que Roberto y Josefina volvieron a estar juntos.

Sentí ganas de vomitar ante la noticia y, en especial, ante la mirada de placer de Eduardo. Sin dudas estaba disfrutando la situación.

—Es que hacen tan bonita pareja ¿No crees? Rober siempre ha estado enamorado de ella, como de ninguna otra mujer —comentó—. No me digas que no lo sabías, cuánto lo siento... —dijo, fingiendo sorpresa.

—Ya me tengo que ir.

Caminé rápidamente hasta la oficina, sin darme vuelta a mirar atrás. Tomé el ascensor y, casi corriendo, fui en dirección al baño. No quería que nadie me viera llorar, pero al enfilarse por el pasillo me encontré con Gon, quien me observó preocupado.

—Kari ¿Estás bien?

No aguanté y me largué a llorar desesperadamente. Gonzalo me abrazó con fuerza, y apenas me calmé un poco me llevó a su despacho y me sirvió un café. Nos sentamos juntos en el sofá.

—¿Qué pasó? ¿Es por tu ex?

—Volvió con su esposa —hablé de sopetón.

—Lo siento mucho, no creí que fuese capaz de hacerlo, considerando que al contarte la verdad en la cafetería dijo que pensaba divorciarse de su mujer —analizó.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Qué cosa?

—Lo de la cafetería.

Gon observó el techo, como buscando la respuesta a mi pregunta.

—Tú me lo dijiste —contestó, no muy convencido.

—¿En serio?

—Sí, hace tiempo.

Lo miré, tampoco muy convencida, pero ¿De qué otra forma podría saberlo?

Me terminé la bebida con mi jefe, mientras hablábamos de mi desdichada historia de amor.

—Muchas gracias, Gon —sonreí—. Ahora voy a trabajar, así mantengo la cabeza ocupada en otra cosa.

—Que tengas buen día.

Me instalé en mi escritorio tras un suspiro. Mejor seguir con mis asuntos y con mi vida.

\*\*\*\*\*

Como un completo caballero, Roberto dejó en su casa a Josefina. Se bajó del auto para despedirse según correspondía, es decir, con un beso largo y un abrazo apretado. Ella creyó oportuno dejar ver sus intenciones bajando su mano derecha hasta el cierre del pantalón de su marido, pero lejos de entusiasmarlo le plantó en el rostro una mueca de espanto.

—No, Pepi —dijo, separándose un poco de su lado.

—¿Por qué no entras? Así podemos estar más tranquilos —sonrió coqueta.

—Estoy cansado, fue un día largo —se excusó—. Sólo quiero ir a dormir.

—¿Y por qué no te quedas a dormir aquí? Todavía hay bastante ropa tuya en el closet...

—Es mejor que vayamos con calma.

—Es tan raro que quieras ir con calma ¿Te acuerdas que mientras éramos novios lo único que querías era que nos casáramos?

—De eso ya ha pasado mucho tiempo, ya no somos novios...

—Cierto, ahora somos marido y mujer —lo corrigió.

—Dame tiempo, por favor.

—Está bien —rezongó, de malas ganas.

Se dieron un último beso y mi pelmazo subió en su Audi y se dirigió a su hogar. Apenas llegó encendió el mini componente y conectó su móvil con una playlist de Spotify de Joan Manuel Serrat.

Trató de relajarse, pero sonó el timbre.

—¿Qué mierda crees que haces?

Richard entró al departamento de su amigo raudamente y se sirvió un vaso de whisky, para acto seguido dejarse caer en el sofá.

—No sé de qué hablas —respondió confundido.

—De Kari; me encontré con Eduardo y me contó que volviste con la bruja de Josefina ¿Es verdad?

—Sí, es verdad —aceptó Roberto, también sirviéndose un trago—. Hace algunos días Kari y yo tuvimos una discusión horrible en la me dejó muy claro que lo nuestro se terminó. Y es mejor así; no la merezco, ella es fuerte y decidida, y yo sólo soy un pobre imbécil.

—Pero qué mierda estás pensando, Rober...

—Pienso que esto es la solución más lógica al problema.

—¿Lógica? —repitió con ironía— ¿Basas tu vida amorosa en lo que es más “lógico”?

—Es lo correcto, eso es todo.

—¿Y para llegar a esta conclusión tenías que romperle el corazón a una chica completamente inocente? —lo increpó—. Kari no tenía nada que ver con tus rollos y de pronto es la más perjudicada...

—No tienes que decírmelo, ya me siento pésimo por eso.

—Pues lo siento mucho, Roberto, pero no voy a decirte que me alegro de que vuelvas con tu esposa —sentenció—. Es evidente que te estás equivocando otra vez.

—Sé que ustedes no se llevan bien...

—No se trata de llevarse bien o mal, se trata de que Josefina te opaca, y no es que tú seas un tipo que brilla mucho —lo interrumpió—. Solamente eres un títere para ella, igual que para Eduardo: lo único que hacen es utilizarte.

—Lo siento, Richard, pero esta conversación no me está gustando —pronunció Roberto, poniéndose de pie—. Voy a tener que pedirte que te vayas de mi casa.

—No es necesario, ya me iba.

Richard caminó hasta la salida. Antes de marcharse, se volteó para mirar de frente al dueño de casa.

—Roberto... Lo que le hiciste a Kari no tiene nombre, pero si lo tengo que resumir, sólo te diré que eres un maricón.

Lo último que Rober escuchó de Richard fue un portazo. Genial, pensó, no sólo había perdido a la mujer de la que estaba enamorado, sino también a su mejor amigo.

\*\*\*\*\*

Era una tarde como cualquier otra. Gon me llamó junto a otro compañero a la sala de reuniones, para hablarnos de un pequeño trabajo de última hora, una cápsula que grabaríamos sobre un evento muy importante al día siguiente. Pero antes de continuar afinando los detalles me pidió que saliera con él al pasillo. Se veía complicado.

—¿Qué te pasa? ¿Algo anda mal? —interrogué.

—El evento de mañana es en uno de los Ministerios nacionales —soltó de sopetón.

—Dime que es broma...

—No. Pero cálmate, es en el Ministerio de economía y tu ex trabaja en el de cultura ¿Verdad? ¿Tienes algún problema con ir?

—Gon, tú eres el jefe, tú mandas.

—Sí, pero no quiero que te sientas incómoda.

—Pues si no es en el Ministerio de cultura, no hay problema —sonreí.

—Gracias —dijo, devolviéndome la sonrisa—. Si tuviera a alguien más te juro que no te lo pediría, pero ya sabes que estoy con poco personal.

—Ya sé que soy imprescindible —bromeé.

Al día siguiente llegamos temprano al Ministerio de economía. Nos entregaron nuestras credenciales y nos pusimos a trabajar de inmediato; conectando cables, instalando los trípodes, cámaras y equipos de sonido.

En la facultad me enseñaron muchas cosas, pero no cómo reaccionar si en tu encuadre aparece justo esa persona a la que no querías ver. Allí, a través del lente de la cámara, vi llegar entre los invitados a la ceremonia a Roberto, de la mano de Josefina. Sentí un nudo en la garganta, respiré profundo y traté de que aquello no me afectara en lo absoluto, pero al instante comprendí que era imposible, ya que apenas sus ojos me localizaron entre la gente comencé a temblar. Rober me miró desconcertado y fue tanto su impacto que soltó la mano de su esposa. Ella no notó nada y se limitó a hablarle y jalarle del brazo, mientras él contestaba con algún monosílabo, con expresión de haber visto al mismo Lucifer. Tal vez en eso me había convertido para él.

Me apresuré en ir con Gonzalo, que charlaba con el otro chico que iba con nosotros. Le hice una seña y se apartó junto a mí, para hablar en privado.

—Está aquí —murmuré casi en clave.

—¿Quién?

—Roberto.

—¿Dónde?

Sutilmente le indiqué la dirección y Gon pudo verlo, junto a su amigo Eduardo en compañía de sus esposas.

—Lo siento muchísimo, Kari, si prefieres puedes irte a la oficina...

—¿De verdad? ¿No te haré falta?

—Sí, me vas a hacer mucha falta, pero no quiero presionarte. Me imagino cuánto debe costarte verlo con ella, aunque si te sirve de consuelo no me parece la gran maravilla. Es igual a todas.

Gon tenía razón; las parejas de los funcionarios eran prácticamente todas iguales: altas, elegantes, rubias y delgadas, muy maquilladas y envueltas en joyas. Charlaban de temas ligeros para no incomodar a sus esposos. Parecía que era un requisito para trabajar en el gobierno el tener una esposa de adorno.

—No, voy a quedarme —decidí—. Roberto ya arruinó mi vida, no va a arruinar mi trabajo también.

Gon sonrió y continuamos con nuestras labores.

Tras una hora de evadir a mi ex, y antes de que me diera cuenta, alguien me sujetó de un brazo y me sacó a un costado, tras la puerta de servicio que daba a la sala del catering. Era Roberto.

—¿Qué haces? —me quejé.

—Quería verte.

Nos miramos a los ojos y nos abrazamos con fuerza. Sólo duró un momento e inmediatamente nos soltamos. Rober miró hacia los lados; sería terrible si alguien lo viera con otra mujer.

—¿Cómo estás? —inquirió.

Su pregunta me dolió en el alma. Pero no podía darle la satisfacción de verme sufrir.

—Genial ¿Acaso debería estar mal? —cuestioné molesta.

—No, me alegro de que estés bien —murmuró sonrojado.

—Lo estoy. Y tú ¿Cómo vas con Josefina? Sabía que estaban juntos, pero no que ya iban a actos públicos como un feliz matrimonio —comenté con ironía.

—Lo estamos intentando.

Nos miramos. Rober seguía pareciéndome tan guapo, dulce y especial. Entonces se acercó a

mis labios, con claras intenciones de besarme.

—No lo hagas —me negué.

—¿Por qué no?

—Porque volviste con tu esposa —sentencié—. La elegiste a ella y yo no quiero ser tu amante.

—Es cierto. No puedo hacerle esto a Josefina, tampoco a ti. Perdóname por ponerte en esta situación.

Rober tomó distancia.

—Mejor vuelve al salón —dije.

—Sí. Adiós... cuídate mucho.

Volví a acercarse a mí y me besó en la frente para luego acariciarme en la mejilla. Lo vi marcharse y llegar al lado de su mujer, quién me dedicó una sonrisa burlona al descubrirme espiándolos; se colgó a su cuello para plantarle un beso en la boca y sujetarlo por la cintura, enrostrándome que ese hombre era de ella y no mío. Había sido mío, cada vez que hacíamos el amor. Pero también era mío cada vez que me sonreía, cada vez que me miraba con dulzura y cada vez que me decía te quiero ¿Me habría querido realmente? Creo que sí. De lo contrario era muy buen mentiroso, algo que no iba con su personalidad.

Me di media vuelta y fui con Gon. El chico me miró como sabiendo lo que había ocurrido y se apresuró en recoger los equipos para que pudiéramos irnos. Le sonreí, agradecida de que me sacara de allí tan pronto como le fue posible.

\*\*\*\*\*

Era sábado por la noche. Habían pasado poco más de tres semanas desde que Roberto y yo discutimos en su oficina, cortamos relaciones y, en consecuencia, él volvió con su mujer.

Sophie había salido sin decirme a donde, cosa rara, pero no tenía ánimo de indagar qué se llevaba entre manos. Ya eran varias las ocasiones en que desaparecía sin avisar ¿Estaría saliendo con algún chico? La verdad no me importaba mucho. Nada me importaba mucho.

Estaba recostada sobre el sofá con un platón de papas fritas cambiando de canal en el televisor, sin que ningún programa me pareciera interesante. Me había duchado por obligación y luego cambiado el pijama por otro limpio.

Sonó el timbre.

Con pocas ganas dejé mis papas fritas y me acerqué a abrir: allí estaba Olivia, con una bolsa en la mano. Me recordó a aquella ocasión en que me regaló una caja de condones para usar con Rober, los que claramente usamos porque mi ex novio no era de los hombres que llevan preservativos en la billetera o los guardan en la mesita de noche. El pobre llevaba tanto tiempo sin sexo que casi había olvidado lo que eran y para qué servían.

—Ay, amiga ¿Por qué no me lo dijiste? Me tuve que enterar por Carol, a quien se lo contó Pablo —habló, dándome un abrazo.

—¿Qué cosa?

—Que el pelmazo tenía esposa ¿Qué se cree, el muy hijo de puta?

Suspiré. Olivia entró rauda y se dirigió a la cocina, sacó dos copas y las llenó con el vodka que llevaba.

—Tómame esto y cuéntame todo.

Le hice caso, porque no podía negarme a beber, era prácticamente lo único que no había hecho tras mi quiebre sentimental ¿Por qué Roberto podía pasársela bebiendo y lloriqueando y yo no?

Tras una hora de conversación y una botella de vodka con jugo de naranja ya vacía, nuestro sentido común se había diluido de la misma forma que nuestra sobriedad.

—Es que no puedo evitarlo; cada día, siempre me hago la misma pregunta ¿Por qué? ¿Por qué me mintió de esa forma? No logro entenderlo ¿Para qué insistió tanto en salir conmigo? ¿Cuál era la idea? ¿Enamorarme y luego dejarme así, destruida? Yo confíe en él, le creí cuando dijo que me quería —reflexioné, ebria.

—Porque es lo que hacen los hombres: te dicen cosas bonitas hasta que logran que te acuestes con ellos y luego “si te he visto, no me acuerdo”.

—Yo creí que Roberto era diferente...

—¡Son todos iguales! —vociferó.

—Pero Rober...

—¡Rober nada! Se aprovechó de tu amor, folló contigo cuanto quiso y ahora volvió con su mujer y ¿sabes qué es lo peor? Que me prometió que te cuidaría: no sólo te mintió a ti ¡Sino también a mí!

Me impresionó un poco que Olivia creyera que ella era más víctima que yo, pero la dejé.

Me puse de pie con dificultad. El alcohol ya se me había ido a la cabeza.

—Voy al baño.

—Te juro que si pudiera le diría mil cosas a ese infeliz.

—Sí, Olivia, hazlo —respondí, restándole importancia.

Fui al baño, me lavé la cara y bebí un sorbo de agua, y al regresar a la sala me encontré con una escena digna de una película de terror.

A esa misma hora Roberto estaba en el departamento de Eduardo, cenando junto a sus esposas como dos parejas de amigos en un fin de semana cualquiera. Hasta que sonó su móvil y en la pantalla apareció el nombre de su ex novia.

—Disculpen, tengo que contestar —dijo, parándose de la mesa.

—¿Quién es, cariño? Ya es tarde —lo regañó Josefina.

—Es... Richard —mintió nervioso.

Salió al balcón y contestó. Mala idea.

—¿Kari? —consultó ilusionado.

—Ya quisieras, maldito hijo de puta.

Rober se quedó paralizado, sin comprender muy bien qué estaba sucediendo.

—¿Quién habla?

—Soy Olivia ¿Te acuerdas de mí? ¡Me prometiste que cuidarías a Kari, y mira lo que le hiciste, cabrón!

Guardó silencio. Recordaba perfectamente el momento en que le hizo esa promesa. Creyó que podría cumplirle, mas no fue de esa forma.

—Lo siento mucho, yo no quería hacerle daño, pero las cosas se volvieron muy complicadas —explicó.

—Y cómo se complicaron mejor huir ¿Verdad? —lo encaró—. Eres un cobarde, Kari se merece a alguien mucho mejor que tú, solamente eres un imbécil que no tiene bien puestas las pelotas, dime ¿Hiciste con ella todas las cosas que querías? Conozco los tipos como tú, buscan una chica para hacer en la cama lo que no se atreven a hacer con sus esposas, o lo que a ellas les da asco hacer con ustedes.

Más silencio. Roberto no sabía qué responder; la ira en las palabras de Olivia evidenciaba el cariño que sentía por su amiga y, de paso, el resentimiento hacia él ¿Compartiría con ella Kari sus

pensamientos y sus insultos?

Optó por hablar con el corazón.

—Yo me enamoré de Kari —confesó con dificultad—. Ella es lo único bueno que me ha pasado el último año.

—¿Y así se lo pagas? ¡Maldito desgraciado! Si te veo por la calle te pondré un par de bofetadas que...

Se cortó la comunicación. Roberto quedó estupefacto ante lo que había sucedido.

—¿Qué hiciste, Olivia! —le grité, quitándole mi teléfono.

—Tú me dijiste que lo hiciera...

—¡No lo dije en serio!

—¿Y cómo mierda iba a saberlo?

Me dejé caer en el sofá, agobiada. De seguro no era la primera mujer a la que una amiga le insultaba el ex novio, pero eso no le quitaba gravedad al asunto.

Olivia se sentó a mi lado, sin ninguna expresión de culpa.

—Tampoco es que le haya dicho alguna mentira —se justificó.

—Dejémoslo así ¿Ok?

Olivia cogió su cartera y tras darme un abrazo se marchó a su casa. Yo me quedé pensando en que la próxima vez que bebiera con ella, primero escondería mi móvil.

\*\*\*\*\*

Josefina había ido al departamento de su marido a tomar el té.

Su relación parecía ir de maravillas, sin embargo, aún no lograba que tuvieran intimidad. Esa actitud tan fría de su esposo frente al sexo la tenía muy preocupada; si bien Roberto era un hombre tímido, nunca habían tenido problemas en su vida sexual, la que era bastante activa antes de su quiebre. Sin embargo, tras su separación, las cosas no habían resultado muy bien: en las ocasiones que intentaron revivir la pasión, él simplemente no había logrado estimularse lo suficiente y la situación acabó siendo vergonzosa y frustrante para ambos. Claro, eso yo no lo sabía aún, pero más temprano que tarde me enteraría.

Charlaban en el sofá. Josefina se acercó cariñosa y pronto estuvieron besándose. Le quitó la corbata ante su mirada de desconcierto.

—Rober, ya deja de comportarte como si fueras un niño —se burló.

—¿A qué te refieres?

—No podemos continuar así...cariño, hazme el amor —le pidió—. Cógeme de una buena vez.

Lo tomó de la mano y lo llevó al cuarto, tratando de no pensar en que en ese mismo lugar su marido se acostaba con otra.

Lo empujó sobre la cama y se acomodó a horcajadas sobre él, besándole el cuello y acariciando su pecho, a la vez que desabotonaba su camisa y bajaba sus manos hasta el bulto que comenzaba a emerger desde su bóxer. Roberto trató de relajarse y dejarse llevar, pero una extraña sensación que no podía precisar lo invadía. Cerró sus ojos para intentar concentrarse en lo que estaba a punto de suceder, y sin darse cuenta comenzó a excitarse, pero sus palabras delataron qué era lo que en realidad estaba pasando por su mente y la verdadera causa de la erección dentro de su pantalón.

—No te detengas, Kari —pronunció en un jadeo.

Pausa. Silencio.

Josefina se apartó y se sentó en el borde de la cama. Él se puso de pie y se cubrió la cara con ambas manos ante tan gravísimo error.

—Perdóname, Pepi, en serio lo siento —se disculpó.

—No es agradable darme cuenta que piensas en ella para poder acostarte conmigo —comentó frunciendo el ceño.

La situación no pintaba bien

—Lo siento, Pepi —insistió—. No puedo seguir con esto.

—¿Con qué no puedes seguir? —consultó, comenzando a perder la paciencia.

—Sé que llevamos varios años juntos y que te dije que lo intentaríamos otra vez, pero la verdad para mí no está funcionando...

—¿Qué cosa no funciona para que no puedas hacerle el amor a tu esposa? —gruñó.

—No he podido olvidarme de Kari —confesó—. Y no creo que pueda, yo...

—¿Estás enamorado de ella? —lo interrumpió.

—Sí —aceptó—. Estoy enamorado de Kari.

Nuevamente silencio. Rober sintió como si un gran peso desapareciera de su espalda; ya no tenía nada que ocultar, por fin había dejado salir sus verdaderos sentimientos. Tras su conversación con Olivia no había podido dejar de pensar en su ex novia, y en como ella era lo mejor que le había sucedido durante el último tiempo, la mujer que logró enamorarlo tras creer que estaría solo para siempre.

—Perdóname, Pepi, por favor.

—Eres un imbécil —se rio ella—. Un inútil, eso es lo que eres. Por suerte mientras estuve en Italia cogí como loca, con cada hombre que se me cruzó por delante, mientras tú llorabas en un rincón porque te había dejado.

—¿De qué estás hablando? —inquirió confundido.

—¿Acaso creíste que me había vuelto a enamorar de ti? ¿Crees que una mujer como yo va a querer estar con un tipo como tú? No eres nadie, no tienes aspiraciones ni ambición. Ojalá fueras un poco más como Eduardo; él sabe lo que quiere y va por ello, tú no, tú sólo eres un mediocre —se burló.

—Creí que habías cambiado —balbuceó—. Me pediste otra oportunidad...

—¡Por favor, Roberto! Sabes perfectamente por qué sigo siendo tu esposa. Pensé que ya te había quedado claro que no te quiero.

Rober se quedó pensativo un instante, hasta que por fin supo que decir.

—Lárgate, Josefina.

La mujer cogió su bolso ante la mirada de su marido, quien la siguió hasta la puerta.

—Eres un cobarde, un poco hombre, no eres suficiente para mí —le habló ella—. Te juro que no entiendo qué le gustó de ti a esa chica que se revuelca contigo ¿O debo decir revolcaba? Porque hasta donde sé ya no quiere volver a verte.

Lo único que escuchó luego fue un portazo. Josefina había salido de su departamento y de su vida. Acto seguido se sentó en su sofá y rompió a llorar, de pena y de rabia, al sentirse utilizado y desechado, porque había amado a esa mujer con locura y ella había vuelto a hacerle daño. Con tristeza descubrió que el amor que sentía por Josefina se había diluido hace mucho tiempo atrás y lo que creyó sentir recientemente no era más que una respuesta fácil, la salida sencilla a sus problemas. Los días de felicidad con su esposa parecían ser algo muy lejano.

Pronto dejó de llorar, ya no había espacio para lágrimas, porque había tomado una decisión: lo más importante de ahí en adelante era recuperar a la chica que sí lo quería, aquella que le había

demostrado amarlo sin objeciones y a la que, aunque quiso convencerse de lo contrario, amaba más que a nadie en el mundo.

Rápidamente bajó las escaleras y tomó un taxi. Se bajó a pocas cuadras del edificio y caminó, para evitar el tráfico, pero apenas estuvo enfrente de su destino vio una imagen que le destrozó el corazón: su adorada Kari abrazaba a otro hombre, más joven y atractivo, de jeans y chaqueta de cuero, de cabello y ojos claros.

Ese chico era perfecto para ella. Él ya había perdido su oportunidad.

Suspiró profundamente y se dio media vuelta.

Hizo parar otro taxi y se marchó, pensando en el karma: el dolor que sentía no debía siquiera compararse al que le provocó a su ex novia. Se merecía ahora sufrir él, después de haberle causado tanto daño a la mujer cuyo único error había sido quererlo sin medida.

\*\*\*\*\*

Era casi media noche y Richard estaba agotado. Ese martes lo había pasado casi por completo revisando los informes de sus acciones en la bolsa de valores junto a uno de sus tantos asesores financieros. Si le gustaba darse la vida llena de lujos que llevaba, al menos de vez en cuando tenía que revisar cómo iba su fortuna.

Se duchó y se metió a la cama. Cerró los ojos apenas unos segundos y los abrió nuevamente, al escuchar su móvil sonar estrepitosamente. Miró la pantalla y el nombre de Roberto Brown le sorprendió; su amigo era tan correcto que le parecía casi imposible que lo estuviera llamando tan tarde.

—¿Qué quieres, cabrón? —consultó, a modo de saludo.

—Sólo llamo para decirte que tenías razón.

—¿En qué, exactamente?

—En que soy un imbécil, un maricón y en todo lo demás que piensas de mí.

Richard soltó una risa, pero su amigo no. Se oía bastante deprimido.

—¿Algo más?

—Sí, lamento mucho la discusión del otro día. Eres mi mejor amigo, no debí echarte de mi casa. Lo siento —se disculpó.

—No hay problema.

—Okey —suspiró—. Adiós Richard.

—Adiós Rober.

Colgaron y el magnate por fin pudo volver a acomodarse para dormir. No importaba cuantos años pasaran, seguía sin entender a su camarada y su complejo modo de ver la vida. Ojalá fuera tan relajado como él, de seguro sería mucho más feliz.

\*\*\*\*\*

—¡Ya te dije que no! —exclamó fríamente.

Silencio.

Había pasado la última media hora en súplicas, pero no lograba persuadirla. Parecía muy convencida de sus decisiones y, peor aún, de sus sentimientos.

Se frotó los ojos tratando de disimular ese par de lágrimas que amenazaban con salir. No quería que ella lo viera llorar, aunque era evidente que lo hacía, pues su expresión deprimida y la

caja de pañuelos desechables sobre el arrimo lo delataban.

Suspiró y trató de mantener la calma.

—Lo siento, Pepi. Es sólo que no puedo creer que esto de verdad esté sucediendo —explicó—. Estoy seguro que con un poco de esfuerzo podemos recuperarnos, estos años contigo han sido maravillosos, hemos sido tan felices juntos y...

—Ya no te amo —soltó de sopetón— ¿Cuántas veces debo decírtelo? Esto no da para más...

—Mi amor, yo creo que estás confundida.

—¡No estoy confundida! —le gritó—. No te amo, hace mucho tiempo que dejé de quererte, al darme cuenta de que no eras más que un mediocre ¿Acaso es tan difícil de entender? ¿O eres estúpido?

Cada palabra era como una puñalada. Ella lo miraba con rabia y por más que intentaba buscar en sus pupilas un mínimo destello de cariño, no lo conseguía. Ella era su mundo, su razón de existir, su mujer... y ya no quería estar con él.

—Me voy —habló hastiada, recogiendo su cartera del sofá.

—Josefina, yo te amo —murmuró, sujetándola del brazo.

—Ya te dije que yo no, no te comportes como un imbécil y déjame tranquila.

—Pepi, por favor, no me dejes solo —sollozó—. No quiero estar sin ti.

—Basta, en serio, ya basta —se soltó de su agarre—. No voy a quedarme, no quiero estar contigo.

—Te necesito tanto, mi amor, no me hagas esto —lloró.

—Entiéndelo de una vez, Roberto. No te amo.

Lo último que escuchó fue un portazo.

Y despertó.

Rober se sentó en la cama de un salto, agitado. Hacía un par de meses que no tenía aquella pesadilla y creyó que no la tendría de nuevo, pero estaba equivocado y, aunque quisiera convencerse de lo contrario, le seguía doliendo aquel mal sueño, en el que revivía una y otra vez el momento en que su esposa le dejaba.

Fue a la sala de estar, se sirvió un vaso de whisky y se dirigió al despacho. Pescó una caja de metal y se acomodó en el berger. De la cajita sacó un montón de fotos. Ahí estaba Josefina, tan preciosa, tan distinguida, tan perfecta, cogida de su brazo en el registro civil, pasando de ser su novia a su mujer. Quizás el problema había sido exactamente ese: era demasiado perfecta... para él. Recordaba las muchas veces que le dijo que ella era lo más divino sobre la faz de la Tierra, pero nunca recibió un cumplido similar por parte suya. Josefina siempre esperó más de él, no soñaba con formar una familia y estar juntos hasta la vejez, quería otra clase de cosas, una vida lujosa y el poder que el cargo político de su marido podría darle. Y él lo intentó, mierda que intentó ser el hombre ambicioso que ella quería, pero simplemente no pudo, porque no era su naturaleza.

El reloj marcaba las cuatro de la madrugada cuando pudo despegarse de esas fotos y de su pasado. Volvió a su habitación y se metió a la cama. Miró el otro lado vacío y suspiró. Tomó su móvil, ese nuevo que tuvo que comprar después que Josefina arrojara el antiguo violentamente al suelo y le destrozara la pantalla. Ingresó a la galería y encontró lo que buscaba; las fotos de su nueva novia, aquellas que causaron el deceso del viejo celular. Ahí estaba ella, tan contenta, queriéndolo tal como era, sin exigir cosas que nunca podría darle. Se maldijo por haberle hecho daño, por ocultarle la verdad, por hacerla llorar. Y se maldijo también por creer que tenía derecho a ser feliz. Había malgastado sus oportunidades y ya no podía hacer más.

Había perdido a la persona que lo salvó de la tristeza, que lo trajo de vuelta a la vida tras creer que se moriría de pena. Había perdido a Kari.

## CAPÍTULO 7

Estaba terminando otra semana horrible, en la cual llevaba días dándole vuelta a la idea de marcarle a Roberto y disculparme por el llamado de Olivia. Si bien habíamos quedado en no muy buenos términos —pésimos términos, para ser honesta— que mi amiga lo insultara hasta el cansancio me parecía un poquito excesivo.

Almorcé con Gon, quien para ese entonces ya se había convertido en mi confidente.

—Quizás un mensaje sea suficiente —me aconsejó Gonzalo—. No sé si te haga bien hablar con él.

—Un mensaje es demasiado impersonal. Olivia hizo esto muy personal —me justifiqué.

—Es cierto, pero aun así, ya has sufrido demasiado.

—Gracias Gon —le sonreí—. Te has portado muy bien conmigo, me llevas a casa y me escuchas, a pesar de lo monotemática que puedo llegar a ser.

—Para eso están los amigos.

Mi teléfono comenzó a sonar. El número era desconocido.

—¿Sí? —contesté.

—Kari, qué bueno que cogiste la llamada.

Reconocí la voz al instante.

—¿Qué sucede, Richard? —inquirí.

—Sólo llamo para preguntarte si sabes algo de Roberto...

—No, no sé nada —interrumpí molesta—. Y quizás deberías llamar a su mujer para consultarle y no a mí.

—Le dijo a Eduardo que no tiene idea —respondió—. Kari... Rober lleva tres días desaparecido.

Sentí como si mi corazón se detuviera.

—¿Cómo que desaparecido? —interrogué, elevando la voz.

—El martes se marchó a mediodía del ministerio y el conserje de su edificio lo vio salir muy tarde en su coche —explicó—. Desde entonces su teléfono está apagado y no sabemos nada: nadie lo ha visto ni tenemos idea de su paradero.

—Tú y Eduardo son sus amigos ¿No piensan hacer nada? —incredula.

—Eduardo está furioso porque abandonó el trabajo, y yo estoy abordando un avión a Suiza, por negocios. Por favor si sabes algo de él dile que me escriba. Adiós.

Se cortó la comunicación.

—¿Qué pasa? Estás pálida —dijo Gon, dándome un vaso con agua.

Miré el vaso en silencio, ya que las palabras no querían salir de mi boca. El agua era tan cristalina que me trasladó a otro lugar, logrando que mis neuronas hicieran clic.

—Roberto desapareció —murmuré.

—¿Qué?

—Pero creo que sé dónde está —hablé, poniéndome de pie—. Por favor, Gon, necesito ir a buscarlo. Sé que no debería y que aún no termina la jornada, pero...

—Ve —sonrió mi jefe—. Lo amas y te preocupa lo que le suceda, no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Ve y encuéntralo.

Ni siquiera pensé en ir a mi departamento y tomé un taxi directamente al terminal de autobuses interurbanos.

Durante el camino, de más de dos horas, me fui rogando tener razón y hallarlo allí, sano y salvo.

A las seis de la tarde me bajé del vehículo. Hacía frío y la lluvia había transformado el camino interior en espeso lodo, pero no me importó, ni eso ni los treinta minutos que tuve que caminar entre el bosque que comenzaba a oscurecerse y parecer cada vez más tenebroso. Comencé a cuestionarme, si Roberto no estaba allí ¿Cómo mierda regresaría a la ciudad? No tenía idea del horario de la locomoción ni conocía el pueblo.

Empezaba a sentir que había cometido un gran e impulsivo error en ir sola allí, pero justo en ese momento divisé el auto de Rober en una imagen desoladora: el Audi grafito, siempre tan impecable, estaba estrellado contra un árbol. Nada bueno podía haber sucedido.

Corrí a la cabaña. La puerta estaba junta y sin preámbulos entré. La casa estaba apagada, sin luz ni esa magia que parecía tener cuando la habíamos visitado tiempo atrás.

Miré y en un rincón, encogido en el sofá, Rober vegetaba con los ojos cerrados.

—Qué bueno que te encuentro —suspiré.

—¿Qué haces aquí? —preguntó indiferente, sin siquiera mirarme.

—Llevas tres días desaparecido.

—¿Y?

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué el auto está así?

—No ha pasado nada.

Rober se puso de pie y caminó hasta la cocina. Lo seguí y encendí la luz, para ver calamidades: sobre la despensa solamente unas rebanadas de pan y un par de latas de atún evidenciaban de qué se estaba alimentando. Al otro lado dos botellas de whisky, una sellada y otra a medio beber.

Pero lo peor, sin dudas, fue percatarme de la herida de cerca de cinco centímetros que lucía en la sien izquierda, sucia con barro y restos de sangre seca.

—¿Qué mierda te pasó! —exclamé horrorizada, sujetando su cara.

—No es nada —alegó apartándose y sirviéndose un vaso de whisky.

Entonces, como en una película, en mi mente vi la escena a todo color: Rober llegando borracho a la cabaña y chocando el auto.

—No me digas que llegaste manejando borracho...

—Y si así fuera ¿Tiene algo de malo? —gruñó de mal humor.

—¿Qué te pasó en la cabeza?

—Me caí al bajarme del auto, después de chocarlo —explicó hastiado.

—Porque estabas borracho —afirmé.

—¿Y eso qué tiene?

—Pudiste tener un accidente, incluso morir —le reproché— ¡Y mira cómo quedó el auto!

—¿Y qué importa el puto auto? —me gritó furioso.

Hay mujeres que lloran si alguien les grita. Yo no soy de esas mujeres.

—Si el puto auto no importa, esta puta botella tampoco.

En un arranque de ira tomé la botella de whisky sellada, abrí la puerta por completo y la arrojé sobre unas rocas, haciendo que el vidrio se desintegrara y el trago se esparciera sobre la hierba. Rober me miró impresionado.

—¿Tienes un botiquín? Debo curarte esa herida —ordené.

—Quizás en el baño —contestó cohibido.

Fui al cuarto de baño, pero lo único que encontré fue gasa y un par de bandas adhesivas roídas por el tiempo y la humedad. Regresé a la sala, donde él estaba sentado en un sillón.

—Como no hay alcohol para desinfectarte tendré que usar algo más.

—No me digas que...

—Tú lo quisiste así.

De la cocina cogí el whisky que quedaba y mojé la gasa. Apenas la puse sobre la herida Rober se retorció.

—Me duele —alegó.

—Sin quejas —lo regañé—. Debiste hacer algo por tu herida antes, ahora tal vez te quede cicatriz.

—Eso da igual.

—Una cicatriz en la frente no es tan sexy como una en la cadera.

—No digas tonterías —musitó avergonzado.

—Sabes de sobra que tu cicatriz me parece sexy —contesté—. Tú me pareces muy sexy.

Roberto se sonrojó al escuchar mis palabras y miró hacia otro lado

Terminé la curación en silencio. Él se puso de pie y cogió las llaves del Audi.

—Te llevaré a la carretera para que tomes el autobús de regreso a la ciudad —anunció.

—¿Quieres que me vaya? —cuestioné asombrada.

—No tienes nada que hacer aquí.

—Me preocupé porque desapareciste...

—Quería estar solo, no es para tanto.

—Y terminaste con la cabeza rota.

—Estás exagerando.

—Al único lugar que iré será al pueblo, por comida, y tú vendrás conmigo ¿Oíste?

Nos subimos al Audi abollado, que al menos no tenía problemas mecánicos, y nos fuimos al centro del pueblo.

Obligué a Rober a pasar al servicio de urgencias, donde el paramédico de turno le revisó su herida, la desinfectó con productos y utensilios adecuados y le recetó antibióticos, ya que tenía una pequeña infección.

Salimos del lugar y caminamos a la farmacia a comprar los medicamentos.

—¿Sabes lo que significan los antibióticos? —pregunté, y él sonrió resignado— Exactamente, nada de whisky.

Pasamos al diminuto mercado y compramos varias cosas para comer: pan fresco, pollo, verduras, jugo y pasta.

Llegamos de regreso a la cabaña.

—Descansa —le dije— Prepararé la cena.

—¿Tú vas a cocinar? —interrogó sorprendido.

—No me subestimes, Roberto.

Con ayuda de Google y sus recetas preparé una sopa de pollo para mi paciente favorito. Serví platos para ambos y nos sentamos a comer.

Conversamos tranquilamente, como buenos amigos. Vi la hora en mi móvil y descubrí que ya eran las once de la noche.

—Ve a dormir —le impuse—. Yo me acomodaré en el sofá.

—¿Estás loca? No voy a permitir que duermas en el sofá —se negó—. Quédate en la habitación.

—No es necesario...

—Lo es. Por favor hazme caso, al menos una vez en tu vida.

Fui al cuarto, me quité los zapatos, el sweater y los jeans, quedándome solamente en ropa interior y polera. Roberto entró justo antes de meterme a la cama, así que me vio en bragas.

—Lo siento —se disculpó, bajando la vista.

—Ya me has visto muchas veces semi desnuda —bromeé.

No contestó nada y abrió el clóset, buscando una frazada, mientras yo me acomodaba entre las sábanas.

—Buenas noches —se despidió desde la puerta.

—Rober... ¿Por qué no duermes aquí conmigo?

—No creo que sea buena idea...

—No tiene que pasar nada, tengo muy claro que estás casado, pero me preocupa que tienes una herida en la cabeza.

Suspiró. Se acercó a la cama y se recostó a mi lado, pero encima del cobertor.

—Josefina y yo terminamos definitivamente.

—¿De verdad? ¿Por qué? —pregunté nerviosa.

—Porque no pude acostarme con ella —contestó de sopetón.

Lo observé con espanto; conmigo jamás había tenido algún inconveniente de tipo sexual.

—¿Y desde cuándo tienes problemas de impotencia?

—¿Qué? ¡No, no fue eso! —alegó.

—¿Entonces?

—No pude acostarme con ella porque estoy enamorado de ti. No podía hacerle el amor ni fingir que era feliz con ella, si en realidad estaba pensando en ti.

Me quedé muda. No me esperaba esas declaraciones.

—No te asustes —me sonrió—. En estos días he pensado muchísimo y he llegado a varias conclusiones, y una de ellas es que ya no voy a seguir molestandote.

—¿Qué estás diciendo?

—Nunca podré hacerte feliz, y tú te mereces un hombre que sea capaz de hacerlo.

—O sea que decidiste que ya no volveremos a estar juntos —resumí indignada.

—Es lo mejor, Kari. Es por tu bien.

—Tú no tienes idea de qué es lo mejor para mí —gruñí.

—¿Y qué crees tú que es lo mejor?

No conocía la respuesta. Quería creer que él era lo mejor para mí, pero eso parecía ser imposible.

Nos miramos a los ojos, pero en lugar de agarrarnos a besos y quitarnos la ropa simplemente nos tomamos de la mano.

—Sabes que te quiero, linda —susurró—. Pero de nosotros juntos no sale nada bueno. En estos meses te he hecho mucho daño. Te mereces un chico de tu edad, con el que todo sea nuevo. Yo no tengo nada que ofrecerte, ya me casé tres veces y fallé, sin mencionar que estoy viejo para ti.

Cerré los ojos. Sus argumentos tenían bastante sentido.

Un par de lágrimas resbalaron por mis mejillas, pero me esforcé para que Roberto no las notara. Lo abracé con fuerza y él correspondió, sujetándome firme, como si no quisiera dejarme ir.

Un rato después Rober se quitó los zapatos y los pantalones y, sin avergonzarse de sus

calzoncillos, se arropó junto a mí.

Acurrucados en esa noche tan nostálgica, nos dormimos profundamente.

\*\*\*\*\*

Como un milagro, el sábado amaneció el cielo completamente despejado. El lago se veía precioso bajo los rayos del sol.

Me senté en una banca a contemplar la belleza del paisaje. Rober apareció y se instaló a mi lado.

—Me encanta este lugar —comenté.

—También a mí, por eso vine.

—¿Cómo es que nadie pensó en buscarte aquí?

—Nadie sabe que existe. Compré la cabaña hace años, pero siempre he venido solo.

—¿Y Josefina?

—Ella solía ir de vacaciones con sus amigas, entonces yo aprovechaba de huir de la ciudad y venir aquí —explicó—. Tú eres la única persona a quién he traído.

—¿Yo? ¿Acaso tengo algo de especial?

—Todo —sonrió—. Ven, vamos al pueblo. Con el calor que hace vas a necesitar un traje de baño ¿Sabes nadar?

—No mucho...

—Entonces tendré que enseñarte.

Me sorprendió el buen humor de Roberto. Antes de salir le revisé su herida y le hice una curación, además de comprobar que ingiriera sus medicamentos.

Fuimos al centro del pueblo. Entramos a una pequeña tienda de ropa, donde elegí un bikini negro, el único de mi talla. También incluí en mi lista de compras un par de bragas y una camiseta, para poder cambiarme. Llegué al mostrador a pagar y Roberto se acercó con su billetera, pero lo detuve poniendo mi mano sobre ella.

—No —rechacé—. Una cosa es que pagues la comida, otra es la ropa. No lo voy a permitir.

—Pero...

—No hay pero que valga. Hazte a un lado.

La vendedora nos miró y sonrió. Rober le hizo una mueca como queriendo decir "es ella la que manda" y se dispuso a mirar los estantes mientras yo pasaba mi tarjeta de crédito por la máquina. Gracias a Dios no rebotó. Eso habría sido muy vergonzoso.

En lugar de volver a la cabaña fuimos a un parque junto a la costanera. Allí charlamos largo rato sentados sobre el césped: de la infancia, nuestros padres, la vida que llevábamos antes de conocernos. Posterior a eso decidimos ir a comer unos deliciosos pescados a un restaurante, donde continuamos hablando como buenos amigos.

Una hora después volvimos a la cabaña, a cambiarnos para meternos al lago. Me puse mi bikini y me miré al espejo. Sonreí al comprobar que me veía bastante bien.

Cogí una toalla y salí al jardín, en donde Rober me esperaba. Apenas salí me observó como si jamás me hubiera visto antes.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Nada —tosió, dándome la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, por supuesto.

Me paré frente a él y comprendí la razón: en su short asomaba un bulto, el cual intentaba ocultar con esmero. Preferí no decir nada.

—¿Vamos? —lo invité, para calmar la tensión.

—Vamos.

Nos metimos al agua, que estaba bastante fría. Rober nadó varios metros y regresó junto a mí para enseñarme a nadar, pero resulté ser una pésima alumna, lo que provocó que nos riéramos casi hasta las lágrimas y que termináramos jugando en el agua.

Una vez que se hizo tarde y comenzó a oscurecer nos entramos a la casa. Fui a darme una ducha mientras Roberto encendía la chimenea, ya que la temperatura descendía muy veloz para retomar el clima invernal.

Después de que él también se duchara, cenamos. Recién entonces me percaté que en ningún momento alguno de los dos había mencionado la idea de volver a la ciudad y a esa hora era evidente que nos quedaríamos nuevamente allí.

Fui a la alcoba y me senté sobre la cama. Rober entró, abrió el armario y cogió una frazada, al igual que la noche anterior.

—Puedes dormir aquí otra vez —sugerí.

—No lo sé —titubeó.

—Pero ayer...

—Te vi hace unos días —me interrumpió—. Estabas afuera de tu edificio y un chico te abrazaba, y no quiero arruinarte eso. Si por fin estás rehaciendo tu vida no voy a interferir, quiero que seas feliz, aunque no sea conmigo. Él se veía casi de tu edad, era perfecto para ti.

No daba crédito a lo que estaba escuchando ¿Qué mierda de película había pasado por la cabeza de Roberto?

—Ay, Rober —suspiré—. Ese chico no es mi novio ni nada parecido, es Gonzalo, mi jefe —expliqué.

—¿Y tu jefe te lleva a tu departamento?

—Nos hemos hecho buenos amigos y suele llevarme por las tardes a casa, creo que su novia vive cerca de allí.

Rober se quedó callado, reflexionando quizás.

—Entonces no es tu novio —resumió.

—No.

—¿No sales con nadie?

—Con nadie, Rober. No ha sido fácil superar el quiebre con mi último novio —justifiqué.

—Lo sé, ese hombre es un imbécil.

—Un imbécil muy guapo.

—¿Segura que no sales con nadie? —preguntó nuevamente.

—Estoy segura ¿Por qué insistes tanto?

—Porque me muero de ganas de besarte y hacerte el amor.

No fue necesario nada más. Sin detenernos a pensar nos besamos, con ansiedad e impaciencia, como si el mundo fuese a desaparecer si no lo hacíamos. Pronto sus labios comenzaron a recorrer mi cuerpo, mientras sus manos no paraban de tocarme. Sentir sus dedos sobre mi piel resultaba tremendamente adictivo; quería que me acariciara hasta arrancarme todo el amor y la pena que habitaba en mi corazón.

Lo empujé sobre la cama y lentamente me desnudé frente a él, viendo el deseo en sus ojos. Sin delicadeza le quité la camisa y lo volví a besar, deseando que su boca nunca estuviese muy lejos

de la mía, ni sus manos de mi cintura.

De un instante a otro la ternura cedió terreno a la pasión y Rober me sujetó con fuerza y me tumbó de espaldas en la cama, se acomodó sobre mí y me embistió con una brutalidad que no le conocía, pero que me fascinó.

Hicimos el amor con desesperación, como un par de locos enamorados. Apenas Rober acabó se recostó a mi lado y se acurrucó en mi pecho.

—Quisiera que esto no se termine nunca —murmuró muy bajito—. Quisiera tenerte conmigo para siempre.

No respondí, porque quizás sus palabras eran producto del fulgor del momento. Aunque en el fondo de mi alma creo que sabía que me lo decía en serio.

Pasamos otro par de horas juntos, entre besos y caricias, entre sexo y pasión, pero eso no era nada comparado con nuestro amor.

Por fin, exhaustos de tanto deseo, nos quedamos dormidos.

\*\*\*\*\*

Amaneció un domingo muy nublado. Abrí los ojos y estiré mi brazo para acurrucarme junto al hombre que había dormido a mi lado, pero no encontré a nadie.

Me puse su camisa, esa que le había quitado a tirones la noche anterior, y me dirigí a la sala de estar. Sentado mirando las cenizas de la chimenea estaba Roberto, pensativo.

—Hola —saludé.

—Kari —pronunció con seriedad—. Creo que es hora de volver a la ciudad.

Nos arreglamos y ordenamos la cabaña sin decirnos mucho. Por más que miraba a Rober no lograba descifrar qué era lo que pasaba por su mente; el día sábado estaba tan contento ¿Qué podía haberle sucedido?

Cerca de las dos de la tarde estacionamos el Audi afuera de mi edificio, tras un viaje en completo silencio. Rober descendió deprisa para abrir mi puerta y ayudarme a bajar, como el caballero que siempre ha sido. Nos miramos fijamente.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Un hombre correcto no le dice a una dama lo que te diré, no después de lo que pasó anoche —advirtió, yéndose por las ramas.

—Dilo de una vez.

—Te quiero —confesó—. Pero no creo ser una buena opción para ti. Te mereces a alguien mejor, que esté a la altura de lo que tú eres, una mujer maravillosa...

—Suenas a que me estás dejando.

—No, jamás haría eso —negó—. Tal vez... deberíamos quedar como amigos.

—¿Amigos? —repetí confusa.

—No quiero que te vayas de mi vida, pero no puedo hacerte feliz como pareja.

Miré al cielo cansada: Rober y sus rollos existenciales ¿No se supone que las mujeres somos las complicadas? ¿Por qué yo tenía que enamorarme del hombre con más baja autoestima del mundo? Maldije su mala suerte en el amor, por haber minado su confianza, por haberlo reducido a ruinas. Por primera vez comprendí cuánto debió sufrir para convertirse en un tipo tan inseguro.

—Puede que tengas razón —contesté—. Quizás es muy pronto para tomar decisiones, tal vez lo mejor es ser amigos, hasta que tengamos claro lo que nos pasa.

—Gracias por entenderlo, linda.

Nos dimos un abrazo, mientras ese “linda” resonaba en mi cabeza; desde que nos hicimos novios, antes de las calamidades, me llamaba así, de forma cariñosa. Esa palabra había adquirido un nuevo significado al oírla de boca de Roberto, era una manera más de decirme cuanto me quería.

Una mirada. Verme en sus ojos me superaba y creo que a él le pasaba lo mismo. Sentía su corazón latir fuerte y sabía cuántas ganas tenía de besarme, las mismas que sentía yo. Pero no, éramos sólo amigos.

—Ya me voy —susurró soltándome—. Mañana debo volver al trabajo, ya llevo muchos días ausente.

—No vuelvas a darme un susto así ¿Oíste? —lo regañé.

—Te lo prometo. Adiós.

Un último abrazo y un beso en la mejilla. Acto seguido Rober subió a su vehículo y lo vi desaparecer calle arriba.

Entré a mi departamento, donde Sophie me esperaba con semblante de madre cuya hija llega tarde de una fiesta.

—No quiero sermones —supliqué agotada.

—No pensaba hacerlo —respondió—. Sé que contra tu pelmazo no hay nada que hacer.

Entré a mi cuarto y me recosté sobre la cama. Quería descansar.

\*\*\*\*\*

El lunes muy temprano Roberto se levantó para ir a trabajar.

Llegó media hora antes de lo habitual al ministerio y los empleados que ya estaban allí lo saludaron sorprendidos, después de casi una semana sin verlo. La mayoría creyó que ya no volvería.

Se instaló en su escritorio y comenzó a revisar su correo, donde se amontonaban cientos de mails sin leer. A las nueve en punto entró Eduardo, con expresión de molestia.

—¡Hasta que te dignas a venir! —exclamó con ironía.

Eduardo lo regañó hasta el cansancio y Rober escuchó sin contradecirlo. Estaba consciente que de cualquier trabajo lo habrían despedido por ausentarse sin avisar, pero en esa ocasión le convenía ser amigo del jefe.

Luego de amenazarlo con echarlo a la calle como un perro, Eduardo lo dejó continuar con sus labores. Minutos más tarde golpearon a su puerta y Valentina, la secretaria, ingresó con una bandeja con café y galletas.

—Vi que no fue por su desayuno —comentó—. Así que le traje algo de comer.

—No tenías que molestarme, Valentina —habló, poniéndose de pie.

—No me molesta, al contrario —contestó, dejando la taza y el platillo sobre el escritorio.

—Muchas gracias, de verdad —sonrió él.

—Es un gusto.

Se marchó. Le sorprendió un poco el amable gesto de la secretaria, e inevitablemente recordó que hace unas semanas le había dicho que se veía guapo, pero no consideró ninguna mala intención en aquello.

Lo mejor era enfocarse en trabajar, había mucho papeleo pendiente. Quizás eso le ayudaría a sacar de sus pensamientos a la chica que le había robado el corazón.

## CAPÍTULO 8

Esperé un par de días. En nuestra nueva condición de amigos no era correcto acosarlo diariamente, por lo que recién el miércoles por la mañana me aventuré y caminé hasta el ministerio.

Eran cerca de las diez y en recepción me atendió otra chica, no la que siempre me ponía problemas.

—Hola, quisiera hablar con Roberto Brown, por favor.

La recepcionista me pidió mi nombre y llamó. Inmediatamente me hizo pasar, sin conflictos.

La puerta del despacho de Roberto no estaba por completo cerrada, así que me asomé levemente.

—¿Puedo pasar, señor Brown? —pregunté juguetona.

—Por supuesto, señorita Rodríguez.

Rober se veía feliz y se acercó a saludarme con un beso en la mejilla. No pude aguantarme y acaricié su cabello, a lo que él cerró sus ojos, supongo que esperando algo más. Pero no, sólo amigos.

—¿Cómo has estado? —interrogué.

—Bien, con mucho trabajo —respondió sentándose en su silla. Me instalé frente a él.

—¿Y la herida?

—Genial, sólo me queda un par de días de antibióticos.

—Me alegro —sonreí.

—Y tú ¿Qué tal vas?

Echándote de menos, esa era la respuesta correcta. Pero no era buena idea decírselo.

—Bien, gracias.

Silencio. Mi respuesta era lo menos creíble del mundo, pero era lo único que conseguí que saliera de mi boca.

—Qué bueno que viniste —comentó—. Tenía tantas ganas de estar contigo.

—¿Por qué no me llamaste? —reproché.

—No puedo —suspiró—. He tenido miles de veces el teléfono en la mano para llamarte, pero luego me arrepiento. Se supone que solamente seremos amigos, no puedo estar llamándote o escribiéndote cada cinco minutos, aunque es lo que quisiera hacer.

Nos miramos con ternura, pero el momento se interrumpió; la secretaria que solía negarme ver a Rober entró con una bandeja en sus manos.

—Señor Brown, le traje el desayuno y...

Se quedó muda al verme allí.

—Ay, Kari, que descortés soy —se regañó Rober— ¿Quieres un café o algo?

—No —balbuceé.

La joven le dejó el café y un sándwich sobre el escritorio, sin decir nada.

—¿Le pusiste...? —quiso preguntar mi ex.

—Veinte gotas de stevia —dijimos ella y yo a coro.

Observé a la muchacha; llevaba un traje de blusa y falda que le quedaban jodidamente bien. Iba muy maquillada y peinada, jamás la había visto tan arreglada en las veces anteriores que había estado allí. La situación no me gustó para nada.

Por su lado, ella me dio una mirada fulminante. Si se pudiera matar con la mirada, yo habría muerto en ese mismo momento.

—Muchas gracias, Valentina —agradeció él, con una sonrisa.

—No es nada.

Valentina se retiró de la oficina, cerrando la puerta tras de sí. Miré a Rober, quien le daba un sorbo a su café.

—¿Ahora tienes una secretaria personal? —bromeé.

—No —se rio—. Valentina es muy amable y como estoy llegando más temprano, antes de que abran la cafetería, me trae el desayuno, eso es todo —explicó—. Además hace unas galletas deliciosas, me ha regalado algunas y estaban riquísimas.

Lo contemplé pensativa. Él no parecía darse cuenta de sus palabras.

—Y Valentina se preocupa por ti ¿Sólo porque es una buena persona?

—Claro.

—Rober, no te hagas el tonto —me reí.

—¿Por qué me dices eso? —interrogó confundido.

—Es que no puedo creer que seas tan ingenuo...

—¿Ingenuo? ¿De qué hablas?

—De que le gustas a la secretaria —sentencié.

—¿Estás loca? ¡Yo no le gusto a nadie! —exclamó.

Miré el techo ante su declaración tan poco acertada.

—Bueno, a casi nadie —corrigió.

—Soy mujer, sé cómo actuamos cuando alguien nos gusta y lo que acabo de ver es que esa chica se muere de ganas de acostarse contigo.

—No digas eso —me regañó—. Por lo demás, no voy a acostarme con ella ni con nadie.

¿Ni siquiera conmigo? Pensé. Yo tenía tantas ganas como Valentina de acostarme con Roberto, pero nada lograba inmutarlo ¿Qué le había pasado a mi ex novio? ¿En qué momento le cambiaron la sangre de las venas por hielo?

—Okey, dejemos este tema ¿Sí? —dijo, tratando de relajarse— ¿Qué te parece si el viernes te invito a almorzar? Como amigos, claro —especificó.

Ni siquiera pensé en la respuesta; tenía que marcar mi territorio, antes de perderlo contra Valentina y sus atentos desayunos.

—Genial —contesté—. Si quieres puedo venir a buscarte.

—Aquí estaré esperándote.

Nos despedimos con un beso amistoso y un abrazo.

Al salir Valentina me miró nuevamente, de pies a cabeza, y luego soltó una risita, como queriendo decir que conmigo no tenía de qué preocuparse. Y quizás era cierto, ya saben lo que dicen, que a los hombres se les conquista por el estómago. Claramente yo estaba en desventaja.

\*\*\*\*\*

Ese día salí temprano del trabajo y aprovechando que, como pocas veces coincidíamos en un horario libre, Sophie, Olivia y yo nos reunimos en el centro comercial. Nos tomamos un helado —

el mío de cookies and cream— y nos dirigimos a mirar ropa. Okey, no sólo a mirar, también nos compramos algunas cosas... con tarjeta de crédito. Al menos yo no tenía otra forma de hacerlo.

Olivia, que a diferencia mía no tenía problemas de dinero, nos pidió que la acompañáramos a la zona de lujo, esa que jamás piso porque ni siquiera un par de calcetines están a mi alcance. Oli insistió y aceptamos, así que empezamos a pasear entre aquellas marcas carísimas cuyas etiquetas de precio no me atrevía a mirar. Entramos a uno de los finos locales, donde Olivia se enamoró perdidamente de un jeans, y al salir del probador para mostrarnos cómo le quedaba sentí que mi corazón se aceleraba. Y no, no era por el pantalón, sino porque en la misma tienda, junto a un espejo, Josefina Barceló miraba un vestido azul que, seguramente, le quedaría maravilloso.

—¡Mierda! —exclamé asustada, escondiéndome en el probador.

—¿Qué pasa? —interrogó Sophie.

La señalé y les susurré de quién se trataba. La miraron en silencio durante un momento.

—Es hermosa —comentó Olivia.

—Y elegante —agregó Sophie.

—Gracias, me hacen sentir mucho mejor —gruñí.

—Es que tu pelmazo no está a la altura de ella —dijo Oli.

—¡Oye! Rober es muy guapo —me quejé.

—No está mal, pero ya sabes lo que pienso... No son de la misma categoría.

Olivia tiene la teoría de que existen diferentes categorías de personas y, para que una relación funcione, las dos deben estar en la misma, como en un sistema de castas. En este caso Josefina, según ella, estaba en un nivel muy superior a Roberto y por eso estaban destinados al fracaso.

—Creo que es mejor que nos vayamos —sugerí.

—¿Estás loca? ¡Vamos a seguirla! —me animó Oli.

—¿Seguirla? ¿Para qué? —cuestionó Sophie.

—¡Pues para ver qué hace! Debemos analizarla, es la rival de Kari —contestó.

Ya no, pensé, Rober ya no está con ella, pero... seguía siendo su esposa. Supongo que seguía siendo mi rival.

La seguimos. La vimos comprar un vestido, un par de zapatos y otras varias cosas en aquella tienda y luego ir a otro par de lugares de donde salió con más bolsas. Iba despreocupada y ni siquiera notó nuestra presencia, me imagino que éramos tan insignificantes que no nos habría visto ni aunque nos hubiésemos parado a su lado.

Un rato más tarde fue hacia los estacionamientos, avanzó algunos metros, sacó su móvil de la cartera y escribió. Nosotras, el trío de brujas, como nos llama Pablo, nos escondimos tras un pilar. De pronto un Porsche negro se detuvo y bajó su dueño, un hombre rubio de ojos azules que le sonrió y le dijo algunas palabras que no entendimos, porque habló en italiano. Se dieron un abrazo y un beso que, más que en la mejilla, fue prácticamente en la boca.

El hombre cogió las bolsas y las guardó en la maleta del coche. Ambos subieron al vehículo y desaparecieron. Nosotras nos miramos, confundidas.

—¡Pero qué macho! —exclamó Olivia, casi babeando.

—Era muy lindo —elogió Sophie.

—Qué suertuda esa mujer...

— Suerte tenía de estar con Rober —pronuncié con rabia—. Ese tipo no era tan atractivo.

—¿Roberto te parece más guapo? —inquirió Oli.

—Claro —respondí.

—Ay, tú sí que estás enamorada —comentó.

—Josefina es una infeliz —insulté indignada—. Quería volver con Rober, lo consiguió y no ha pasado ni una semana desde que terminaron y ya se anda paseando con otro hombre.

—Y tú te acostaste con su marido el fin de semana —me recordó Olivia—. Tú y tu pelmazo no son exactamente unas blancas palomas, Kari, no lo olvides.

*Knock out. Fatality.* Muerte súbita.

—Okey —suspiré resignada— ¿Vamos por un trago? Ya ha sido suficiente.

—Por supuesto —sonrió Olivia—. Yo invito.

\*\*\*\*\*

—Valentina ¿Puedes venir a mi oficina?

Para Valentina el hecho de que Roberto le pidiera ayuda, en lo que fuera, era una posibilidad. No olvidaba su trato con Eduardo, pero eso era lo de menos; lo más importante era que así podía acercarse al hombre que tanto le atraía.

Se acomodó la ropa y se dirigió al despacho, y encontró a Roberto de pie junto al estante de los archivadores.

—No logro encontrar el informe de presupuesto del mes pasado —comentó— ¿Sabes dónde está?

—Claro.

Rober le dio una sonrisa mientras ella revisaba los archivos. Sonó el teléfono y mi ex novio se acercó a su mesa, se sentó y contestó.

—¿Kari? Vaya ya son las una —respondió mirando su reloj—. Okey, dile que ya voy.

La secretaria se acercó con unas hojas en las manos y las puso sobre el escritorio, posando coquetamente su torso con su ajustada blusa encima, dejando a la vista de mi pelmazo su tremendo escote y su sostén negro de encaje.

Rober sintió un nudo en la garganta ¿Cómo habían llegado los senos de su secretaria a estar tan cerca de él? El problema fue que mi ex, a pesar de todo, era hombre. Y mientras Valentina le explicaba el informe no pudo ponerle atención a ni una maldita palabra, limitándose apenas a asentir con la cabeza y mirar casi hipnotizado los atributos de la chica.

Le agradeció su ayuda y ella caminó hasta la puerta. La observó fijamente; jamás había notado que Valentina tuviera un físico tan infartante o que fuera tan bonita.

—Señor Brown ¿Saldrá a almorzar con su amiga? —interrumpió ella sus pensamientos.

—Sí —respondió, poniéndose de pie y cogiendo el saco.

—¿Tardará mucho? Había pensado que podría ayudarle con el calendario de las próximas actividades del ministerio —se ofreció.

—Me parece bien, sería muy útil. Apenas regrese nos pondremos a trabajar.

Roberto se dirigió hasta la recepción, donde me encontró mirando el móvil.

—Hola linda —me saludó con un beso en la mejilla— ¿Ya nos vamos?

Inevitablemente lo tomé del brazo, como cuando éramos pareja. Entonces vi aparecer a Valentina, con un look bastante provocador, llegando desde la oficina de mi pelmazo.

—¿Ella estaba contigo? —pregunté en un susurro.

—Sí, me ayudaba con unos papeles.

—¿Y no era más simple que fuera a tu oficina desnuda?

—¿Qué?

—Mírala ¡Se te está exhibiendo!

—¡Por supuesto que no! Sólo son ideas tuyas. Yo no he notado nada.

Me reí, a pesar de que no me causaba mucha gracia lo que estaba pasando. Es que a veces puedo ser un poco celosa, como cualquier mujer si otra chica coquetea con el hombre del que está enamorada. Rober, por su lado, es un pésimo mentiroso, al menos en este tipo de asuntos.

—Seguramente no has notado nada —dije sarcástica—. Mejor vámonos.

\*\*\*\*\*

Sí, Roberto y yo éramos amigos, pero considerando los últimos acontecimientos —el interés de su secretaria por él, para ser más específica— no podía desaparecer por mucho tiempo, así que el martes por la tarde decidí visitar a mi pelmazo en su trabajo.

A pesar de que estaba nublado, bajo el abrigo llevaba una camiseta ligeramente escotada. Era sería mi forma de ejercer presión.

Valentina puso una mueca de desagrado al verme y de malas ganas le avisó a Rober de mi presencia, pero él obviamente no se negó a recibirme.

Entré a su oficina y nos saludamos con un beso en la mejilla y un abrazo. Me quité el abrigo y me senté frente a él en su escritorio.

—Recordé que tu cumpleaños es el viernes ¿No te parece perfecto? —planteé.

—¿Perfecto para qué? —preguntó, acomodándose sus gafas de lectura.

—Para hacer una fiesta —dije alegre.

—No creo tener suficientes amigos como para hacer una fiesta —me contradijo.

—Y entonces ¿Cuál es el plan?

—No hay plan —contestó—. Sabes que no me gustan mucho las fiestas, ese será un día como cualquier otro: iré a casa, cenaré y me dormiré, eso es todo.

—No hablas en serio —pronuncié indignada.

—Claro que sí.

Suspiré un poco triste ¿Cómo era posible que esa fuera su idea de cumpleaños?

Roberto se quitó los lentes, se puso de pie y rodeó la mesa hasta pararse a mi lado. Me miro desde arriba; tenía una vista bastante espectacular de mi busto, lo que causó que su mirada se perdiera en mi pecho. Definitivamente estaba ejerciendo presión, al menos dentro de su pantalón.

—¿Qué es lo que miras? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—Cómo te gusta hacerme sufrir —murmuró sonrojado.

No sé bien qué sucedió, pero un segundo después estaba sentada sobre el escritorio besándolo apasionadamente, a la vez que él me sujetaba el seno izquierdo y yo luchaba con su cinturón.

—¿Buscas algo? —interrogó juguetón.

—La tienes enorme, no es muy difícil de encontrar.

Con esfuerzo logré desabrochar su cinturón y abrir su pantalón.

—Lo único que quiero es quitarte la ropa —susurró en mi oído.

—¿Y qué estás esperando?

Me sacó la camiseta y se concentró en mi cuello, arrancándome gemidos de placer.

Entonces se abrió la puerta.

—¡Pero cuánta clase tienes, Roberto! —exclamó Josefina, con tono de burla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, arreglándose la ropa, mientras yo me ponía mi polera.

—Soy tu mujer, puedo venir cuantas veces se me dé la gana.

—Ya te he dicho que no quiero que vengas —la increpó con seriedad.

—¿No quieres que venga para que puedas revolcarte con tu amante? —ironizó.

—Deja en paz a Kari —me defendió.

—Mejor me voy —dije bajándome de la mesa.

—No, Kari, la que tiene que irse es Josefina —habló él, de mal humor.

—Tengo que volver al trabajo —insistí, aunque casi era la hora de salida.

—Quizás ya se acabó tu tiempo; a esta clase de mujeres les debes pagar por hora —habló ella.

La expresión de Rober se desfiguró, al igual que la mía. Era cierto que me había sorprendido a punto de tener sexo con su marido, pero eso no le daba derecho a decirme algo tan fuerte.

—¿Qué dijiste? —inquirió Roberto, acercándose a su esposa. Sentí un escalofrío; jamás lo había visto tan enojado.

—Que le pagues ya a tu puta.

—Pídele disculpas a Kari —le exigió furioso.

—A veces olvido que eres un imbécil —se rio ella— ¿Cómo crees que yo voy a disculparme con tu amante?

—A mí puedes decirme lo que sea, pero no a ella ¿Oíste? No voy a permitir que vengas y la trates de esa manera —le gruñó—. No eres nadie para criticarla.

—¡Eres un desgraciado! —le gritó ella.

—Vámonos —me dijo él, recogiendo su saco del piso.

Caminamos hasta la puerta.

—Oye, Kari —me detuvo la voz de Josefina— ¿Crees que vas a ser feliz con Roberto? Debes ser una chica muy conformista, para que te sientas satisfecha con él, un tipo con esa clase de problemas.

—¿Qué problemas? —pregunté— ¿De qué hablas?

—Déjala tranquila —interrumpió Rober.

—No te hagas la tonta, sé que te acuestas con él. Bueno, eso en el caso de que contigo se le haya parado —se rio su esposa.

—¡Cállate Josefina! —le ordenó.

—No te avergüences, cariño —se burló—. Hay muchos hombres con tu mismo problema. Y acuérdate, Kari, que ya se está haciendo viejo y entonces cada vez le costará más acostarse contigo.

Mi ex novio me sujetó del brazo y me sacó de su oficina. Salimos por una puerta trasera en dirección a un jardín interior, que estaba vacío. Rober le dio una patada al suelo y se sentó en una banca. Yo me senté a su lado.

—¿Estás bien? —consulté.

—Sí, es sólo que...

Un par de lágrimas salieron de sus ojos, seguramente de rabia.

—No te preocupes por lo que dijo, no le hagas caso. Yo no le haré caso —lo consolé, acariciando su cabello.

—Deberías hacerle caso. Tiene razón.

—¿En qué?

—En todo. Jamás vas a ser feliz conmigo.

—Al menos en lo que a la cama se refiere no puedo quejarme —reflexioné—. Créeme que con Pablo nunca me sentí como me siento contigo.

—La comparación con Pablo no era necesaria —alegó.

—Lo siento —me disculpé—. Además, no voy a creerle nada de lo que me diga...

—No te dijo ninguna mentira —aceptó—. Las últimas veces que estuve con ella, hace un año, las cosas no resultaron muy bien que digamos. Supongo que ya nada funcionaba entre nosotros, ni siquiera eso —relató con timidez.

—Un accidente le ocurre a cualquiera —agregué, tratando de darle ánimo.

—Varios accidentes —me corrigió.

—Okey, no importa la cantidad.

Se veía realmente destrozado. Y era obvio, porque a ningún hombre le gusta que se burlen de su virilidad. Era la mayor humillación a la que Josefina lo podría haber sometido, en especial frente a mí.

—Olvida lo que pasó —dije— ¿Sabes algo? No volveré a la oficina, vámonos de aquí, vamos a divertirnos.

Tomados de la mano salimos del ministerio, ante la mirada mal intencionada de la gente del lugar, pero no nos importó; daba igual si le iban con cuentos a Eduardo, a Josefina o al presidente. Mientras nos tuviéramos el uno al otro, era más que suficiente.

\*\*\*\*\*

Desperté con el sonido de una alarma, a las siete en punto de la mañana. Estiré mi brazo izquierdo y chocó contra algo. Escuché una voz de ultratumba.

—Oye, ten más cuidado —se quejó del guantazo.

Miré a mi lado en la cama y ahí estaba Rober, desnudo igual que yo. Me había demostrado que sus “accidentes” con Josefina eran cosa del pasado.

Poco a poco comencé a recordar lo ocurrido la tarde y noche anterior: del ministerio, luego de la discusión con su esposa, Rober y yo nos fuimos a comer burritos a Burritown y después nos metimos en un bar donde nos pusimos tan ebrios que olvidé como llegamos a mi departamento. Y lo que había sucedido en mi cuarto era más que evidente.

Sophie golpeó a mi puerta y lo primero que pensé fue en que le prometí que entre mi ex y yo no volvería a pasar absolutamente nada.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Qué, qué pasa? —me preguntó él, desconcertado.

—Tienes que esconderte.

Rober se puso sus calzoncillos y lo oculté tras la puerta, la que abrí sólo un poquito, asomando mi cabeza al pasillo para hablar con mi compañera.

—¿Qué es lo que suena? —consultó ella.

—Una alarma.

—¿De quién? Esa no es tu alarma ¿Estás con alguien?

Asentí con la cabeza y ella se tapó la boca.

—Me imagino que no es el pelmazo... —murmuró.

—Claro que no, es... alguien más.

—¿Pablo?

—No, no lo conoces —mentí.

—Okey, entonces me meteré a mi habitación para que pueda salir.

—Gracias Sophie.

Sophie se encerró en su cuarto. Roberto se vistió y yo me puse pijama.

Intentamos abandonar el lugar con sigilo, pero antes de llegar al vestíbulo la puerta de mi amiga se abrió y apareció ella furiosa.

—¡Sabía que estabas mintiendo! —me regañó.

—Hola Sophie —saludó él, tímidamente.

—Hola —contestó ella, molesta.

—Sophie, cálmate, no ha pasado nada grave —dije, tratando de bajarle el perfil a lo ocurrido

—. Dejaré a Rober afuera y volveré ¿Bueno?

Salimos del departamento, asustados. Es que Sophie, cuando quiere ser aterrador, lo es.

—Ya no le agrado —comentó Roberto.

—Para nada. Mejor vete.

—Sí. Adiós.

Me di media vuelta para volver y enfrentarme a la violencia de la chica más dulce que conozco, pero él me detuvo.

—Oye, Kari...

—¿Qué?

—Esto que pasó entre nosotros... —balbuceó.

—Tranquilo, sé que no significa nada —lo interrumpí—. Sé que sólo somos amigos.

Mi ex me miró con tristeza, casi como si deseara que aquella noche significara una reconciliación.

Lo vi desaparecer por las escaleras y regresé con Sophie, quien me miraba como una madre que acaba de encontrar a su hija adolescente con su novio.

—Lo estoy intentando, créeme —suspiré, dejándome caer en el sillón.

—Pues no te está resultando mucho —respondió—. No quiero que sufras —agregó.

—Estaré bien —sonreí—. Él no es un mal tipo, tú lo sabes.

—Pero legalmente es de otra mujer, no tuyo.

—Sólo es un papel.

—¿Estás segura? Porque hasta donde sé, aún no le pide el divorcio a su esposa.

Las palabras de Sophie calaron hondo en mí. Es que tenía razón, Rober no había hecho concretamente nada para terminar su matrimonio con ella.

Aunque eso ya no debía importarme en lo absoluto, porque éramos simplemente amigos y nada más.

## CAPÍTULO 9

Amaneció un frío viernes. Rober despertó con el sonido de su alarma, bastante deprimido, seguramente porque era su cumpleaños.

Con dificultad se puso de pie y caminó hasta el baño. Se miró al espejo y descubrió a un hombre mucho más canoso que el año anterior, con más arrugas y más expresión de derrota. Ese hombre no le gustó para nada.

No salió a correr porque comenzaba a llover y lo que le faltaba era cogerse una neumonía y morir, analizó en un pensamiento fatalista.

Se colocó el traje gris, con camisa y corbata negra, pescó el abrigo, su maletín y bajó las escaleras. Se puso a recordar su cumpleaños anterior, el número cuarenta y dos; había sido poco antes de enterarse de que Josefina ya no lo quería. Como en esa época aún eran felices, su mujer lo había invitado a cenar junto a sus amigos Eduardo e Isidora a un lujoso restaurante, le había regalado un carísimo reloj y luego, una vez solos en casa, habían hecho el amor. Parecía haber sido el cumpleaños perfecto, pero ahora comprendía que había sido mentira.

Se estacionó en el ministerio y subió al segundo piso. Por el pasillo algunos de sus compañeros le dieron una palmada en la espalda de felicitación, pero nada más. No es que lo estimaran demasiado, era más bien por compromiso.

Entró a su oficina y colgó el abrigo en la percha. Miró por la ventana como la lluvia caía, cada vez con más fuerza. Entonces la puerta se abrió lentamente y Valentina ingresó con una bandeja y la puso sobre el escritorio.

—Buenos días, señor Brown —saludó alegre.

—Hola —contestó desganado.

—Le traje su desayuno. Me tomé la libertad de incluir un poco de pastel, ya que es su cumpleaños —comentó ella.

Roberto observó la bandeja; una taza de café, un sándwich de queso con jamón y un trozo de pastel de chocolate estaban allí. Sonrió.

—Muchas gracias, Valentina.

—También le traje esto.

La chica sacó del bolsillo de su chaqueta un pequeño paquete de chocolates rellenos de jazmín, coronados por una cinta de regalo rojo. Se la entregó en sus manos.

—Feliz cumpleaños.

—No tenías que molestarte...

—¿Podría darle un abrazo?

A mi ex novio lo pilló muy de sorpresa la petición de su secretaria, pero no lo dudó un instante y asintió con la cabeza. La joven se acercó y lo abrazó; pudo oler su perfume y apretarlo como llevaba tanto tiempo queriendo hacer. Rober correspondió su abrazo, aunque sin demasiado entusiasmo. En realidad, era a otra mujer a la que quería tener en su regazo.

Se separó de Valentina y ella se despidió para marcharse a trabajar. En el umbral se encontró con Eduardo, quien le sonrió, casi adivinando el esfuerzo que la muchacha ponía para cumplir con

el trato que mantenían.

—Ten, Roberto, hay mucho trabajo para hoy —habló Eduardo, dejando caer dos gordos archivadores sobre el escritorio.

—Okey —suspiró mi pelmazo.

El secretario del ministerio caminó a la salida. Allí se volteó y contempló a su amigo.

—Ah, feliz cumpleaños, Rober —saludó— Te debo un trago.

Rober no contestó. No tenía ganas de absolutamente nada.

\*\*\*\*\*

A la hora de almuerzo, en lugar de comer, me dirigí al ministerio. Por ser hora de descanso había poca gente en el edificio de gobierno y no tuve que ver a la secretaria que, según mi percepción, estaba enamorada de Rober.

Una mujer mayor me hizo el favor de llamar al señor Brown y me dejó pasar a su despacho. Abrí la puerta y lo encontré muy concentrado tecleando en su laptop.

—¿Estás ocupado? —pregunté.

—Bastante —resopló—. Pero siempre es bueno verte —sonrió.

Se puso de pie y avanzó hasta quedar frente a mí. Le entregué una bolsa de regalo que llevaba en las manos. Él la recibió y me abrazó con fuerza.

—Feliz cumpleaños, Rober —susurré en su oído.

—Gracias linda.

No sé cuánto tiempo estuvimos abrazados, acariciándonos el cabello, estrechándonos fuerte, deseando que aquello no terminara jamás. Hasta que tuvimos que soltarnos.

—¿Puedo abrirlo? —interrogó curioso.

—Por supuesto, es tuyo.

Como un niño abrió la bolsa y se echó a reír al ver que se trataba de un pack de dos bóxers Calvin Klein, muy ajustados.

—¿Es una indirecta o qué?

—De hecho es demasiado directo.

—¿Crees que me queden bien?

—Sé perfectamente tu talla de ropa interior —contesté—. Ahora estarás mucho más sexy.

Charlamos unos momentos más. Vi la hora en mi móvil.

—Tengo hambre ¿Por qué no vamos a almorzar? —lo invité feliz.

—Me gustaría, pero no puedo —respondió hastiado—. Tengo muchísimo trabajo.

—Está bien, pero podríamos cenar esta noche ¿No te parece?

—Estoy muy cansado, Kari. Lo único que quiero es ir a casa y dormir todo el fin de semana.

—Pero es tu cumpleaños, no deberías pasarlo solo —insistí.

—Es justamente lo que quiero —pronunció con seriedad.

Me molestó su respuesta y traté de disimularlo, pero no pude. Cogí mi mochila.

—Okey, entonces quédate solo —gruñí.

Me marché dando un portazo, pero me quedé tras la puerta. Mentalmente conté hasta diez y nada, no salió a buscarme ¿Por qué mierda jamás Rober iba tras de mí? ¿O es que acaso he visto demasiadas películas de amor?

Volví al estudio. Lo mejor era que yo también me pusiera a trabajar.

\*\*\*\*\*

Rober trabajaba a duras penas. No soportaba la idea de saber que me había largado de su oficina enojada, pero tampoco estaba de ánimo de pedir disculpas por algo que no le parecía tan grave.

Suspiró. Definitivamente no era un día fácil.

Entonces la puerta se abrió y comprendió que aún podía ponerse peor.

—¿Qué quieres? —interrogó molesto.

—Dime qué mierda es lo que quieres tú.

Josefina estaba llena de ira y sin esperar respuesta le arrojó al escritorio una carpeta azul. Mi pelmazo la cogió y miró su contenido; sabía perfectamente de qué se trataba.

—¿Cuál es el problema?

—¿Eres imbécil o qué? —le gritó como desquiciada—. No voy a firmarlo, ni ahora ni nunca.

—Josefina ¿Cuál es el sentido de que sigamos casados si ya no me amas?

—No sé cómo puedes pensar en el divorcio, como si no supieras lo que vas a perder si te separas de mí.

—Lo tengo muy claro, no tienes que decírmelo.

—Entonces no actúes como un idiota —bufó su esposa—. No vamos a perderlo todo por tu calentura con esa chica.

—Kari no tiene nada que ver en esto —clamó—. Pero si tanto te interesa saber, lo que siento por ella es honesto.

—Y seguramente ella está muy enamorada de ti —se burló.

—Por favor vete, estoy ocupado.

—Me voy, pero que te quede muy claro: no te daré el divorcio, menos por esa cantidad de dinero ridícula que me ofreces. Soy tu esposa, Roberto, soy la señora Brown y seguiré siéndolo hasta que te mueras.

La mujer caminó hasta la salida, pero antes de irse se detuvo.

—Feliz cumpleaños, cariño —habló irónicamente—. Ya estás un año más viejo.

Josefina desapareció. Rober le dio un golpe a la mesa, sin saber si estaba más triste o furioso.

\*\*\*\*\*

Salí del estudio casi a las ocho de la noche, culpa de mi poca concentración que me hizo trabajar lenta como una tortuga. Ya estaba oscuro y hacía mucho frío.

Me subí el cierre de la chaqueta hasta lo más alto, para intentar capear el viento helado que me volaba el cabello. Había parado de llover hace poco pero era evidente que la tormenta volvería en cualquier instante.

De pronto, bajo un farol, divisé a una persona que se me hacía familiar: traje gris, abrigo largo negro. Era Roberto y se veía muy deprimido.

—¿Rober?

—Tienes razón —suspiró—. No quiero estar solo hoy.

Me acerqué y tomé sus manos entre las mías. Estaban congeladas.

—Ven conmigo esta noche —propuso.

—Rober, se supone que seríamos solamente amigos —respondí, con pesar.

—No quiero que te acuestes conmigo —explicó serio—. Aunque claro, si decidieras hacerlo

no me negaría —agregó sonrojado—. Lo único que quiero es que estés a mi lado, sentirte cerca, porque te necesito más de lo que puedes imaginar.

Roberto clavó su vista en el piso, con nostalgia. Acaricié su mejilla y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Sé que me necesitas —dije con ternura—. De la misma forma que yo te necesito a ti.

—Hay algo que hace tiempo quiero decirte y no lo he hecho.

—¿Qué cosa?

—Te amo —confesó—. Te juro que lo he intentado todo para olvidarme de ti, pero no puedo. Sé que te dije que fuéramos sólo amigos, pero ni yo me lo creo —sonrió—. Te amo y lo único que quiero es que no te alejes de mí, verte cada día, ojalá cada mañana al despertar y cada noche antes de dormir, quiero abrazarte y no soltarte jamás. Te amo, Kari.

Volvió a mirar el piso avergonzado. Era evidente que aquella declaración no había sido fácil para él, un hombre tan poco amigo de las palabras de amor.

—Roberto —medité—. Creo que es momento de dejar de jugar a los “amigos”. No tenemos que engañar a nadie, ya nos hemos tratado de engañar a nosotros mismos y no funcionó. No tiene sentido fingir una amistad si el sentimiento es otro.

—¿Qué tratas de decir?

—Que también te amo —revelé—. Quiero estar contigo, guapo. Quiero que lo volvamos a intentar.

Su rostro se iluminó al oírme decir aquellas palabras. Acto seguido me abrazó, tan fuerte como nunca antes.

—Gracias, mi amor, gracias —susurró en mi oído.

Acaricié su rostro y él hizo lo mismo con el mío. Nos acercamos y nos besamos con ternura. Era nuestro beso de reconciliación.

—Entonces supongo que debemos celebrar —dijo sonriendo.

—Claro, no todos los días cumples cuarenta y tres.

—¿Podemos omitir la cifra?

—Okey.

—Además, más importante que mi cumpleaños, es que vuelvas a ser mi novia.

—¿Novia? —cuestioné— ¿Así de rápido?

—¿No quieres? —consultó preocupado.

—Al menos podrías preguntármelo ¿No crees? —sonreí.

Rober tomó mis manos entre las suyas y me miró fijamente a los ojos.

Comenzaban a caer nuevas gotas de lluvia.

—Kari ¿Quieres ser mi novia? —interrogó.

—¡Por supuesto que sí! —respondí, lanzándome a su cuello.

Volvíamos a besarnos, empapándonos bajo la tormenta que ya había iniciado.

\*\*\*\*\*

Desperté el sábado con el sonido de la cafetera. Me costó abrir los ojos, porque creía que lo sucedido la noche anterior había sido solamente un sueño, pero al ver entrar a Rober al cuarto con una bandeja con desayuno comencé a creer que era real.

—Buenos días, linda —saludó dándome un beso—. Te traje el desayuno.

Rober se sentó frente a mí, sonriendo.

Comimos tranquilamente, como cualquier pareja en una mañana nublada y fría. Mi pelmazo fue a ducharse y al salir del baño me encontró completamente vestida, sentada sobre la cama.

—Creo que ya es hora de irme —hablé mirando el suelo.

—Oye... —balbuceó, sentándose a mi lado—. Estaba pensando que...

Se quedó callado. Es que a veces olvido cuanto le cuesta a Roberto hablar con la gente, en especial conmigo. Quizás le faltó socializar más en el jardín de niños.

—Es que quizás... —titubeó.

—¿Qué cosa? —inquirí, temiendo perder la paciencia.

—¿Por qué no te quedas conmigo el fin de semana? —soltó de sopetón, sonrojado.

Me miró suplicante. Él no quería que me fuera y yo tampoco quería irme, así que le dije que me quedaría. Pero había un problema; no tenía más ropa que la que habíamos desparramado por el suelo la noche anterior. En el departamento de mi novio, en la primera parte de nuestra relación, había dejado únicamente un cepillo de dientes, algunos cosméticos y un par de bragas, de esas que se dejan para marcar territorio, por si otra mujer las llega a ver sepa que está en el hogar de un hombre comprometido. O transformista, en el peor de los casos.

Decidimos que iríamos a mi casa a buscar algunas cosas, pero como sabía que Sophie iba a matarme, decidí aprovechar que era sábado y que ella generalmente iba al supermercado en las mañanas. Era el momento perfecto. No tenía muchas ganas de encontrarme con mi mejor amiga, considerando que no había llegado a dormir y que había vuelto a ser la novia de un hombre al que detestaba.

Rober se quedó esperándome en su auto mientras iba por ropa, pero antes de abandonar mi hogar y huir sin dejar rastro, Sophie entró con algunas bolsas del mercado y junto a ella mi novio, que llevaba más bolsas de compras. Les ayudé a llevarlas a la cocina, sin saber muy bien qué decir.

—Roberto ¿Qué haces aquí? —pregunté, fingiendo demencia.

—Kari, no te hagas la tonta —me reprochó Sophie—. Es obvio ¿No crees? No llegaste a dormir y por casualidad Roberto está afuera de nuestro edificio ¡Hasta llevas un bolso! —exclamó indignada, señalando mi equipaje.

—Guapo ¿Por qué le ayudaste? —inquirí— ¿Por qué no te escondiste?

—No podía dejarla subir todas esas bolsas ella sola —se justificó.

Cierto, mi pelmazo es un completo caballero. Suspiré resignada.

—Okey ¿Por qué no me esperas abajo? Quisiera hablar un momento con Sophie.

—¿Segura no quieres que me quede? —se ofreció.

—No, tampoco es que vayas a pedir mi mano —me burlé.

Se despidió de mi amiga y bajó, cerrando la puerta. Sujeté a mi compañera de la mano y la obligué a sentarse junto a mí en el sofá. Me miró arisca.

—Sophie, por favor no me regañes —pedí.

—No lo haré —contestó—. Eres una mujer adulta, sabes lo que haces y el riesgo que corres —me advirtió.

—Rober no es un asesino serial —me reí.

—Es un divorciado serial.

—Puede que tengas razón...

—La tengo —afirmó—. Pero ¿Sabes una cosa? Si Mike se hubiera esforzado por recuperarme la mitad de lo que se ha esforzado tu pelmazo, habría vuelto con él. La diferencia es que al parecer a Roberto sí le importas —concluyó triste.

—Ya encontraras un chico que de verdad te merezca —la consolé.  
—Claro —sonrió—. Espero que esta vez les vaya muy bien juntos.  
—Gracias por entenderlo y apoyarme, Sophie.  
—Es mi deber como tu mejor amiga.  
Nos dimos un abrazo, cogí mi bolso y bajé las escaleras.  
Al fin era libre de irme con mi novio.

\*\*\*\*\*

Esa mañana Roberto me llevó al museo de historia de la ciudad. Yo, en mi ignorancia, jamás había entrado a ese lugar, pero él parecía conocerlo como la palma de su mano. Se le veía tan feliz explicándome cada cosa y contándome relatos de cómo sucedió esto y aquello que me dio un poco de tristeza que por seguir a Eduardo hubiera dejado su carrera como profesor.

La hora del almuerzo nos pilló justo frente a un Mc Donalds, donde un par de cuartos de libra con queso nos quitaron el hambre.

Regresamos a su lujoso departamento a tiempo para dormir la siesta. Si hay algo que tenemos en común es nuestra costumbre del descanso después del mediodía, pero definitivamente es mejor hacerlo a su lado, con su cuerpo abrazando el mío.

Estaba tan plácidamente dormida que desperté casi a las siete de la tarde. Roberto no estaba junto a mí; me puse de pie y comencé a buscarlo. Lo encontré frente al televisor, viendo un documental de delfines.

—¿Interesante? —pregunté.  
—Un poco —contestó con un beso— ¿Sabes que sería más interesante?  
—Eso suena bien —dije coquetamente, llevando mi mano hasta el cierre de su pantalón.  
—Me refería a que salgamos a cenar —musitó avergonzado.  
—Oh, claro. También suena interesante. Me cambiaré para salir.  
—¿Tardarás mucho?  
—No, para nada.

Era mentira, jamás una chica que va a salir con su novio tarda poco en arreglarse. Y eso que yo soy de las que no se prepara demasiado.

Condujo su auto hacia el oriente, una de las zonas más acomodadas de la región. Llegamos a un restaurant muy bonito y elegante.

Mientras esperábamos nuestra cena, desde la entrada del local, vi como Eduardo, junto a una mujer estupenda le hacía una seña a Roberto. Entré en pánico al verlos acercarse.

—¿Ella es su esposa?  
—Sí, es Isidora.  
—Pero es amiga de Josefina —agregué asustada.  
—No te preocupes, saben que ella y yo ya no estamos juntos.

Llegaron a nuestro lado y saludaron a mi novio muy alegremente. Me observaron y yo traté de sonreír, pero no me resultó demasiado. El ambiente era tan tenso que no se podía cortar ni con una motosierra.

—Tú debes ser la famosa Kari —dijo a modo de saludo la compañera de Eduardo.  
—Es un gusto —contesté muy cortés.  
—Igualmente —me sonrió, con una mirada de pies a cabeza.  
—Entonces siguen siendo amigos —resolvió Eduardo.

—Pues sí.

—Algo más que amigos —me corrigió Rober, tomando mi mano.

Evidentemente el comentario no les hizo ninguna gracia. Ella puso una expresión burlesca y él una de tremendo desagrado. Miró su reloj de pulsera.

—Ya no los molestamos más, disfruten su cena —habló Eduardo.

La pareja se despidió y se marchó.

—Nos les gustó nada tu declaración —comenté a mi novio.

—No importa —respondió, restándole importancia.

—¿Alguna vez Eduardo te ha dicho algo sobre mí?

—Casi nada.

—Rober... —insistí.

—Okey, un par de veces me ha dicho que debería pensarlo mejor.

—¿Pensar mejor? ¿Qué cosa exactamente?

—Él dice que debería reconciliarme con Josefina y olvidarme de ti —sentenció mirándome a los ojos—. Dice que no tenemos futuro, que somos muy distintos y que te olvidarás de mí rápido, en cuanto encuentres un chico más joven y divertido que yo.

Lo observé un poco impactada. Eduardo me causaba cierta desconfianza, pero no tenía mayores argumentos en su contra, hasta que Roberto me confirmaba que su amigo definitivamente no me quería cerca de él, pero ¿Por qué? ¿Solamente porque sus esposas eran amigas? Me pareció extraño, pero no existían más razones para su repulsión hacia mí. O eso creí en ese minuto.

—No pretendo buscar un tipo más joven y divertido que tú —aclaré—. Me gustas como eres, aunque pases la tarde de los sábados viendo documentales de delfines.

—No siempre son de delfines —precisó—. Y no pienso hacerle caso a Edu, voy a luchar por estar contigo, Kari, de eso puedes estar segura.

Rober me sonrió y eso fue suficiente para que mi sensación de temor por esos dos desapareciera.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente desperté con Rober mirándome sentado en la cama.

—¿Qué sucede? —pregunté desconcertada.

—Voy a correr un rato, sigue durmiendo. Al regresar prepararé el desayuno.

—También sé hacer desayuno —alegué.

—No me consta —se burló.

Me dio un beso y se marchó.

Traté de seguir durmiendo, pero no pude, así que me puse de pie y comencé a recorrer el departamento. Por primera vez entré a la biblioteca, a ver si encontraba algún libro que me gustara, pero la mayoría eran de historia y de política, que no eran para nada mis géneros favoritos.

De pronto mis ojos curiosos se posaron en una cajita de metal que tenía la tapa abierta. La cogí y me di cuenta que en su interior había muchas fotos. Saqué un montón y me senté en el berger a verlas. Algunas eran antiguas y Rober salía muy joven: graduándose de la secundaria, en su época de universitario junto a Lucía y otros chicos, incluso en una aparecía con una mujer que deduje sería su madre y Eduardo.

Tomé otras fotos más, pero para mi mala suerte eran las de su matrimonio con Josefina. Ella se

veía hermosa dentro de un impresionante vestido blanco y él, además de guapo, salía terriblemente feliz.

Me dio un poco de envidia la idea de la boda; es que parecían la pareja perfecta, con el casamiento perfecto y hasta los invitados perfectos. En una de las fotos estaban Rober y Josefina junto a Eduardo e Isidora. Parecía una imagen sacada de las páginas sociales de las revistas.

Suspiré. Rober y yo jamás tendríamos una boda así.

—¿Qué ves?

Roberto estaba ahí, parado frente a mí.

—Lo siento, es que... —dije nerviosa, logrando que las fotos cayeran al piso.

—No, está bien —habló, ayudándome a recogerlas.

Cogí una de las fotos esparcidas por el suelo y en ella aparecía Rober varios años atrás junto a una chica, con un par de meses de embarazo. Él miró el techo y de inmediato supe de qué se trataba.

—Perdón —me disculpé—. No quería que te pusieras triste al ver esto, debe traerte tantos recuerdos...

—No te preocupes —sonrió—. Ya ha pasado mucho tiempo.

—¿Lo superaste? —consulté— ¿Piensas en ella y en ese hijo?

—A veces —contestó—. A veces me imagino cómo sería mi vida con una familia, ya sabes, llevar al chico a la escuela, enseñarle a andar en bicicleta, esas cosas. Pero ya es muy tarde.

—Aún podría ser posible —lo animé.

—Estoy viejo, Kari, ya perdí las esperanzas. Me voy a duchar.

Rober se metió a la ducha y lo seguí. Asomé mi cabeza.

—¿Puedo ducharme contigo?

Me sonrió. Eso lo interpreté como un sí.

\*\*\*\*\*

Esa tarde también dormimos siesta, pero a diferencia del día anterior al despertar no encontré a Rober viendo delfines en la TV, sino cocinando. Me pidió que fuera al supermercado de la calle siguiente por un poco de leche y obedecí sin chistar.

Al regresar lo encontré muy arreglado, esperándome con un ramo de rosas rojas y el departamento alumbrado solamente con la luz de unas velas.

Corrió mi silla para que pudiera sentarme a la mesa, donde estaba la cena.

—¿Y esto? ¿Tratas de mostrarme lo genial que es vivir contigo? —bromeé.

—Algo así —sonrió—. Kari, tú me sacaste de la oscuridad, tú me devolviste a la vida, y quiero demostrarte que por ti haría lo que fuera. Te oculté lo de mi matrimonio, es cierto, pero lo hice porque no quería hacerte daño, aunque terminó ocurriendo justamente lo contrario. Sabes lo difícil que es para mí decirte esto, porque no se me da muy bien lo de expresar lo que siento —agregó sonrojado—. Pero te amo y no quiero volver a perderte.

—También te amo —contesté—. Si no te quisiera no habría vuelto contigo después de lo mucho que sufrí al enterarme de tu esposa.

—Perdóname, sé que te hice un daño terrible —suplicó.

—Creo que ya te perdoné —respondí con una sonrisa—. Aunque quisiera no podría odiarte ni guardarte rencor.

—Te prometo que las cosas van a cambiar y que seremos muy felices juntos.

—Eso es lo que más quiero, que estés a mi lado.

—Claro que sí. Nadie podrá alejarme de ti.

Allí, a la luz de las velas, dejamos los malos sentimientos atrás. Por fin nuestra historia parecía estar retomando el camino correcto, ese donde solamente nuestro amor importaba.

Tal vez fue prematuro, pero esa noche comencé a pensar que quizás Roberto era el amor de mi vida. Nunca, con ningún novio anterior me había sentido tan completa como con él, tan especial, tan querida.

Aunque eso solamente el tiempo lo diría. O quizás no, quizás no duraría y sería otra relación más en el tarro de basura.

Pero mientras tanto era el hombre que amaba y eso era más que suficiente.

\*\*\*\*\*

El lunes temprano desperté al oír a mi novio regresar de su trote matutino. Nos arreglamos y desayunamos tranquilamente, nos subimos al auto y partimos rumbo al centro.

Poco después de las nueve Rober se detuvo frente al edificio de mi trabajo.

—Oye linda —meditó—. El próximo viernes en la noche hay una cena de gala en el ministerio ¿Te gustaría ir conmigo?

Asentí feliz. Nuestra relación renacía de una manera maravillosa, con un fin de semana romántico y una invitación a acompañarlo a un evento ¿Me convertía oficialmente en su pareja? Al parecer sí.

Nos dimos un beso y se marchó a su trabajo, que estaba apenas a un par de calles de allí.

Rober estacionó el Audi y con completa calma se instaló tras su escritorio. Inmediatamente sonó su teléfono.

—Señor Brown ¿Quiere que le lleve su café? —preguntó la secretaria amablemente.

—No, Valentina, gracias. Desayuné en casa.

En los dieciocho meses que Valentina llevaba trabajando en el ministerio Roberto Brown jamás había desayunado en su casa. Algo debía estar sucediendo, así que la chica corrió a la oficina de su jefe y golpeó la puerta.

—¿Qué pasa? —interrogó Eduardo, abriendo apenas un poco.

—Señor Becker, tal vez sea una tontería, pero creo que algo le sucede al señor Brown —comentó preocupada.

La muchacha le contó el incidente del desayuno. Eduardo frunció el ceño.

—Esto va mal —resolvió—. Tienes que actuar pronto.

—Pero...

—Nada —gruñó—. Tenemos un trato, Valentina. No me decepciones.

—No es tan sencillo —agregó ella—. El señor Roberto no permite que cualquier mujer se le acerque, no será fácil involucrarme con él.

—¿Por qué estás buscando putas para mi marido?

Josefina se asomó desde el interior de la oficina de Eduardo, evidentemente molesta.

—Valentina, vuelve a tu trabajo —ordenó él—. Y apenas tengas una oportunidad, haz lo que debes ¿Entendiste?

El secretario del ministerio cerró la puerta. La mujer de su amigo lo observaba fijamente, exigiendo alguna mínima explicación.

—¿No vas a decirme nada? —insistió.

—Me dijiste que solucionara tus problemas, y es lo que estoy tratando de hacer. Por lo demás, tú no estás ayudando mucho.

—¿Por qué lo dices?

—Te dije que no le contaras a Rober sobre tus aventuras en Italia.

—¡Se lo merecía! ¿Qué más podía hacer si acababa de decirme que está enamorado de otra?  
—gritó como demente.

—Estamos casi perdidos. Pon atención.

Eduardo abrió el primer cajón de su escritorio y sacó un sobre, del cual extrajo muchas fotos. Comenzó a mostrárselas mientras le narraba los hechos.

—Después que sorprendiste a Rober con Karin casi cogiendo en su oficina mandé a uno de mis hombres a seguirlo. Y mira lo que consiguió: el martes pasado, tras su discusión, se fueron a un local callejero a comer, a un bar y finalmente al departamento de Karin, donde no creo que se haya quedado solamente a dormir. Luego lo tenemos el viernes; Rober fue a buscarla y mira, parece que se reconciliaron, porque estaban dándose un beso en plena calle ¿Qué romántico, no? Y se fueron al departamento de Rober, para pasar juntos todo el puto fin de semana. Incluso la llevó a cenar el sábado ¿Te lo contó Isidora? Nos encontramos en el mismo restaurante, y tu esposo me aseguró que él y Karin son más que amigos ¿Qué te parece? ¿Estoy haciendo lo correcto?

La mujer miró las fotos en silencio. Roberto aparecía tan feliz junto a la chica ¿Y si la quisiera en serio? Tal vez no era una cuestión puramente sexual o la crisis de los cuarenta, como ella había pensado en un primer momento, tal vez sus sentimientos eran verdaderos. Karin también le sorprendió: la forma en que miraba a su marido dejaba al descubierto que lo adoraba ¿Cómo podía quererlo tanto? Se cuestionó. Claro, ella también lo había querido, al principio de su relación, pero eso parecía ser algo muy lejano. Al poco tiempo de su matrimonio descubrió que Roberto no era el hombre ambicioso que ella esperaba, no era codicioso ni estaba desesperado por obtener poder, como Eduardo. Roberto era un tipo sencillo que lo único que quería era vivir en paz y formar una familia, y ella no estaba para eso, ella quería estar en la cima, ir a lugares exclusivos, viajar y aprovechar la posición que su cónyuge tenía dentro del partido al cual pertenecía y que podía mejorar aún muchísimo más. Tenían todas las influencias necesarias para convertirse en una pareja poderosa dentro del mundo de la política. Pero eso a Roberto no le importaba, y cuando tuvo la oportunidad de escalar simplemente dijo que no. Estaba bien en su cargo y no necesitaba más. Apenas llevaban dos años casados, pero ese día Josefina supo que esa no era la persona con quien quería estar, pero era muy tarde: necesitaba su dinero y razones políticas la obligaban a seguir con él, para siempre.

—¿Y no se te ocurrió nada mejor que esto? —increpó.

—¿Qué querías? Tenemos que deshacernos de Karin, y la única manera es que Rober se acueste con otra mujer, así ella jamás lo perdonará y no tendrá más opción que volver contigo.

—Y la secretaria ¿Cuántos años menos que Roberto tiene? ¿Veinte? ¡Parece recién salida de la secundaria!

—Al parecer a tu marido ahora le gustan más jóvenes; quizás ese es el problema, que te estás haciendo vieja ¿No ves que pronto llegas a los cuarenta? —se burló.

—Eres un imbécil.

—A mí no me hablas así ¿Oíste? —exclamó furioso, sujetando a la mujer de las muñecas—. Que no se te olvide que puedo dejarte a ti y a Roberto en la calle si se me da la puta gana.

Ella bajó la vista. Se sentía humillada, pero no tenía opciones entre las cuales elegir.

—Lo siento, Eduardo —se disculpó humildemente.

—Así está mejor —le sonrió al soltarla—. Ahora cruza los dedos para que resulte el plan de Valentina.

Josefina cogió su cartera y salió del lugar. Nunca entendería cómo su amiga Isidora se había fijado en ese monstruo arribista. Entonces recordó que ellos, como muchos otros, solamente eran un matrimonio por conveniencia. Y con Roberto incluso eso era imposible, porque el maldito tipo era demasiado sentimental: primero se había enamorado de ella y ahora de otra mujer.

## CAPÍTULO 10

A partir de entonces Rober y yo decidimos esforzarnos al máximo por nuestra relación. Me recogía cada tarde para ir a tomar café a un local cercano, luego paseábamos y me llevaba a casa. También hacíamos cosas de novios, como ir al cine, a beber tragos, o simplemente quedarnos en su departamento a ver una película y pedir una pizza.

Durante aquellos maravillosos días de nuestro noviazgo 2.0, Sophie y Olivia registraron sus closets por completo en busca de un vestido que pudiese usar en la gala del Ministerio de cultura. Mi armario fue el primero en descartarse, ya que no tenía ni una prenda que sirviera para la ocasión. Finalmente fue en el closet de Olivia donde apareció lo que estábamos buscando: un vestido rojo con escote retrato y espalda al descubierto, ceñido hasta la cintura y luego largo con corte princesa. Al verme frente al espejo entendí por qué se le llamaba así a ese tipo de vestidos, porque realmente parecía una princesa.

Las chicas me miraron sonrientes.

—¿No les parece demasiado? —cuestioné, a pesar de que me sentía genial.

—Claro que no —respondió Oli, cogiendo mi mano y dándome una vuelta—. De ti podrán decir muchas cosas; que andas con un tipo casado, que eres una descarada y mil mierdas más, pero tendrán que aceptar que te ves estupenda.

Me convencieron de verme asombrosa.

Después de aquel hallazgo mi novio pasó a recogerme a casa de Olivia y nos fuimos hasta nuestra cafetería favorita, aquella que estaba en el centro. Nos bebimos unos lattes, comimos unos muffins con chispas de chocolate y disfrutamos de nuestra complicidad y de esa forma tan especial de mirarnos. Definitivamente éramos puro amor.

Salimos y nos dirigimos a dar una vuelta a un parque, a un par de cuadras de allí. Todo era perfecto, hasta que de pronto lo vi: a dos metros de mí, frente a una tienda de electrónica, Miguel, el hombre que me rompió el corazón —antes de que Roberto lo hiciera— estaba revisando su móvil. Se quedó pasmado mirándome, pero de inmediato me sonrió y se acercó a saludar.

—Kari, cuánto tiempo sin verte —sonrió dándome un abrazo, como si nada hubiese sucedido en el pasado— ¿Cómo estás?

Creí que no saldrían las palabras de mi boca, pero me sobrepuse a la situación.

—Estoy de maravillas, Miguel ¿Cómo estás tú? —consulté, siendo tan amable que me sorprendí.

—Bien, sólo que la niña rompió el cargador de mi móvil y tuve que comprar otro.

Claro, la niña, esa que me ocultó que tendría con su prometida mientras me juraba amor eterno. Entonces, por un instante, recordé que algunas noches tengo vívidos sueños donde lo atropello con un camión y sus vísceras saltan y ensucian mi parabrisas.

—No los he presentado —pronuncié—. Él es Roberto, mi novio, tiene un cargo muy importante en el ministerio de cultura —me lucí—. Este es Miguel, un viejo amigo.

Se dieron un apretón de manos. Rober comprendió desde el principio con quién estábamos hablando.

—Ya tengo que irme —anunció Miguel—. Me dio gusto ver que estás bien. Adiós.

Mi antiguo amor se despidió de nosotros y se alejó; lo vimos cruzar la calle y subir en un brillante vehículo azul, donde lo esperaba su mujer y en el asiento de atrás su hija.

Comencé a caminar.

—Así que ese era el famoso Miguel —comentó Rober.

—Sí —suspiré.

—Es un imbécil ¿Cómo pudo engañarte de esa forma?

—No eres la persona indicada para juzgarlo.

Mi novio se quedó en silencio. Definitivamente no era señal de reconciliación sacarle su mentira en cara.

—No debí decir eso...

—Tienes razón: te mentí, igual o peor que él.

—Al menos tú me buscaste para disculparte.

—Supongo que eso es un punto a favor.

Nos fuimos a su casa.

Durante el trayecto no hablamos. La verdad era inevitable que me afectara ver a Miguel. Claramente ya no sentía lo mismo por él, al menos no amor, era una especie de resentimiento ¿Cómo podía acercarse a mí, como si fuésemos grandes amigos, después de haberme roto el corazón y jamás haberme dado una explicación? Simplemente me dejó y desapareció.

Rober tampoco dijo nada; creí que podría estar molesto por mi comentario, pero no parecía enojado, sino más bien preocupado.

Subimos a su departamento y mientras él abría la puerta apareció Richard. Entramos los tres.

—No sabía que estaría Kari aquí —habló su amigo.

—Si necesitan hablar en privado puedo irme —ofrecí.

—No hay problema, ella puede escucharlo —explicó Rober.

—Si tú quieres.

Richard abrió una carpeta que llevaba consigo y sacó un montón de papeles, los cuales extendió en el mesón de la cocina.

—Los números van de lujo —dijo alegre—. La viña está produciendo mucho más de lo esperado y las ganancias a final de año podrían ser del doble de lo presupuestado.

Miré a Rober confundida ¿Acaso tenían una viña? ¿Por qué tenían una viña?

—Richard y yo tenemos acciones en un viñedo —me explicó mi novio, al ver mi cara de desconcierto—. Es una manera de generar ingresos extra.

—Somos socios, pero todos los papeles están a mi nombre —continuó Richard—. Cuando empezamos este negocio Rober ya estaba separado de Josefina, pero como ante la ley siguen siendo esposos decidimos hacerlo así, para proteger el patrimonio.

—Más bien para no darle dinero a Josefina —analicé.

—Sé que un caballero no haría algo como esto, pero... —se excusó Roberto.

—Haces lo correcto —lo animé—. Voy al baño, así hablan tranquilos de su negocio.

Hice lo que dije, fui al baño y tardé bastante mirándome al espejo y pensando que podría cortarme el cabello, dejarme crecer el flequillo o quizás hacerme unos visos. No logré decidirme.

Al regresar los oí hablar, pero no de su viña. Me quedé junto a la puerta de la cocina, oculta, a pesar de que mi madre me enseñó que no se debe escuchar conversaciones ajenas.

—Es que no es justo... —alegaba Rober.

—Pero ¡Qué mierda estás hablando! —exclamó Richard.

—Ese tal Miguel ¡Era estupendo! Atractivo, sociable ¡Y qué decir de Pablo! ¡Incluso es musculoso! En resumen, los ex novios de Kari son todos más guapos que yo —agregó triste.

—Por Dios, Rober ¿Acaso tienes quince años? Ay, quiero ser popular para gustarle a una chica —se burló.

—No te rías de mí.

—Es que no te entiendo, Kari te quiere a ti ¿Por qué te haces problemas por idioteces?

Me quedé impactada ante las palabras de Roberto ¿De verdad creía eso? Si tan sólo supiera que él me parecía el hombre más atractivo del mundo, el único que quería que me tocara y me hiciera suya. Ante mis ojos, Miguel y Pablo no le llegaban ni a los talones.

Entré en la cocina

—¿Escuchaste lo que estábamos hablando? —me interrogó Roberto, pálido.

—No —mentí— ¿Era algo interesante?

—Para nada —se apresuró en contestar.

Hubo un silencio, mientras Richard sonreía al ver a su amigo tan nervioso.

—Okey, los dejo —habló el visitante—. Tienen bastante de que hablar.

—¿De qué deberíamos hablar, según tú? —consulté.

—De lo que escuchaste decir a Roberto —se rio.

—Te odio, Richard —pronunció Rober, avergonzado.

—Un día me lo vas a agradecer, cabrón.

—Lo dudo.

Se dieron un abrazo de despedida. Richard se fue cerrando la puerta tras de sí.

—¿De verdad escuchaste? —preguntó tímidamente mi pareja.

Asentí con la cabeza, sin poder aguantar una risita. Él clavó su vista al suelo, muerto de vergüenza.

—Roberto... No te compares con nadie —dije decidida—. Porque te aseguro que no hay otro en el universo que sea como tú.

—¿Tan imbécil como yo?

—Tan guapo y tierno como tú.

Acaricié su rostro. Me miró y pude ver en sus ojos lo que sentía por mí.

Rober se acercó a mí cuello y con sólo sentir su respiración en mi oído provocó un revoloteo de mariposas en mi estómago. Sus manos me sujetaron firme por la cintura. Me besó con dulzura.

—Me conmocionó ver a Miguel —confesé—. Hay cosas que sin importar el tiempo siguen doliendo.

—Lo sé.

—Él es mi pasado, y a pesar de que representa mucho dolor, también me enseñó que puedo sobrevivir, a lo que sea. No es que sea inmune al sufrimiento, pero lo estuve pensando y agradezco que me haya dejado —sonreí—. De otra manera jamás te habría conocido. Y estar contigo es algo que no quiero perderme por nada.

Me abrazó con fuerza y me susurró cuánto me quería, una y otra vez. Si de una cosa no podría cansarme en la vida, es de escucharlo decir cuánto me ama.

\*\*\*\*\*

Esa mañana Rober tenía una importante reunión sobre los presupuestos para el próximo semestre. Lo sabía porque la noche anterior me había quedado con él en su departamento, pero

casi ni siquiera charlamos porque se quedó hasta tardísimo revisando unos informes. Lo sentí acomodarse a mi lado en la cama cerca de las dos de la madrugada.

Apenas calculé que su reunión había terminado le envié un mensaje y me contestó que estaba libre para almorzar conmigo. Ya era pasado mediodía, por lo que me puse maquillaje y crucé la Avenida Central rumbo al ministerio con completa naturalidad. No sabía con la escena que me encontraría.

Minutos antes de mi llegada, Roberto le pidió a Valentina que le ayudara a archivar algunos documentos. La chica hizo lo que su superior le solicitó y una vez que él le agradeció y le dijo que podía retirarse, ella no se fue. Permaneció de pie y tras dudar unos instantes se animó a hablar.

—Señor Brown, quisiera pedirle un favor —murmuró con timidez.

—Por supuesto ¿Necesitas una carta de recomendación? —consultó poniéndose el saco.

—No, no es eso —respondió acercándose, hasta quedar frente suyo.

Roberto empezó a ponerse nervioso; la situación estaba tomando tintes muy confusos. Su pulso se aceleró.

—Lo que quiero pedirle —habló ella, colgándose a su cuello—. Es algo más personal.

—¿Personal? —repitió asustado, inmóvil.

No encontré a nadie en la recepción del departamento de cultura, así que me dirigí sin avisar a la oficina de mi pelmazo. Al llegar a la puerta escuché una conversación, por decir poco, extraña.

—Un beso —oí decir a la chica—. Un beso es suficiente. Aunque si le gusta podemos continuar con más...

—Pe... pero de qué estás hablando —tartamudeo—. Yo tengo novia y esto no es correcto, por favor aléjate de mí.

—Le prometo que no será tan malo.

Me asomé sin que me vieran. La recepcionista se acercó a los labios de mi novio y lo besó. Él tenía expresión de pánico y la tuvo aún más al verme de pie en el umbral.

—¡Roberto! —exclamé.

La muchacha lo soltó y se quedó estupefacta. Inmediatamente comenzó a retroceder hasta la salida.

—Perdón, señor Brown, lo siento mucho, lo siento, yo...

Valentina no terminó de disculparse y se marchó corriendo del despacho. Cerré la puerta y caminé hasta alcanzar a mi pareja. Lo miré fijamente a los ojos.

—No es lo que crees, sé que se vio mal, pero no es lo que parece —se excusó.

—Ya lo sé —respondí—. Estaba escuchando.

—¿Y por qué no dijiste algo antes? ¿Tenías que dejar que esto pasara? —cuestionó ofendido.

—Tú dejaste que esto pasara, hace tiempo te dije que le gustabas —le recalqué.

—¿Cómo iba a creer que era cierto?

—Por lo demás, no vi que te la quitaras de encima —dije suspicaz.

—Me paralicé, no supe qué hacer, pero no quería, te lo juro.

Suspiré y lo abracé. Sentí su corazón latiendo deprisa, aún impactado por lo ocurrido.

—Lo sé, guapo —respondí—. Pero...

—¿Pero qué?

—Tienes que admitir que fue gracioso ¡Parecías un cachorrito asustado! —me reí.

—No me causa gracia —bufó molesto.

—Por poco y no te pones a llorar...

—No te rías.

—Okey, también tengo que admitir que me dio un poquito de celos —dije, acercándome más.

—¿En serio?

—Obviamente, yo soy la única que debe besarte.

—Eso quiero, que sólo tú me beses.

—¿Y puedo hacerlo? ¿O me dirás qué no es correcto?

Volví a reírme, pero esta vez él me acompañó y se rio también. Nos besamos con dulzura, porque era lo que correspondía, era como si mi boca estuviese hecha a la medida de la suya, como si mi cuerpo encajara justo en su regazo, como si estuviésemos hechos el uno para el otro.

¿Qué más puedes necesitar si existe tanto amor? La respuesta es todo lo demás. ¿Teníamos nosotros ese "todo lo demás" que necesitábamos para ser felices"? En ese instante creí que sí. Pero estaba equivocada.

Tras pensarlo bien Rober decidió no contarle a nadie dentro del ministerio del incidente con la secretaria, puesto que, según él, aquello podría haber ocasionado que la chica perdiera su trabajo, pero me temo que la razón principal fue bastante más superficial: si le contaba a sus colegas, supuestos machos alfas, o especialmente a Eduardo —que se creía el alfa supremo— se burlarían de él hasta la eternidad por no tener, según ellos, los cojones de coger una chica que se le estaba insinuando y follársela a lo bestia sobre el escritorio.

Decidió que lo mejor era hacer como que aquello nunca había sucedido, y dejarlo casi como una curiosa anécdota.

\*\*\*\*\*

Llegó el gran día.

Salí a máxima velocidad de la oficina y llegué a casa tan rápido como pude. Me di una ducha y al salir del baño Sophie estaba preparada para peinarme y maquillarme. Apenas terminó me puse el vestido. Me miré en el espejo y me impactó lo bien que lucía.

A las ocho y media golpearon la puerta y corrí a abrir; allí estaba Rober, con el traje Hugo Boss que meses atrás lo había acompañado a comprar pero que jamás lo vi usar. Se veía guapísimo con su traje negro y camisa y corbata del mismo color.

Se quedó en silencio, mirándome con expresión hipnótica.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—Kari... estás hermosa —balbuceó—. Pareces...

—¿Una princesa? —me burlé.

—Sí. Te ves increíble.

En cuanto Rober recuperó el aliento cogí mi cartera y emprendimos el viaje.

Llegamos al ministerio, el cual estaba decorado muy elegante para la fiesta. Muchas personas transitaban con tenidas de etiqueta; varias se voltearon a verme, pero dudo que haya sido porque me veía bonita, sino porque iba sujeta del brazo de Roberto.

Nos acercamos a la entrada del recinto, pero el conserje detuvo a mi novio.

—Señor Brown, necesito hablar con usted —le murmuró bajito.

—Claro, dígame.

—En privado —advirtió.

—No es necesario, dígame qué sucede.

El conserje me miró apenado.

—Tengo instrucciones de no dejarlo pasar con la señorita —habló avergonzado.

—¿Qué? ¿Quién ordenó eso? —interrogó perplejo.

—No lo sé, solamente me lo dijeron desde la organización. No puede ingresar acompañado a menos que... sea con su esposa.

Rober se llevó las manos a la cabeza, evidentemente enojado. Yo me sentí pésimo: es que aquello no era justo, yo adoraba al hombre que estaba junto a mí, a diferencia de su esposa, que lo trataba como la mierda, pero quien legalmente tenía el favor. Ella era su mujer, era quien debería estar ahí con él, no yo.

—Ok, gracias por el aviso —dijo mi pelmazo al conserje.

Nos quedamos solos. Conté hasta diez y me decidí a hablar.

—No te preocupes, guapo —sonreí con dificultad—. Tomaré un taxi y me iré a casa.

—No —me contradijo seriamente—. Si no puedo entrar contigo, entonces nos vamos los dos.

—Pero Rober...

—Está bien, linda, no pasa nada.

—Podrías tener problemas el lunes...

—Da igual. Es más ¿Qué te parece si les damos buenos motivos para que hablen de nosotros? —preguntó con una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

Frente a los invitados que ingresaban al edificio, Roberto Brown cogió por la cintura a la chica que lo acompañaba y la besó apasionadamente en los labios. Vi desfigurarse los rostros de todos aquellos que sabían que yo no era la legítima esposa del director de planificación.

Me sorprendió muchísimo aquello, Rober jamás ha sido un hombre de arrebatos y menos de demostraciones públicas de afecto. Eso me indicó que debía estar realmente furioso.

Nos tomamos de la mano y caminamos al estacionamiento.

—Al menos me vestí de princesa para dar un buen espectáculo —bromeé.

—Ellos se pierden verte así de preciosa —me consoló—. Vámonos, iremos a un sitio mejor.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa.

\*\*\*\*\*

Rober condujo por las calles del centro de la ciudad durante varios minutos, hasta que nos detuvimos a los pies del cerro San Juan, una simpática colina no muy grande llena de árboles, que la convierte en uno de los principales pulmones de la capital. Bajamos del vehículo y nos internamos en los senderos. Comenzamos a subir.

—¿Cuánto esperas que camine con estos zapatos? —inquirí.

—No es tanto, de regreso puedo cargarte —se ofreció.

—Gracias, qué amable eres —respondí con sarcasmo.

—No te quejes, valdrá la pena.

Estaba por creer que sufriría un colapso pulmonar, pero por fortuna llegamos a la cima, donde se ubicaba el Castillo Azul, una antigua edificación que alguna vez fue utilizado por la aristocracia del país y que se encontraba cerrado por reparaciones.

Nos detuvimos frente a la caseta del guardia, quien veía un programa de televisión.

—Ven, vamos a entrar —habló Roberto.

—¿Cómo? ¿Vamos a saltar el muro? Dudo poder hacerlo con este vestido —me justifiqué.

—¿Te parezco un tipo que salta muros para entrar en algún sitio? Tengo mis propios métodos

—sonrió.

Se acercó al guardia y lo saludó cordialmente. Acto seguido abrió su billetera y de ella extrajo un plástico del tamaño de una tarjeta de crédito. El guardia la observó, la pasó por una máquina lectora de códigos de barra y le dio la mano. Mi novio se volteó y me llamó para que fuese con él.

Llegué a su lado y lo miré sorprendida.

—No necesitas saltar muros si tienes una credencial del gobierno —explicó.

—¿Siempre usas tu poder político para impresionar chicas?

—No, es la primera vez.

Entramos al castillo, el cual no se veía para nada en reparación: las luces estaban encendidas en bellísimas lámparas que colgaban del techo y las paredes estaban decoradas con pinturas aborígenes. El piso y las alfombras estaban relucientes. Me impacté ante la hermosura del lugar.

—¿Qué es esto? —pregunté sorprendida.

—El Castillo Azul ahora es un museo —aclaró—. Abrirá al público dentro de un mes, con esta exposición de arte de un pueblo autóctono del sur. Por trabajo vengo muy seguido a supervisar los avances, por eso Jorge, el guardia, me conoce. Obviamente debo enseñarle mi credencial cada vez que vengo, por una cuestión de protocolo.

A veces olvidaba que mi pareja tenía acceso VIP a las áreas más insólitas.

Me paré frente a él.

—¿Por qué me trajiste aquí? —consulté.

—Hace rato dijiste que vestida así pareces una princesa. Lo mínimo que te mereces es un castillo.

Lo abracé con fuerza ¿Cómo fue posible que Dios creara un hombre tan terriblemente dulce? Aferrada a su pecho escuchaba los latidos de su corazón. Él acariciaba mi cabello, dándome tanta paz que quise que ese instante fuese eterno. Sólo él y yo, nadie más. Nada más en el mundo importaba.

Cogidos de la mano fuimos hasta el segundo piso, a un cuarto que aún no estaba listo, pero que tenía un amplio balcón, cuya vista de la noche iluminada era impresionante.

Lo sujeté por el cuello y lo miré fijo a los ojos.

—Sé que va a sonar cursi —advertí—. Pero siento que por fin esta princesa encontró a su príncipe.

—Más bien debo ser un sapo —bromeó.

—Entonces tendré que besarte para que te transformes en príncipe —sugerí.

—Supongo que podemos intentarlo.

Nos besamos intensamente, bajo un cielo cubierto de estrellas.

Le quité el saco y le aflojé la corbata.

—¿Aquí? —consultó nervioso.

—Cualquier sitio es bueno contigo.

Fui hasta un rincón y me acomodé sobre una mesa. Rober se acercó a mí; los besos y caricias fueron subiendo de tono y pronto sentí las manos inquietas de mi novio meterse bajo mi vestido y alcanzar mis bragas. Me las arrebató con delicadeza.

Suspiré al sentirlo dentro de mí. La verdad es que me volvía loca la forma en que me hacía el amor: en esos asuntos se notaba que era mayor que yo y que, por ende, tenía más experiencia.

—Sigue, Rober, sigue —gemí.

—Aunque quisiera no podría detenerme...

Llegado al clímax, y por la emoción del momento, le mordí el lóbulo de la oreja.

Nos arreglamos la ropa y nos sentamos en el balcón a mirar el cielo. Miré a mi acompañante y vi que de su oreja escurría un líquido oscuro.

—Ay, no...

—¿Qué, qué pasa?

Tomé el móvil y alumbé con la linterna: era sangre, lo que caía de su oreja y manchaba su camisa del traje Hugo Boss era sangre, de una herida que yo le provoqué por un orgasmo que él me provocó.

Roberto se metió la mano al bolsillo y me entregó un paquete de pañuelos desechables, con los cuales le limpié lo mejor que pude.

Nos pusimos de pie y abandonamos el Castillo Azul, ese que ya nunca más me parecería un edificio aburrido.

Mientras caminábamos al auto, mi novio se agachó delante de mí.

—¿Qué haces?

—Anda, sube —me alentó—. Te prometí que te cargaría.

Primero pensé que era una locura y un abuso de mi parte, pero me dolían tanto los pies que terminé por aceptar.

—Sólo te pido que no te acerques mucho a mi oreja —se rio.

—Lo siento, guapo, yo no quería... —me disculpé.

—Recién me entero que tienes complejo de vampira.

Subimos al Audi y nos fuimos a su departamento. Allí, como un par de chicos buenos, nos lavamos los dientes y nos metimos a la cama. Acurrucados entre las sábanas y nuestro amor, nos quedamos dormidos.

\*\*\*\*\*

El lunes a primera hora mi novio se dirigió a la oficina de su jefe. Entró sin golpear la puerta y, al ver su cara de rabia, los asesores que acompañaban al secretario del ministro abandonaron el despacho. Se quedaron solos.

—¿Qué mierda te pasa? —interrogó Eduardo.

—¿Qué mierda te pasa a ti? —bufó— ¿Crees que no sé que fuiste tú quien dio la orden de prohibirme entrar a la cena del viernes con Kari?

—Vaya, quieres hablar de eso.

Con tranquilidad Eduardo Becker se puso de pie y avanzó hasta el mueble junto a su ventana. Se sirvió un vaso de whisky.

—¿Sabes lo que encontré hoy al llegar? ¡A todo el puto ministerio comentando que te fuiste con tu amante, y que te agarraste a besos con ella aquí mismo! —exclamó con ira.

—No lo entiendo, Edu, eres uno de mis mejores amigos, deberías querer verme feliz, no complicarme más las cosas...

—Claro que quiero verte feliz, más que amigo eres como un hermano para mí —pronunció ofendido.

—Tú me viste destruido cuando Josefina dijo que ya no me quería, sabes cómo sufrí al verla marcharse ¿Por qué insistes en que vuelva con ella?

—Hiciste un compromiso con Josefina. El matrimonio es una institución sagrada —sentenció.

—No puedo creer que tú me estés diciendo esto —se rio— ¿Piensas en tu sagrado matrimonio mientras te coges a cualquier chica que se te cruza por delante? Has engañado a Isidora tantas

veces que ya ni siquiera puedo recordarlas todas...

—No es lo mismo —se defendió—. Un polvo no es nada, yo jamás dejaría a mi esposa, eso es lo que importa —dijo decidido—. No tengo nada en contra de Karin, y si sólo quisieras follar con ella me daría igual, estás en tu derecho. Pero no puedo permitir que te divorcies otra vez, y sabes la razón.

—Hay maneras de solucionarlo, podríamos...

—No las hay, Rober —lo interrumpió—. No hay manera de resolverlo y es hora de que te lo metas en la cabeza.

Roberto lo miró triste; es que quizás su amigo tenía razón y no había forma de escapar de su situación.

—Ve a trabajar —ordenó Eduardo—. Es lo mejor que puedes hacer.

En silencio se retiró de la oficina de su jefe y se fue a la suya. Callado, como siempre, sin llevarle la contraria. Estaba cansado de ceder y de tener que obedecer a ese hombre que cada día se volvía más tirano y se parecía menos al amigo que hizo años atrás en la universidad. La política había corrompido a Eduardo y tenía miedo de que lograra corromperlo también a él, porque eso significaría el fin; de su ética, de su personalidad y, lo más importante, la relación con su novia.

\*\*\*\*\*

Un jueves por la tarde Olivia nos visitó en nuestro departamento. Charlamos de mil cosas: de trabajo, de sus conquistas, de ropa y de un local nuevo donde, según ella, era imprescindible que fuésemos a bailar. La conversación iba genial, hasta que el tema de conversación, sin darme cuenta, recayó en mí.

—¿Y qué tal vas con tu pelmazo? —preguntó Olivia.

—Genial —sonreí—. Jamás pensé que podíamos volver a ser tan felices juntos.

—¿Y crees que esté molesto por la llamada que le hice? Tú sabes, aquella vez en que lo insulté —recordó.

—No, Oli, no pasa nada.

—¿Y cuándo va a divorciarse de su esposa? —preguntó Sophie.

Mi semblante feliz cambió. A decir verdad, no tenía ni la más mínima idea.

—No hemos hablado de eso aún —dije, tratando de bajarle el perfil al asunto.

—¡Pero cómo! —increpó Olivia—. Ese es un tema muy importante.

—Volvimos hace poco, es muy pronto. No quiero presionarlo —justifiqué.

—Deberías presionarlo —habló Sophie—. Mientras no se divorcie, tú sigues siendo “la otra” y su mujer “la oficial”.

—No creo que se trate de títulos, él me quiere a mí, no va a arrepentirse —pronuncié decidida.

—¿Tú crees? Recuerda que ya se arrepintió antes —insistió Oli—. No tengo nada en contra de tu novio, pero no creo que debas confiar tanto en un hombre que te ocultó que estaba casado, y que incluso volvió con su mujer.

—Es cierto, amiga, ya has sufrido mucho. Ten cuidado —advirtió Sophie.

—Si te quiere, que lo pruebe y que se divorcie de ella. Aunque tal vez no quiere hacerlo porque es algo seguro, en caso de que el noviazgo contigo no resulte, siempre puede volver con su esposa —reflexionó Olivia—. Oye, Sophie ¿Fuiste a hacerte la manicure al salón que te recomendé?

—¡Sí, y es maravilloso!

Sophie comenzó a narrar lo estupendo de su manicure. Yo no pude prestarles atención porque sus palabras habían logrado meterse en mi cabeza ¿Y si tenían razón? Roberto, desde que habíamos vuelto, no había mencionado ni por error la palabra “divorcio” ¿Por qué no quería divorciarse de Josefina? Empecé a sentir miedo ¿Me estaría equivocando otra vez? ¿Acaso seguía ocultándome secretos?

Mi corazón se aceleró y sentí un nudo en el estómago. Estaba angustiada, sintiéndome utilizada nuevamente.

Durante el resto de nuestra charla fingí estar tranquila e interesada, pero apenas Olivia se fue le dije a Sophie que me dolía la cabeza y me encerré en mi cuarto. Estaba aterrada de lo que podía suceder si mis temores se hacían realidad.

## CAPÍTULO 11

Como casi todos los fines de semana desde nuestra reconciliación, me fui a quedar al departamento de Rober.

El sábado mi novio decidió que ya era suficiente de comer en restaurantes y me llevó al supermercado a comprar los ingredientes para cocinar nosotros mismos. Bueno, él, porque yo ya había demostrado lo suficiente mi incapacidad de preparar una comida decente.

Paseamos por el supermercado como si fuéramos un matrimonio feliz, llenando el carrito. Solamente nos faltaba llevar leche y cereales para unos hipotéticos hijos y habríamos parecido la familia ideal. Excepto por la cerveza, que abundaba en el carro.

Volvimos a su casa y nos dirigimos a la cocina. Él se esmeraba en cocinarme ñoquis y yo me limitaba a mirarlo con una cerveza en la mano.

—¿Quieres otra? —me ofreció.

—¿Acaso quieres que me ponga borracha y baile sobre la mesa? —bromeé.

—Es una buena idea —contestó sonriente.

—Oye guapo... ¿De casualidad has empezado a ver el tema del divorcio?

No pude evitarlo y dejé salir mis dudas, tratando de disimular que ese asunto me carcomía por dentro. Las chicas habían logrado meter esa idea en mi cabeza y ahora no tenía manera de hacerla salir.

Roberto me observó y dejó de sonreír.

—No, aún no —respondió, sin dejar de cocinar.

—¿Y cuándo tienes pensado hacerlo? —inquirí, tratando de sonar sutil.

—Es complicado, hay muchas cosas que resolver.

—¿De verdad? Ni siquiera tienen un perro del cual pelearse la custodia —comenté, tratando de bromear.

—Tengo asuntos mucho más difíciles de arreglar que la custodia de un perro ficticio —alegó, sin reírse de mi chiste.

—Quizás deberías empezar a buscar un abogado —sugerí.

—¿A qué vino este repentino interés por mi divorcio? —interrogó seriamente.

Me quedé en silencio. Hay ciertas cosas que no se le pueden explicar a un hombre, una de ellas es la presión que ejercen las opiniones de las amigas.

—A nada —mentí—. Es que es raro que mi novio esté legalmente casado con otra mujer.

—No creo que seamos la primera pareja en esta situación.

—No, pero...

—Mi estado civil da igual —me interrumpió—. Lo importante es lo que siento por ti.

—¿Y qué es eso que sientes por mí?

Dejó sus utensilios y se limpió las manos, para sujetarme por las caderas y acercarme a su cuerpo.

—Estoy enamorado de ti, como un idiota —respondió.

—¿En serio? ¿Y qué es lo que más te gusta de mí?

—Absolutamente todo.

—¿Nada en especial? —cuestioné, a la vez que sujetaba sus manos y las bajaba hasta mi trasero.

—Me gusta, pero hay cosas que me gustan más.

—Dime alguna —sonreí coqueta.

—Puede parecerte cursi, pero lo que más me gusta de ti es que me quieres de verdad.

Miré sus ojos, evidentemente tan enamorados de mí.

Mis dudas comenzaron a desaparecer.

—Sí, es bastante cursi —acepté—. Pero también es muy tierno, así que como premio puedes tocar lo que quieras, con confianza —lo animé.

—Cuidado con lo que dices, que me lo puedo tomar en serio.

—Tal vez eso quiero.

Los ñoquis dejaron de importar en ese instante. Un ataque de pasión nos llevó hasta el sofá, donde nos enredamos entre besos y caricias y acabamos haciendo el amor.

A final de cuentas, ese día almorzamos muy tarde.

\*\*\*\*\*

Estaba en mi departamento, pues Rober tenía que quedarse en el ministerio hasta tarde, según me dijo.

Un rato después de llegar del trabajo golpearon a la puerta. Abrí y para mi sorpresa allí estaba Pablo con una caja grande de donuts, de esas que tanto me gustan.

—¿Qué se supone que haces? —pregunté desconcertada.

—Vengo a disculparme —dijo, dándome un beso en la mejilla—. Desde el incidente de la comisaría casi no hemos hablado y no me gusta que estés enojada conmigo —agregó haciendo un puchero.

Puse una mueca de desagrado; el sólo recordar el suceso con la policía me venía como un dolor de muelas. Aunque tengo que reconocer que con el paso del tiempo ha llegado a causarme cierta gracia.

—Okey, pero que conste que me molestó mucho lo que hiciste...

—Lo sé. Espero no tener que volver a golpear al pelmazo, pero no te prometo nada.

Sophie, Pablo y yo nos sentamos a la mesa, nos bebimos un café y charlamos. Éramos muy buenos amigos y no valía la pena seguir haciéndonos mala sangre.

Pablo nos contó que por su trabajo había hecho un viaje fuera del país y que por eso llevábamos varias semanas sin saber sobre su paradero. También nos habló de su hijo.

—Kari ¿Por qué no me acompañas al mall? El sábado es el cumpleaños de Pablito y debo recoger el regalo que le compré.

—Claro —respondí.

—Obviamente Amelia me pidió que las invite a la fiesta.

—Ahí estaremos —contestó Sophie.

Me puse mi abrigo y salí con Pablo en su camioneta. Me sentía bastante bien, poco a poco parecía que íbamos recuperando la normalidad y volvíamos a ser ese par de locos de remate que se reían de la vida y de los miles de problemas que ésta nos lanzaba.

Llegamos al centro comercial y fuimos a la juguetería a retirar una gigante autopista de carreras. Yo aproveché de comprarle una figura de acción al chico, ya que si iba a ir a su

cumpleaños lo mínimo era llevar un regalo.

Al salir a los estacionamientos Pablo se detuvo, mirando al otro lado de la calle, donde había un enorme restaurante. Se quedó en silencio.

—¿Qué te pasó? —le pregunté burlona— ¿Te dio un infarto al bolsillo después de pagar el regalo de Pablito?

—No, mira ¿Ese no es tu pelmazo?

Alcé la vista al sitio que mi amigo me indicaba y comprobé que tenía razón: era Roberto, pero no estaba solo... Iba entrando al restaurante junto a Josefina.

Contemplé la dolorosa escena hasta que desaparecieron dentro del local. Bajé la vista, sintiéndome completamente estúpida por haberle creído sus bellas palabras una vez más. Habíamos hablado por teléfono hacía menos de dos horas y me aseguró que de la oficina se iría directo a su casa, a descansar. La rabia me consumía por dentro.

—Ya vamos, es tarde —sentencié.

—¿Estás bien?

—Sí. Por favor llévame a casa, mañana tengo que levantarme temprano.

Pablo condujo hasta el edificio y descendió del vehículo al llegar, pero me dejó en la recepción.

—¿Segura que estás bien? —insistió.

—Sí, no te preocupes —sonreí con pocas ganas.

—¿Ella es la esposa del idiota?

Asentí con la cabeza. No le había confesado a Pablo que ese hombre que él llamaba idiota actualmente era mi novio. Tampoco sentía ganas de hablar de aquello en ese momento.

—Es guapa, no entiendo el mal gusto que tiene la pobre mujer —comentó, pero de inmediato cayó en cuenta de lo que había dicho—. Lo siento, Kari, no quise decir eso...

—Qué más da, supongo que tengo el mismo mal gusto que ella.

—Tú eres muy bonita, inteligente y divertida, puedes encontrar a alguien mejor que ese cabrón —me animó.

—No seas mentiroso...

—No estoy mintiendo, puedes encontrar a alguien mucho mejor que él... Por ejemplo, yo.

No tuve tiempo ni capacidad de reaccionar; Pablo me sujetó por la cintura y me besó en la boca.

—Te quiero en serio, Kari, jamás te haría daño.

—Pablo, pensé que esto ya se había terminado... —murmuré.

—Yo te amo —respondió—. Y puedo hacer que te olvides de ese imbécil, sólo dame una oportunidad.

—¿Qué?

—Sé mi novia —propuso—. Déjame que haga que te enamores de mí.

No supe qué contestar ante sus bonitas palabras y buenas intenciones. Él continuó hablando.

—El sábado pasaré por ti a las cinco para ir al cumpleaños. Adiós.

Me dio un beso breve y se marchó. Yo subí las escaleras sin borrar la imagen de Roberto y Josefina juntos.

\*\*\*\*\*

Esa noche apenas pude dormir.

Rober me envió un mensaje deseándome buenas noches, pero lo ignoré. También llamó, pero no contesté y tras insistir un par de veces opté por apagar mi teléfono.

Me sentía de lo peor; estúpida, triste y celosa. Una vez más el hombre que amaba me mentía, me dejaba como tonta creyendo que trabajaba mientras en realidad se dedicaba a pasear con su mujer, esa de la que no mostraba interés en divorciarse.

Después de todo Olivia y Sophie tenían razón: seguía siendo la otra.

Me levanté a la mañana siguiente muerta de sueño y me marché al estudio. Las llamadas perdidas de Roberto se seguían acumulando en mi móvil, pero continuaba ignorándolas, porque no sabía exactamente qué decirle.

Casi a mediodía estábamos trabajando Gon y yo en la sala de reuniones y sonó el teléfono. Él contestó; era una llamada de la recepción.

—Está bien, que pase —contestó el chico.

Como pensé que era un asunto de Gon, seguí escribiendo en mi laptop, pero me equivoqué: quien apareció en el salón fue Roberto, con un enorme ramo de rosas rojas.

—Hola —saludó tímidamente.

—¿Qué haces aquí? —cuestioné.

—¿Tú eres el novio de Kari? —le preguntó Gonzalo, con curiosidad.

—Él no tiene nada que hacer aquí —pronuncié molesta.

—Kari, no tengo idea de qué es lo que te pasa, tenemos que hablar —dijo preocupado.

—Ayer fui con Pablo al centro ¿Y sabes qué vi?

—Cierto, Pablo es tu otro pretendiente —analizó mi jefe.

—¡No es su pretendiente! —corrigió Roberto eufórico—. A ella no le gusta Pablo, nunca le ha gustado.

—Por supuesto, porque me gustas tú ¿Verdad? —inquirí sarcástica.

Rober me miró avergonzado. Entonces me di cuenta de que estábamos dando un espectáculo.

—Gon ¿Nos darías un momento a solas? —le pedí.

—Sí, te veo luego.

El chico nos dejó. Rober puso las flores sobre el escritorio.

—¿Qué sucedió? Creí que tú y yo estábamos bien, pero de pronto no sé por qué no contestas mis llamadas y estás tan enojada conmigo...

—Qué coincidencia, también creí que estábamos bien, hasta que te vi anoche yendo a cenar con tu esposa —respondí altanera.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto —lo increpé—. Te vi, en un restaurante en el centro, con ella. Me prometiste que no volverías a mentirme, pero lo hiciste otra vez.

Rober se quedó en silencio, mirando el techo. Era como si quisiera decirme algo y no pudiera.

—¿Vas a decir algo o no? —interrogué violentamente.

—No es lo que piensas —se justificó—. Me quedé en el ministerio, tal como te dije que haría, pero Josefina me llamó y me pidió que me reuniera con ella.

—Y que la invitaras a cenar a un lugar bonito, y por supuesto no te negaste...

—Sí, fui a cenar con Josefina —respondió serio—. Con Josefina y su abogado. Nos juntamos

para discutir el divorcio.

La palabra “divorcio” me sonó como campanas celestiales ¿De verdad iba a divorciarse? ¿Lo haría por mí o sólo porque ella ya no lo quería?

—¿Divorcio? —repetí confusa.

—No te lo dije porque quería que fuera una sorpresa. Pero lamentablemente no llegamos a ningún acuerdo, y dudo que lo hagamos alguna vez. Ella está decidida a no firmar nada —suspiró resignado.

Sentí un nudo en mi garganta y un gran peso sobre mí. Me invadieron las ganas de llorar, las mismas que sentí toda la noche y reprimí. Pero ya no podía seguir aguantándolas.

—No puedo más, Roberto —murmuré, sin poder contener un par de lágrimas.

—¿Qué dices?

—Ya no puedo continuar. No importa lo que hagas, jamás va a dejarte tranquilo y no puedo vivir así —sollocé—. Josefina siempre será tu mujer y no quiero pasármela dudando y creyendo que en cualquier momento te vas a ir con ella.

—Eso no va a suceder...

—Ya sucedió una vez y no podría resistir que ocurra de nuevo.

—Linda, no va a suceder, te lo prometo —habló, sujetando mis manos.

—No me hagas promesas —sentencié, soltándome—. Esto tiene que acabarse ahora, antes de que me vuelvas a romper el corazón.

Mi pelmazo se pasó las manos por la cara. Se veía muy afectado ante mis palabras, pero no podía dar marcha atrás. Lo que habíamos construido en los últimos meses se caía a pedazos.

Se acercó a mí y acarició mi pelo. Vi una lágrima correr por su mejilla, pero la secó de inmediato, como negándose a sus sentimientos.

—¿Estás segura? —preguntó— ¿De verdad quieres terminar conmigo?

—Tal vez tenías razón aquella vez que dijiste que de nosotros juntos no sale nada bueno. Es lo mejor para los dos.

—Okey. Adiós.

Roberto se dio media vuelta y se marchó. Miré las flores sobre el escritorio y las cogí.

Gon entró a la oficina y me encontró llorando en silencio.

—Kari ¿Quieres irte a tu casa? No te ves muy bien —me ofreció.

—No, Gon —respondí—. Si me voy a casa me deprimiré más. Mejor me quedo y trabajo, así me distraigo.

Mi jefe me sonrió y continuamos trabajando hasta cerca de las dos de la tarde, entonces él desapareció, misterioso como siempre.

\*\*\*\*\*

Me quedé en la agencia tratando de no pensar en mis asuntos personales, hasta que a media tarde me di por vencida y me convencí de que era imposible concentrarme. Estaba realmente destruida.

Rafa llegó a mi escritorio y se sentó a mi lado.

—¿Mucho trabajo? —consultó.

—Más o menos, necesito ir con Gon para ver algunos detalles —hablé poniéndome de pie.

—Gon se fue temprano, dijo que tenía cosas que hacer —comentó el productor—. Mejor vete a tu casa, es un lindo día.

—Para mí ha sido un día de mierda.

—Entonces vete y descansa.

Decidí hacerle caso a Rafael y me fui al departamento, decidida a beberme un par de tragos y luego dormir hasta el día siguiente.

Subí las escaleras hasta el octavo piso y abrí la puerta para llevarme una sorpresa que jamás habría imaginado: allí, en la sala, Sophie y Gon se besaban con ternura.

—¿Qué están haciendo? —pregunté exageradamente.

—Pensé que aún no llegarías —se excusó Sophie.

—Hola Kari —me saludó Gon.

—No entiendo nada ¿Qué diablos significa esto? —interrogué.

Sophie me tomó de la mano y nos sentamos en el sofá, mientras Gon bajaba a comprar pasteles para la hora del té.

La historia era un poco rara. Según me contó mi amiga, se conocieron ese día que ella me llevó el almuerzo a la oficina y se enamoraron a primera vista. Gon, al salir a dejarla al ascensor, le había pedido su número de celular y comenzaron a conversar por mensajes. Luego, en la fiesta de la empresa, una vez que me fui con Rober, ellos aprovecharon para estar juntos, e incluso Gon se quedó a dormir en nuestro departamento. Y hoy se marchó antes de la oficina para ir a visitarla.

—Un momento ¿Cómo pasó todo esto sin que me diera cuenta? —cuestioné.

La verdad me considero una persona muy astuta y difícil de engañar. Lo sé, pensar eso de mí resulta bastante contradictorio considerando los últimos sucesos de mi vida amorosa.

—Ay, Kari, es que como has estado tan distraída con tu historia con el pelmazo, es obvio que no te dieras cuenta —explicó.

—¿Por qué me lo ocultaste?

—Porque eres desconfiada y no crees en el amor a primera vista —contestó—. Ibas a decirme que soy una loca ingenua, que no conozco a Gon y bla bla bla.

—Sí, es cierto —acepté—. Pero no soy quien para decirte si está bien o mal tu relación con Gon, al menos él es soltero ¿Verdad? ¿Comprobaste sus antecedentes?

Ambas nos echamos a reír. Ya no había secretos entre nosotras y al menos una de las dos se podía jactar de estar iniciando una relación con un chico inteligente, guapo y, lo más importante, sin ningún tipo de compromisos.

\*\*\*\*\*

El sábado Sophie y yo almorzamos temprano para arreglarnos e ir al cumpleaños de Pablito. No es que fuese el mejor panorama del mundo para dos chicas de treinta años, pero era el hijo de nuestro amigo y el pequeño era muy tierno. No podíamos negarnos.

Sophie salió a reunirse con Gon, su novio y mi jefe, para ir a la fiesta, y yo me quedé esperando a Pablo, quien me llamó a las cinco en punto para avisarme que estaba abajo en su camioneta, esperándome.

Corrí por las escaleras, pero al llegar al umbral del edificio vi estacionarse un Audi al otro lado de la calle y de él bajó rápidamente Roberto.

—¿Kari! —me llamó, cruzando entre los autos.

Pablo, al ver a mi ex ahí, salió de la camioneta y se paró a mi lado, colocando su brazo sobre mis hombros.

—¿Qué es lo que quieres? —interrogó a Roberto.

—No quiero problemas contigo, vengo a hablar con ella —le aclaró.

—Lo siento mucho, pero vamos saliendo —contestó el otro.

—Kari, por favor, hablemos un minuto —me pidió.

Miré sus ojos, llenitos de amor. Sin embargo, al verlo inmediatamente recordé que había terminado con él, porque a pesar de querernos con el alma siempre sucedía algo malo. Era lo mejor para los dos, ya que al parecer estábamos destinados al fracaso.

—Vete —dije, con dificultad—. No tenemos nada de qué hablar.

—Pero...

—No hay pero que valga —lo interrumpí—. Por favor vete.

—Estoy seguro de que podemos arreglarlo, solamente debemos hablar —insistió.

—No la molestes —se involucró Pablo—. Ya te dijo que te largues, así que o te vas o hago que te vayas, tú eliges.

—¿Me estás amenazando? —gruñó Rober, dándole un empujón a mi amigo.

—A mí no me empujas, cabrón.

—¡Basta! —grité.

Me paré entre los dos, quienes se miraron desafiantes. Me pareció de lo más extraño que Roberto se pusiera tan violento, ya que sabía que a él no le gustaba discutir y que solamente peleaba si era estrictamente necesario... lo que solía ser con Pablo.

Observé a Rober, quien con una expresión de profunda tristeza regresó a su auto para marcharse. Pablo me abrazó, supongo que porque sabía que mi ex aún nos estaba mirando.

—No te preocupes, no pasa nada —susurró en mi oído—. Yo voy a cuidarte.

—Ya vámonos —evadí el tema—. Se hace tarde.

Durante el camino me dediqué a reflexionar. Me partía el corazón dejar a Roberto, pero ya era un hecho.

Llegamos a la fiesta. Saludamos a Pablito y a Amelia. Ella no se sorprendió al verme junto al padre de su hijo, supongo que era de las muchas personas que pensaban que seríamos una buena pareja.

Nos bebimos algunos tragos, porque claro, sino los cumpleaños infantiles serían muy aburridos para los adultos. Pablo me pidió que lo acompañara a buscar platos y cubiertos y una vez en la cocina me abrazó.

—¿Has pensado en lo que te propuse la otra tarde? —inquirió.

—Un poco —respondí, sin soltarme de sus brazos.

—Nos conocemos hace años —habló—. No hay nada que no sepas de mí: conoces a mis padres, a mi hijo, a mi ex mujer. Yo solamente quiero hacerte feliz.

Los argumentos de mi mejor amigo eran muy sólidos. En cambio Roberto me había demostrado que no podía confiar en él, a pesar del amor que decía sentir por mí.

Hay veces en la vida en que nos sentimos muy mal; solos, vacíos, sin rumbo. Entonces creemos que la salida rápida y fácil es la mejor opción.

—Tienes razón, Pablo —asentí—. Quizás podríamos intentarlo.

Me besó. Ya estaba decidido, sería oficialmente novia de Pablo, o al menos probaríamos si era posible. Él había estado siempre a mi lado, en el momento preciso para acompañarme, en cada ocasión en que lo necesitaba, lo mínimo que podía hacer era darle una oportunidad.

En la noche me dejó en el departamento, despidiéndose con un beso. Apenas se marchó me lancé sobre la cama y me puse a llorar.

## CAPÍTULO 12

Los días que siguieron a mi ruptura con Roberto fueron muy deprimentes. Me obligaba a no pensar más en el asunto, pero me resultaba imposible. No bloqueé su número de mi celular porque no fue necesario, ya que simplemente no volvió a llamar. Al parecer se había olvidado muy rápido de mí, lo que no me hacía sentir mejor.

Con Pablo las cosas iban relativamente bien, trataba de verme la mayor cantidad de tiempo que podía pero no siempre estaba disponible, ya que por supuesto también tenía que visitar a Pablito. Yo no le recriminaba que en ocasiones me dejara plantada por ir con su hijo, creo que porque en realidad no me importaba demasiado. Entonces me iba a casa triste, recordando a mi Rober, preguntándome qué estaría haciendo; si seguiría solo o si trataba de volver con su esposa. La sola idea de que volviera con Josefina me ponía la piel de gallina.

Sophie me miraba una tarde, mientras me bebía mi café con expresión melancólica.

—¿Cómo vas con Pablo? —inquirió.

—Bien —contesté desanimada.

—Me encanta tu entusiasmo —ironizó.

—No sé qué es lo que pasa —me desahogué—. Por más que lo intento no sé cuál es el problema con Pablo. Hasta hace algún tiempo teníamos sexo y éramos amigos, pero ahora... no lo sé —medité.

—Yo sé cuál es el problema —anunció Sophie—. El problema es que Pablo no es Roberto.

Justo en ese instante golpearon a la puerta y era Gon, así que mi amiga dejó de prestarme atención. Como ya sabía de su noviazgo, mi jefe pasaba gran parte de su tiempo libre en nuestro departamento, tal como antes lo hacía Rober. Sí, Rober, Rober y Rober, no lograba sacarlo de mis pensamientos, menos de mi corazón.

\*\*\*\*\*

Llevábamos cerca de tres semanas saliendo y Pablo, queriendo ser el novio más atento del planeta, fue a recogerme a la agencia. Me pareció tan extraño; hace muy poco era otro hombre el que me iba a buscar a la salida del trabajo.

Me saludó con un beso y yo correspondí tratando de sonreír y parecer enamorada. Tuve que poner mi mayor esfuerzo y creo que aun así no lo conseguí.

—¿Y tu camioneta? —consulté.

—Está en el taller mecánico ¿No te molesta que nos vamos en metro?

—Claro que no.

Cruzamos la Avenida Central rumbo a la boca del metro, charlando sobre nuestro día. Casi era como si sólo fuéramos amigos, excepto porque él me llevaba tomada de la mano.

Al acercarnos a la estación Pablo se detuvo abruptamente.

—Pero mira quién está allí...

Mierda. Mierda y más mierda; Roberto estaba de pie junto a una pileta mirando su móvil. Él no

nos había visto, pero Pablo no estaba dispuesto a perder esa oportunidad.

—Vamos a saludar —dijo, halándome del brazo.

—Mejor vámonos —le pedí nerviosa.

—¿Cómo vamos a ser tan mal educados? Lo mínimo es saludar si ves un conocido en la calle.

—Por favor, Pablo...

—Es tu ex novio, ya no hay nada entre ustedes ¿O acaso te afecta tanto verlo? —interrogó molesto.

Por supuesto que me afectaba verlo. Podrían pasar mil años y seguiría afectándome de la misma forma.

Casi arrastrándome, mi nueva pareja me llevó hasta el lado de mi ex, quien, al vernos, pasó de una mueca de desconcierto a una de amargura.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —lo saludó Pablo, dándole la mano.

Roberto correspondió el saludo y me miró triste.

—Estoy bien, gracias —contestó, a pesar de que no parecía estarlo—. Pero no sabía que fuéramos amigos como para detenernos a charlar.

—Ay, hombre, no seas rencoroso —se rio— ¿Y? ¿No nos felicitas por nuestro noviazgo?

Yo estaba al borde de las lágrimas y creo no equivocarme al decir que a Rober le pasaba exactamente lo mismo, pero su estricto sentido de la decencia le impedía hacernos una escena en plena calle. Pablo me sujetó por la cintura y me besó en los labios. Era evidente que estaba disfrutando la situación como si fuera un concierto de los Rolling Stones, su banda favorita.

—¿No nos felicitas? —insistió.

—Pablo, ya es tarde.

—Kari tiene razón, es tarde —se excusó Rober.

—Lástima que recién ahora puedan estar de acuerdo en algo ¿No creen? —bromeó mi compañero.

No nos reímos de su chiste, porque no nos hizo gracia.

—Adiós Rober —murmuré.

—Adiós linda.

Me volteeé para huir de ahí tan rápido como pudiera, pero Pablo se quedó inmóvil y me sujetó del brazo.

—No vuelvas a llamarla así ¿Oíste? Es mi novia, no la tuya. Tú tienes mujer —aclaró.

—Entonces no la expongas de esta manera, cabrón —le gruñó.

—¿A quién le dices cabrón? —inquirió Pablo, enojándose.

—A ti, hijo de puta.

Antes de que empezara el forcejeo me puse en medio de ambos, angustiada.

—Basta, chicos, por favor —supliqué.

—Adiós Kari —se despidió mi ex—. Cuídate mucho.

Rober se dio la media vuelta y se marchó. Pablo me cogió de la mano y comenzó a caminar en dirección al metro, sin darme opción de decir algo.

\*\*\*\*\*

Después del encuentro Pablo versus Roberto me quedé más deprimida de lo que ya estaba. No era fácil el giro que mi vida había dado; dejar a un hombre que adoraba por uno al que quería únicamente como amigo.

Sophie y Olivia trataban de animarme un poco, y una tarde llevaron chocolate y helado, que devoramos viendo un par de películas de Jim Carrey. Casi logré desconectarme, pero al acabar la cinta la pena me invadió nuevamente. Una lágrima cayó por mi mejilla y Oli lo notó.

—Tranquila, Kari, está todo bien —me consoló.

Cogió mi mano y yo, como una tonta, me largué a llorar.

—No está bien —lloriqueé—. Nada está bien. Extraño mucho a Rober, por más que lo intento no puedo olvidarme de él.

—Pero tú lo dejaste, amiga, podrían seguir juntos y ser felices...

—No —negué con la cabeza—. Josefina siempre va a estar encima de él —murmuré triste.

—Eso es en teoría; en la práctica la que estará sobre él serás tú —dijo Oli—. O debajo, eso depende.

Quise sonreír, pero no estaba de humor para las bromas subidas de tono de Olivia.

—Lo siento mucho, Kari —intervino Sophie—. Ya sabes que te apoyaremos en lo que decidas.

—No soy tan fuerte como creí —expliqué—. Pensé que después de Miguel nada me volvería a afectar, pero no es cierto. Me muero de rabia y celos sólo de pensar que ella se le acerque, y como no le va a firmar el divorcio, jamás va a desaparecer de su vida.

—Entonces haces lo correcto —habló Olivia seria—. Lo más importante es tu tranquilidad, y si con él no la tienes no hay nada más que hacer. Sé que lo quieres y que tal vez él también te quiere a ti, pero no puedes ir eternamente con dudas. Al final eso arruinaría su relación y el sufrimiento sería mayor, porque sería lento, en cambio ahora lo estás cortando de raíz.

Nunca Olivia me había hablado con tanta sabiduría. Me dejó en shock.

—Me sorprende tu madurez —sonreí—. Gracias... no sé qué haría sin ustedes.

Luego de eso mis amigas y yo pescamos unas copas y las llenamos de vodka. Era el mejor remedio para el mal amor.

\*\*\*\*\*

Un sábado como cualquier otro Pablo me invitó a almorzar a su casa. Acabábamos de cumplir un mes de relación y me esforzaba por creer que mejorábamos. Después de comer nos recostamos en el sofá, buscando algún buen programa en la televisión, pero no encontramos nada interesante, así que la apagamos. Entonces Pablo se acercó a mí muy cariñoso.

—Oye Kari...

—¿Sí?

—Estás tan linda hoy.

Me besó en los labios y poco a poco comenzó a posar sus manos sobre mi cuerpo, bajando desde mi cuello hasta mis pechos y mis piernas. Me puse nerviosa.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceé.

—Ya no puedo seguir esperando —pronunció agitado.

Continuó besándome y tocándome, cada vez con más frenesí. Traté de dejarme llevar por sus caricias, pero no pude. En lugar de excitación lo único que sentía eran ganas de llorar.

Me quitó el sweater y la blusa. Estaba paralizada, hasta que intentó quitarme el sujetador.

—¡Basta, Pablo! —exclamé, colocándome mi blusa.

—¿Qué mierda te pasa? —me gruñó molesto.

—Lo siento —sollocé—. No puedo.

—¿No puedes? —repitió burlesco—. Estoy seguro que con el otro imbécil no tenías problemas

en abrir las piernas.

Me puse de pie sin dar crédito a sus palabras y me terminé de arreglar la ropa. Me marché dando un portazo.

Llegué a mi edificio sumamente triste, con los ojos irritados. No había parado de llorar en el trayecto en taxi.

Subí cabizbaja y al llegar al octavo piso vi que en el pasillo estaba el hombre a quien más ansiaba ver.

—Kari ¿Estás bien? —me preguntó Rober confuso.

—Sí, es que...

No logré que más palabras salieran de mi boca y me largué a llorar. Roberto me abrazó y acarició mi cabello. Entramos, aprovechando que Sophie se había ido a casa de Gon y estábamos solos.

—¿Qué fue lo que pasó? —inquirió preocupado.

—Pablo... Él quería...

Me quedé callada. Roberto me miró furioso.

—¿Trató de hacerte algo? ¿Qué te hizo ese hijo de puta? —interrogó exaltado.

—Nada —sollocé—. Íbamos a tener sexo, porque él es mi novio y supongo que es lo normal. Pero no pude... no quiero que nadie me toque si no eres tú —confesé.

Lloré nuevamente. Él volvió a abrazarme con fuerza.

—Yo tampoco quiero que otro hombre te toque —contestó, acariciando mi rostro—. Quiero ser el único que te bese, el único que te haga el amor. Quiero ser el único hombre en tu vida.

No me detuve a pensar si aquello estaba mal, porque ya no tenía nada que perder.

Nos besamos con desesperación, dejándonos en claro cuánto nos necesitábamos y nos habíamos extrañado.

Con Rober todo era diferente y, tal como dijera Pablo rato antes, no tuve problemas en abrir las piernas. Me quitó la ropa con suavidad y yo hice lo mismo con la suya. Él me hacía sentir cosas que nadie jamás había conseguido.

Cuando acabamos de hacer el amor observé a Rober, acostado a mi lado, con los ojos entrecerrados. A pesar de no verse tan desaliñado como tras nuestra primera ruptura, llevaba barba de varios días y un semblante de derrota.

—¿Por qué no te has afeitado? —consulté curiosa.

—No he estado de muy buen ánimo.

—¿Puedo saber por qué?

—Creo que sabes perfectamente porqué.

Me acurruqué en su pecho, llenándome de paz. Me sentía segura, en su regazo nada malo podía sucederme.

Una hora después estábamos sentados frente a frente en un café, sin saber bien qué decirnos.

—Roberto —pronuncié con timidez—. Esto que pasó no cambia las cosas.

—Ya lo sé —suspiró—. Ya no estamos juntos, tienes otro novio.

—¿Cómo vas con Josefina?

Me miró desconcertado.

—Es cierto, no me debes explicaciones —aclaré.

—No, es que no entiendo a qué se refiere tu pregunta...

—¿Volviste con ella?

—Por supuesto que no ¿O acaso creíste que porque terminaste conmigo iba a irme con ella?

Bingo, era exactamente lo que había pensado. Me miró ligeramente ofendido. Al parecer me había equivocado y la decisión de mi ex de no reconciliarse con su esposa era irrevocable, en cuyo caso quizás me había precipitado en terminar con él.

—¿De verdad quieres seguir con Pablo? —inquirió serio.

—Le prometí una oportunidad, es lo mínimo que puedo hacer...

—Okey.

Se puso de pie, sacó un par de billetes de su bolsillo y los dejó sobre la mesa. Me dio un beso en la mejilla.

—Adiós Kari.

—Rober...

—Tengo que irme.

A paso apurado mi pelmazo se alejó del café, sin voltearse a mirar. A lo lejos lo vi pasar el dorso de su mano por sus ojos ¿Estaba llorando? Mierda, cuánto daño le hacía.

Pablo me llamó esa noche para disculparse por lo ocurrido en su casa y decirme que me esperaría hasta que me sintiera lista para estar con él. Obviamente no le dije que había terminado acostándome con Roberto. No era necesario entrar en esa clase de detalles.

Pero tenía una cosa clara; esa sería la última vez que Rober y yo estaríamos juntos, o seguiríamos sufriendo y no lo merecíamos. Ese debía ser el fin.

\*\*\*\*\*

—Tengo una duda —meditó él— ¿Qué significa esto? Hace unas semanas no querías verme más y ahora estás aquí desnuda conmigo.

Estábamos acurrucados en su enorme sofá. Era la tercera vez que hacíamos el amor desde que Pablo intentó, sin éxito, hacer lo mismo conmigo.

—Rober, no seas quisquilloso —me reí.

—¿Te acuerdas de aquella vez que no me dejaste besarte en el evento del ministerio de economía? Dijiste que no querías ser mi amante, y ahora resulta que el amante soy yo.

—Para que sepas cómo se siente —reí nuevamente.

—Sí, muy graciosa.

Comencé a vestirme; no podía desaparecer tantas horas del radar de mi nuevo novio.

—Te extraño —murmuró de sopetón mi ex, avergonzado—. Los últimos meses han sido muy intensos y siento que tú eres algo mágico que me pasó y que no quiero dejar ir.

Cómo una chica puede resistirse a palabras tan bonitas, pensé.

—Nunca deja de sorprenderme lo tierno que puedes ser —contesté, dándole un beso.

—No me digas eso —alegó sonrojado.

—Ya me voy.

—¿No te puedes quedar un ratito más?

No debía quedarme un rato más, de hecho, ni siquiera debía estar ahí, pero, siendo honesta, sí quería quedarme, ojalá para siempre. Le dije que sí, pedimos unas hamburguesas a domicilio y nos instalamos frente al televisor a ver una película.

Era tarde pero no importaba. Después inventaría una excusa para Pablo.

\*\*\*\*\*

Aunque no me enorgullezca, debo reconocer que durante las siguientes semanas le mentí a Pablo. Le dije, casi todas las tardes, que estaba ocupada o que debía quedarme horas extras en la oficina, mientras en realidad me juntaba con Rober, a beber un café o simplemente a hacer el amor en su departamento.

Roberto se había convertido oficialmente en mi amante, a pesar de que el título no le gustaba para nada. A veces se ofendía, pero a los cinco minutos ya estaba besándome y preguntándome cuándo nos veríamos otra vez. Nunca me recriminó ni tampoco dejó de hacerme sentir la mujer más especial sobre el planeta Tierra. Me demostraba su amor sin restricciones y no me pidió ni una sola vez que dejara a mi novio. Asumió su papel de compañero ilegítimo sin quejas, mas yo sabía que no era lo que realmente quería.

Yo, por mi parte, evitaba a Pablo por completo. Me parecía increíble que no lleváramos ni dos meses juntos desde que le dije que le daría una oportunidad y ya lo estuviera engañado con mi ex novio. Con suerte le contestaba el teléfono y hablábamos menos de dos minutos.

Con Rober cada día despedirse era más difícil. No me lo decía, pero era obvio que no quería compartirme con nadie, mucho menos con Pablo, que prácticamente era su enemigo y con quien me las arreglaba para no acostarme. No podía y no quería tener intimidad con él, porque eso sería romperle el corazón a Roberto.

Comencé a pensar qué tenía que tomar una decisión final sobre qué hacer con mi vida amorosa. Por primera vez tenía dos pretendientes, lo que resulta más complicado de lo que parece en las películas. Tenía que elegir y a pesar de que mi elección era más que clara, no era tan sencillo ¿Cómo le iba a explicar a Pablo que le era infiel? No se lo merecía

Pero ¿Cuál era la solución? ¿Volver con Roberto? Lo amaba pero ¿Era conveniente salir con un hombre que ya había pasado por tres matrimonios? ¿Qué me hacía creer que lo nuestro era diferente y que yo sería la definitiva? ¿Estaba dispuesta a soportar a su esposa rondando cerca de él, o me moriría de celos?

Después de días y días analizando mis opciones, una noche llegué a una conclusión: no era justo para Pablo estar con él si amaba a otro hombre. Me hubiese encantado darle realmente una oportunidad, llegar a amarlo y ser feliz a su lado, pero era imposible. Esa era mi única certeza.

Hablaría con Pablo y le diría la verdad. También resolví conversar con Roberto y le decirle lo que sentía, y si él estaba dispuesto a continuar luchando por divorciarse, yo estaba dispuesta a intentarlo otra vez. Me pareció un trato justo.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente me reuní con Pablo muy temprano en el Starbucks donde tantas veces habíamos ido a desayunar y comer muffins. La diferencia era que esa vez tenía el estómago tan apretado que ni siquiera podía sentir hambre.

Lo esperaba sentada en una mesa junto a la ventana y él apareció muy feliz. Le devolví una sonrisa tibia, pero al saludarme trató de besarme e instintivamente volví la cara. Dejó de sonreír.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, tratando de tener paciencia.

Nerviosa pero decidida le conté la verdad: seguía saliendo con Roberto.

—No hay nada que puedas hacer —pronuncié cabizbaja—. No importa lo que ocurra, es imposible sacarlo de mi cabeza. No es justo para ti que te esté haciendo esto.

—Claro que no es justo —dijo molesto—. Yo estaba dispuesto a lo que fuera por ti, y así me lo pagas, acostándote con el hijo de puta que te ha mentado hasta el aburrimiento.

Me quedé en silencio. Pablo se veía muy descompuesto y yo sentía unas terribles ganas de llorar.

—No puedo creer que lo prefieras a él —agregó—. No tienes ningún futuro con ese cabrón.

Pablo Clementi se puso de pie, furioso.

—Cuando por fin te convenzas de que tu relación con Roberto no va a funcionar y otra vez estés destrozada, no me busques. Ya me cansé, Kari.

—De verdad lo siento —me disculpé, secándome las lágrimas.

—Amelia te vio con él hace unos días, paseando por el centro, cogidos de la mano. Ahí entendí porque me evitabas y me di cuenta de quién eres en realidad.

No podía sentirme peor, una vil rata mentirosa y, aún peor, descubierta. No había nada que pudiera decir para calmar el dolor de Pablo.

—Yo te he querido siempre y no supiste valorarlo —gruñó— ¿Por qué lo prefieres a él? ¿Es por dinero? ¿O te excita ser su amante? Porque no va a dejar a su esposa por estar contigo, sólo quiere divertirse un poco, sacarse las ganas y luego buscará otra chica, así son esa clase de hombres.

—Por supuesto que no —contesté muy bajito—. Él me quiere.

—¡Pero qué tonta eres! —alzó la voz—. Lo único que le gusta de ti es que eres fácil, seguramente en la cama haces todo lo que te ordena, como una puta profesional. Aunque tú, Kari, eres peor que una puta. Al menos ellas cobran.

Pablo se marchó indignado. Yo me quedé estupefacta ante sus palabras; era la primera vez que alguien me trataba de forma tan denigrante y ni siquiera me sentía con ganas de defenderme. Supongo que entendía su reacción.

Los empleados del local me miraron con una mezcla de confusión y lástima y una chica me llevó un vaso con agua. Después de esa lamentable escena, no podría volver a ese Starbucks jamás.

Apenas estuve un poco más serena salí del lugar. En cierta forma me sentía liberada, ya no tenía nada que ocultar. Llamé a Rober y quedamos de vernos en el frontis del ministerio esa misma tarde, apenas saliera de mi trabajo. No quise darle detalles, lo mejor era charlar personalmente.

Por extraño que parezca, llegué puntual a buscarlo. El problema fue que desde el otro lado de la acera vi que, para mi sorpresa, Roberto no estaba solo: a su lado su regia esposa se reía sin parar.

No sé con qué cara los miré ni qué le causaba tanta gracia a Josefina, pero apenas me vieron ella se acercó a su marido, lo pescó del cuello y lo besó en los labios. La rabia me invadió, así que sin pensarlo me di media vuelta y salí caminando tan rápido como pude. Un semáforo en rojo me ayudó a tener ventaja y alejarme, pero como Rober es alto y da pasos largos me alcanzó un par de calles más adelante y me cogió del brazo.

—¡Suéltame! —me quejé furiosa.

—¿A dónde vas? Se supone que íbamos a vernos...

—Y ya te vi, besándote con tu mujer —alegué.

—Por Dios, Kari, sabes que lo hizo para molestarte.

—Seguro que fue para molestarme a mí, porque a ti no te molestó en lo más mínimo que te besara...

—¡Sabes que no es cierto! —exclamó frenéticamente—. Sabes lo que ha pasado entre nosotros ¿Aun así piensas que me interesa volver con ella?

—¡No tengo idea! —chillé como loca—. Sólo sé que la amabas y que te acaba de besar en plena calle.

—Esta pelea es absurda.

—No para mí —lo contradije— ¿Sabes qué creo? Que te gusta jugar a dos bandos, y me decepciona, Roberto, porque no pensé que fueras así, pero quizás es un requisito en la política eso de ir acostándose con cuanta mujer puedas —gruñí.

—¡Cállate, Karin! —me gritó hecho un energúmeno—. Solamente trato de recuperarte, porque te amo, pero a ti no te importa ni una mierda lo que haga, nada es suficiente.

Era la primera vez que discutíamos a gritos y veía a Roberto realmente enojado conmigo. Algunas personas nos miraban de reojo al pasar y otras con más descaro, pero no sentí vergüenza; estaba demasiado iracunda para detenerme a reflexionar.

—No sé qué diablos me hiciste —habló Roberto, tratando de calmarse—. Yo antes no era así, jamás había peleado a golpes, nunca había sido tan impulsivo, pero todo lo que tiene que ver contigo me supera.

—Quizás es una señal de que no tenemos nada que hacer juntos —bufé.

—Probablemente tienes razón —murmuró—. Me enloqueciste.

—Pues cuánto lo siento —comenté sarcástica.

Lo ignoré y salí caminando. Recorrí alrededor de veinte metros sin mirar atrás, hasta que escuché un fuerte golpe y un chico de secundaria corriendo se acercó a mi lado.

—Oye, tú hablabas con ese hombre ¿Lo conoces? —me preguntó agitado.

Me di la vuelta y vi una imagen terrible; Roberto estaba tendido en el suelo en medio de la calle, con muchos transeúntes mirando.

Corrí hasta donde se comenzaba a formar el gentío y recién entonces me pareció comprender lo sucedido: había un coche y un hombre explicándole algo a los peatones curiosos.

—¡Rober! —exclamé, agachándome a su lado.

Él estaba ahí, como muerto. Mis ojos se humedecieron de inmediato.

Acaricié su cabello pero, para mi espanto, mi mano quedó cubierta de sangre.

—¿Qué pasó? —vociferé.

—No sé, el tipo se cruzó con luz verde, no alcancé a frenar y lo arrollé —respondió el conductor.

Me largué a llorar como una viuda, porque existía la posibilidad de que lo fuera, al menos simbólicamente. La viuda legal era otra.

Unas señoras que veían el espectáculo intentaron consolarme diciendo que ya habían llamado a la ambulancia y que mi esposo estaría bien, lo que me hizo llorar aún más. Rober no era mi esposo y jamás lo sería, pero no era prudente contarles mi desdichada historia a los testigos del accidente.

La ambulancia llegó en los más eternos cinco minutos de mi vida y subieron a mi ex a la camilla. El paramédico me interrogó.

—¿Qué es usted del herido?

—Soy su novia —dije, sin pensar en si esa era la respuesta correcta.

Solamente por ser su novia me dejaron ir en el vehículo con él, donde me tranquilizaron diciendo que no estaba muerto, pero sí inconsciente y con un golpe muy feo en la cabeza.

Llegamos a un hospital público y lo ingresaron a urgencias. Yo me quedé en la sala de espera. Una hora más tarde apareció un doctor a darme información.

—Dígame que no se va a morir —le lloriqueé al doctor.

—No, claro que no —me contestó con una sonrisa—. Su novio estará bien; las imágenes no muestran ningún daño serio. Le pusimos algunos puntos en la cabeza y en un par de semanas van a cicatrizar.

—¿Puedo verlo?

—Sí, aunque sigue inconsciente.

Una enfermera me llevó hasta la habitación. Allí estaba Roberto, con sus ojos cerrados, un cuello ortopédico y un moretón en la cara. Nuevamente comencé a llorar.

Sujeté su mano y acaricié su mejilla. Mi pobre pelmazo se veía tan mal que la angustia me invadía por completo.

—Rober... Despierta mi amor —susurré.

La puerta se abrió de golpe y entraron Eduardo y Josefina.

—¡Qué ternura! —se burló ella—. Estás aquí, cuidándolo ¿Nadie te ha dicho que haces el ridículo?

—No creo que sea momento de discutir —respondí.

—Sí, Josefina, Karin tiene razón, tenemos que sacar a Rober de aquí —comentó Eduardo, mirando con asco el lugar y pasando su dedo por una polvorienta ventana—. No podemos dejarlo en este hospital de mala muerte.

—Él está bien, no creo que sea bueno llevárselo ahora —sugerí.

—A nadie le importa lo que tú creas, yo soy su mujer y tomo las decisiones —aclaró su mujer.

—Iré a hablar con el médico —anunció Eduardo, saliendo de la habitación.

Estaba increíblemente cohibida. De pronto escuchamos una débil voz.

—Kari —musitó Rober, aun con los ojos cerrados—. Kari ¿Estás ahí?

—Sí, aquí estoy.

Me acerqué a su lado y volví a tomar su mano.

—Me alegra verte —dijo él, abriendo los ojos y sonriéndome con dificultad.

—También a mí —le devolví la sonrisa.

—¡Ya basta! —alegó Josefina—. Escúchame bien, estúpida, no tienes nada que hacer aquí, así que vete de una vez.

—Josefina, déjala en paz, por favor —le pidió Rober.

—Tú cállate, que me estás haciendo perder el tiempo por tu maldito accidente —lo regañó ella.

—¿Cómo te atreves a hablarle así?

Sé que estuvo mal, pero la furia que sentí al escucharla tratarlo de esa manera tan desinteresada fue irracional. Agarré de los hombros a la rubia esposa de mi ex y la zamarreé para luego abofetearla. Ella se defendió, me pescó del pelo y me regresó el golpe, pero en ese instante entraron Eduardo y el doctor.

—¿Qué hacen? —exclamó Eduardo, separándonos.

—Lo que pasa es que Roberto es un idiota y esta desgraciada una mujer vulgar —contestó.

—Afuera, las dos —nos ordenó el médico.

Josefina y yo terminamos en el pasillo, como dos colegialas castigadas.

Eran las ocho y media de la noche y Sophie ya me tenía llena de mensajes preguntándome donde estaba. Comencé a responderle a mi amiga, pero Josefina rompió el silencio.

—No será tuyo jamás.

—¿Qué?

—Roberto —especificó—. Jamás le daré el divorcio y tú no podrás soportar que siga casado conmigo, porque pronto va a estar suplicándome que vuelva a su lado.

—No lo amas ¿Por qué no dejas que sea feliz? —pregunté.

—Es cierto, no me interesa en lo más mínimo, pero sí su billetera ¿Has visto cuántos ceros hay en su cuenta corriente?

—Eso no me importa —pronuncié indignada—. Yo lo quiero por lo que es como persona.

—Ya eres adulta, deja de comportarte como una niña soñadora —se rio—. No puedes vivir del amor. Es mejor que lo empieces a entender.

—¿Alguna vez lo quisiste?

—Aunque no lo creas, lo quise mucho —contestó—. Creo que ya sabes que es un tipo muy dulce, pero eso no sirve de nada. Él no resultó ser el hombre que esperaba. Simplemente es un mediocre.

—Él te amaba, él quería una familia y una vida contigo —le reproché.

—¿Y tú si estás dispuesta a darle todo eso?

El doctor y Eduardo salieron del cuarto.

—El señor Becker decidió trasladar al paciente a la Clínica Cordillerana —dijo el médico.

—¿Roberto está bien? —quise saber.

—Sí, y en la clínica estará mucho mejor —me contestó Eduardo—. Ya viene en camino una ambulancia para que nos lo llevemos.

—Ni se te ocurra ir a visitarlo —advirtió Josefina—. Si te veo allá haré que te saque seguridad, les diré que me agrediste. Deberías agradecerme que no piense denunciarte a la policía.

—Josefina, ya es suficiente —sonrió Eduardo—. Pero es cierto, Kari, no lo visites. Es lo mejor. Muchas gracias por acompañarlo, pero ya no necesitas estar aquí. Puedes irte.

Me di la vuelta y comencé a caminar, escuchando sus risitas.

Salí del hospital y subí al autobús. Sólo quería ir a casa.

\*\*\*\*\*

A Rober no pude visitarlo después de las amenazas de su esposa. Por teléfono me contacté con la clínica durante los días que estuvo internado para saber de su estado de salud y luego, una vez que ya estuvo de regreso en su departamento, no tuve el valor de llamarlo, no después de la escandalosa discusión en plena calle y mi berrinche de atacar a Josefina en su habitación en

urgencias.

Como cada sábado Sophie y yo teníamos como propósito ordenar el departamento. Apenas acabamos, ella salió a comprar algo de comer.

Al poco rato de quedarme sola golpearon a la puerta. Al abrir vi que se trataba de Roberto.

—Hola —saludó.

—Rober ¿Qué haces aquí? Se supone que debes estar en reposo —lo regañé.

—Quería verte —sentenció—. No fuiste a visitarme a la clínica...

—No pude ir, pero llamé cada día para saber de ti —me justifiqué.

—Me imagino que Josefina tiene que ver en que no hayas ido.

—Algo así —respondí.

Nos miramos un momento, en silencio.

—Oye... ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo terminaste atropellado? —consulté curiosa.

—No lo sé, supongo que la discusión me dejó muy distraído y crucé la calle sin fijarme que ya había cambiado el semáforo.

—Tuve mucho miedo —confesé—. Fue muy terrible para mí verte así...

—¿Sabes? Lo único bueno de todo eso fue que al despertar estabas ahí conmigo —dijo, tomando mi mano.

—Y luego golpeé a tu esposa...

—Fue divertido —se rio.

—Un poco —reí yo también.

—Kari, lamento mucho la forma en que te hablé durante la discusión; sé que no es una excusa válida, pero acababa de pelear con Josefina y la situación se puso muy tensa—explicó—. Lo siento mucho, en serio.

—No hay problema, yo también te grité —respondí—. Creo que no habíamos tenido un buen día.

—Quiero que sepas que para mí las cosas no han cambiado —habló con seriedad—. Sigo enamorado de ti, a pesar de que ahora seas novia de Pablo. Y es verdad lo que te dije el día del accidente, tú me enloqueciste por completo, pero eso no tiene por qué ser algo malo —me sonrió—. Te quiero y eso no lo puedo evitar.

Nos besamos, pero pronto nos detuvimos. Él no tenía idea de que ya no estaba con Pablo; no alcancé a decírselo antes del incidente en la calle, ya que esperaba que habláramos personalmente para darle la noticia. Luego su esposa me contó sus verdaderos planes de no dejarlo en paz jamás.

Comencé a dudar de nosotros juntos.

—Han sido meses difíciles —suspiré— ¿Tú de verdad crees que podríamos tener una relación estable?

—La teníamos.

—Y se terminó.

Roberto miró el piso; se notaba triste. Quise decirle algo para animarlo, pero no supe qué. Ya no quedaban opciones en nuestra historia, no había más palabras que pudiéramos decirnos.

—Rober, yo te quería en serio... yo te amaba —sollocé, con un nudo en la garganta.

—¿Y ahora? —preguntó— ¿Aún me amas?

—No lo sé —contesté, evadiendo su mirada.

Mi ex novio se acercó y me dio un beso en la frente. Parecía darse por vencido.

—Adiós linda, cuídate mucho.

Apenas la puerta se cerró me largué a llorar. Eso definitivamente era una despedida.

\*\*\*\*\*

El día siguiente no tuve ganas de salir, ni siquiera de levantarme. Estaba demasiado deprimida para hacerlo, por lo que me quedé en pijama.

Como cualquier domingo por la tarde Sophie y yo decidimos ver una película para tratar de distraernos, pero nos interrumpió el sonido de la puerta. Y al abrir me llevé una enorme sorpresa: se trataba de Eduardo Becker.

—Eduardo ¿Qué haces aquí? —pregunté desconcertada.

—Necesito que hablemos, en privado —respondió, mirando a Sophie.

—Estaré en mi cuarto —anunció mi amiga.

Apenas la chica desapareció, Eduardo se sentó frente a mí y se largó a hablar.

—Karin, esto es un tema muy delicado —dijo seriamente—. Me imagino que sabes que nosotros pertenecemos al partido conservador.

Asentí con la cabeza. Él prosiguió.

—Algunos de los principios fundamentales del partido son el matrimonio y la familia. De hecho, el reglamento interno tiene un código de conducta muy estricto en cuanto a las relaciones personales de los militantes —expuso—. Roberto ha roto muchas reglas últimamente, y todas te involucran.

—¿A dónde quieres llegar con esto?

—El partido sólo permite que sus miembros se casen tres veces, es decir, dos divorcios. Si Roberto se divorcia de Josefina será expulsado inmediatamente, lo que significa que perderá su trabajo. Y yo no puedo permitir que eso pase, menos ahora que estoy por conseguir un cargo mejor y lo necesito trabajando conmigo.

Ahí lo entendí todo; esas eran las razones tan poderosas que amarraban a Rober y Josefina, esos eran los asuntos tan complicados que tenía que resolver.

—O sea que debe seguir casado porque eso es lo que te conviene —comenté.

—No sólo a mí, también a él —aclaró—. Le daré un muy buen empleo, ganará tanto dinero que ni en cien años alcanzará a gastarlo. Rober es un hombre que necesita mucho dinero ¿Sabías que él es quien asume los gastos de la enorme casa que tenía con Josefina? Y también la mantiene a ella, que es lo que corresponde que haga con su esposa —habló con sorna—. Además están los recibos de su departamento y su Audi, un coche nada barato ¿Acaso crees que puede sostener su estilo de vida sólo con amor?

—¿Qué es lo que quieres exactamente? —lo encaré.

—Que lo dejes —pronunció, sin ningún remordimiento—. Si de verdad sientes algo por él, tienes que dejar que vuelva con su esposa, es lo mejor para todos.

—Pero...

—¿Qué clase de futuro crees que tendrías con Roberto? —me interrogó— ¿Crees que después de tres matrimonios fallidos va a querer casarse contigo? Tendría que ser un idiota para comprometerse con una cuarta mujer.

—¿Él sabe que estás aquí? —inquirí, sin dar fe a sus palabras.

—No, y no se lo dirás. Esto es entre tú y yo.

—¿Quién te crees que eres para controlar su vida? —lo enfrenté.

—Creo que no me estoy explicando lo suficientemente bien —meditó—. Óyeme bien, Karin: puedo hundir a Roberto cuando quiera. Tengo más poder que él, puedo acusarlo de cualquier cosa,

de corrupción, por ejemplo; podría inventar pruebas en su contra y lo despediría sin ninguna indemnización, además lo metería en un rollo judicial que podría durar años. O enviarlo a la cárcel, quien sabe.

—Pero Rober es tu mejor amigo ¿Cómo puedes hacerle esto? —balbuceé.

—Precisamente porque es mi mejor amigo —contestó—. Sé lo que le conviene, y tú no estás en la lista. Y si no cooperas conmigo la situación se pondrá muy fea —amenazó.

—No puedes venir a decirme esto —pronuncié nerviosa.

—Por supuesto que puedo —se rio—. Mañana el partido le enviará la notificación advirtiéndole que está al límite de la expulsión ¿En serio pensaste que te podías pasear por el ministerio con Rober y que no pasaría nada? No voy a permitir que el edificio entero murmure que la amante de mi mano derecha va a su oficina a revolcarse con él.

Me quedé en silencio. Siempre supe que aquel era un mundo bajo y sucio, pero jamás me imaginé que tendría a un político matón amenazándome en mi casa.

—Karin, tienes que entenderlo —insistió, cambiando su tono arrogante por uno más amable—. Es lo mejor para Rober. Si de verdad lo amas, tienes que hacer lo que te pido. Si siguen con este juego sólo lograrás arruinarle la vida, y no quieres eso ¿Cierto? ¿O quieres que vuelva a ser tan pobre y miserable como antes de conocerme?

Una lágrima cayó por mi mejilla.

—Tienes razón, Eduardo —acepté—. No te preocupes, no me volverás a ver cerca del ministerio.

—Gracias, Kari —agradeció—. Sabía que eras una chica inteligente y que podía contar contigo.

Dichas sus últimas palabras, Eduardo se fue del departamento. Apenas se marchó, Sophie salió de su cuarto y me abrazó.

—Kari, no puedes permitirlo, ese tipo no puede decidir en tu vida de esa manera, ni en la del pelmazo... —alegó mi compañera.

—Tiene razón, Sophie, solamente le estoy provocando problemas —respondí, secándome las lágrimas.

—Pero Kari...

—No, está bien. Saldré a dar una vuelta, necesito tomar un poco de aire.

Me puse mi chaqueta encima del pijama y zapatillas y salí sin rumbo. Paseé largo rato por el parque, ese por el que tantas veces caminé del brazo de Rober. Cada lugar, cada rincón de esa ciudad me recordaban a ese hombre tan especial. No sabía exactamente qué fue lo que hizo que me enamorara de él; quizás fue su timidez al tratar de conquistarme, esa forma de mirarme, el enorme contraste entre su lado tierno y su lado apasionado, no lo sabía. Sólo sabía que estaba perdidamente enamorada de él, pero que nuestro amor resultó ser imposible, y para asegurarse de eso estaban Eduardo y Josefina. Ellos jamás nos dejarían ser felices juntos.

Es que éramos muy diferentes, quizás nunca debimos cruzar nuestros caminos y forzar una relación que no iba a ninguna parte. Aunque esa vez, en la cabaña, esa noche que hicimos tantos planes, todo parecía ser tan real y alcanzable, nada parecía ser una barrera suficiente para nosotros. Pero evidentemente nos equivocamos; afuera de la cabaña, en el mundo real, las cosas se fueron complicando hasta llegar a ese punto sin retorno.

Regresé a casa con una decisión tomada. Eduardo tenía razón, y si quería lo mejor para Roberto, tenía que dejarlo. Lo amaba, era cierto, pero tenía que hacerme a un lado. No podía permitir que por mí perdiera lo que había logrado y que tanto esfuerzo le había costado.

Cogí mi móvil y me puse a escribir un mensaje de texto para el hombre con quien jamás podría estar otra vez.

*Elijo a Pablo. Lo siento.*

Con lágrimas cayendo a ríos por mi cara envié el breve recado. Acto seguido quité la tarjeta SIM de mi teléfono y la metí en un cajón. Saqué un chip nuevo que tenía guardado para reemplazar el anterior.

—¿Estás segura? Tal vez te estás apurando demasiado —sugirió Sophie, sentada junto a mí sobre la cama.

—Es lo correcto. Tengo que terminar con él, y esta vez para siempre.

—Quizás deberías decirle que su amigo estuvo aquí...

—No, él debe seguir confiando en Eduardo, sólo así podrá seguir con su trabajo—sentenció—. Mañana hablaré con Gon y me marcharé al pueblo, con mis padres.

—¿Y qué haré yo sin ti? —cuestionó, haciendo un puchero.

—Estarás bien —sonreí.

Nos abrazamos. Luego nos bebimos un tazón de leche con chocolate y nos acostamos a dormir. Era una noche muy fría.

\*\*\*\*\*

—¿Qué? ¿Estás loca?

Gon estaba pasmado ante mi renuncia.

—Apenas llevas un par de meses y lo has hecho de maravillas... —continuó.

—Y me encanta estar aquí, pero es un tema personal —expliqué.

—¿Es por el pelmazo?

Lo observé un poco avergonzada, porque uno no suele renunciar a un trabajo por una pena de amor. Suspiré; no podía mentirle a Gon, quien, a final de cuentas, además de mi jefe también se había convertido en mi amigo.

—Sí, es por eso —contesté—. Necesito irme un tiempo, lejos...

—No puedo aceptar tu renuncia —dijo serio, cosa rara, porque Gon siempre está feliz—. Soy quien manda, pero también soy tu amigo. Lo que puedo hacer es darte unas semanas de permiso, tres o cuatro, hasta que te sientas bien.

—¿Puedes hacer eso? —interrogué impactada por su buena voluntad.

—Claro, soy el jefe —sonrió.

No lo evité y abracé al chico. Definitivamente Sophie acertó esta vez.

—Está bien —le devolví la sonrisa—. Te llamaré apenas sepa qué haré con mi vida, aunque en realidad no estoy segura si regresaré. Mientras tanto, por favor cuida mucho a Sophie —le pedí.

—Por supuesto que sí —respondió alegre—. No te preocupes por eso.

Salí muy conmovida de la agencia y volví al departamento a buscar mi equipaje para ir al terminal de autobuses. Sophie me esperaba con una expresión inquieta.

—Roberto estuvo aquí —soltó de sopetón.

—¿Qué te dijo? —inquirí exaltada.

—Nada, no lo vi.

—¿Entonces?

—Dejó esto por debajo de la puerta. Ya la leí.

Se trataba de un sobre con mi nombre. La abrí y comencé a leer.

*Kari.*

*Nunca le había escrito una carta a nadie, así que no me es fácil.*

*Cuando te vi aquella tarde en el estudio para pedirte disculpas por el mal entendido del ministerio, inmediatamente me enamoré de ti. Fue muy raro, porque jamás me había pasado, pero lo supe en ese mismo instante. Ya no pude quitarte de mi cabeza ni de mi corazón.*

*Me costó mucho conseguir que salieras conmigo, y es un gran orgullo que te hayas fijado en mí, pero cometí muchos errores y lo único que logré fue que dejaras de creerme y, de paso, de amarme.*

*Me arrepiento mucho de no haberte dicho la verdad, pero ahora es muy tarde, ya hiciste tu elección.*

*Quiero que sepas que te deseo lo mejor, junto a Pablo o a cualquier hombre que realmente te merezca, porque vales mucho. Por mi parte siempre voy a quererte, porque eres lo más maravilloso que tuve alguna vez.*

*Sé feliz, linda, porque si tú lo eres yo también lo seré.*

*Te ama*

*Roberto*

*Doblé la carta y la guarde en mi mochila.*

*Con un abrazo apretado me despedí de Sophie y emprendí mi rumbo a la casa de mis padres. Me iba de esa ciudad que a cada segundo me recordaba al hombre que amaba y que con esas pocas líneas en un trozo de papel causaba ese dolor tan intenso en mi alma.*

*Adiós gran ciudad. Adiós Rober.*

## CAPÍTULO 13

Al igual que la última vez, llegué a la casa de mis padres destrozada. Ellos se pusieron felices de verme, sin embargo, el semblante de mi padre cambió al preguntarme qué hacía allí, esa vez con un bolso tan grande y mi maleta.

—Necesito distraerme un poco —respondí, tratando de sonreír, sin éxito.

—¿Todavía estás mal porque terminaste con tu novio?

—Ha sido más difícil de lo que pensaba —suspiré.

—Tal vez lo querías más de lo que pensabas —sugirió.

—De eso estoy segura, papá.

—¿Y no hay ninguna manera de que vuelvan a estar juntos?

La pregunta de mi padre me dolió como una estocada en mi roto corazón.

Me fui a ordenar mi cuarto. Comencé por abrir las ventanas, para que entrase un poco de aire, y abrí mi viejo closet, donde aún estaban un par de prendas, pasadas de moda o que simplemente dejaron de ser de mi talla.

Saqué mis cosas y lo primero que encontré fue “Cien años de soledad”. Solamente lo llevaba porque era donde guardaba la foto en que aparecía con Rober, en el parque de diversiones. Sabía que no debía llevarla, sabía que debía romperla, pero no podía. La puse en mi mesita de noche junto a mi lámpara.

Me di una ducha y luego fui a cenar. Antes de las diez de la noche iba a dormirme, pero entonces me percaté que no llevaba pijama. Registré en mi habitación y en la cajonera encontré mi antiguo pijama de oso panda, que incluso tiene una capucha con orejas y un par de pantuflas de patas de oso que completan el juego. Nadie me vería, así que usaría mi tierno traje para dormir.

\*\*\*\*\*

Durante dos semanas completas estuve divagando. Mis días no eran muy interesantes, básicamente porque no tenía absolutamente nada que hacer, aparte de llorar y lamentarme de mi mala suerte en el amor.

Leía mucho los múltiples libros de la biblioteca de mi padre, quien es un ávido lector. Por la tarde, luego del almuerzo, veía algunas telenovelas con mi madre, pero esas inverosímiles tramas de mujeres ciegas o paráliticas —a veces ambas— a quienes les robaban sus bebés me deprimían más de lo que ya estaba. Entonces optaba por salir a caminar, con mis audífonos puestos escuchando canciones de amores imposibles. Es impresionante, pero una parte infaltable de cualquier ruptura sentimental es torturarse con canciones románticas y lacrimógenas.

Mi hermano Lorenzo apenas pudo hizo un espacio en su agenda universitaria y se fue a pasar unos días conmigo y nuestros padres, obviamente todos dispuestos a ayudarme a superar mi quiebre amoroso. Esa misma noche Lorenzo y yo nos bebimos unos tragos mientras veíamos una pésima película de terror, donde los efectos eran tan malos que lográbamos ver las cremalleras en los disfraces de los monstruos.

Al contrario de como hacíamos en nuestra infancia, esa vez fue Lorenzo quien me llevó a mi cuarto y me arropó.

—Estarás bien, Kari —dijo, desde el umbral.

—Eso espero, hermanito —murmuré—. Aunque no sé cuándo dejará de doler...

—Tómalo con calma —me aconsejó—. Me gusta tu pijama, pensé que ya no lo usabas— se burló.

—No lo hago, es que olvidé traer otro menos *kawaii* —expliqué.

—Buenas noches, hermanita.

Lorenzo apagó la luz y se fue a dormir. Yo hice lo mismo, con la fe de que las cosas mejorarían.

\*\*\*\*\*

Desperté a la mañana siguiente temprano, alertada por mi madre.

—Kari, te buscan —dijo mi mamá preocupada, sacudiéndome con suavidad.

—¿A mí? ¿Quién? —pregunté, aún algo dormida.

—Sólo ven, hija.

Me puse mis pantuflas de oso panda y me dirigí hasta la sala, con Rudolph siguiéndome. Casi me morí de sorpresa al ver a Sophie y Gon sentados en el sofá de la casa de mis padres.

—Chicos ¿Qué hacen aquí? —interrogué desconcertada.

—Hola Kari —saludaron a coro.

—¡Rudolph! —exclamó mi amiga, tomando al gato en sus brazos.

—¿Qué hacen aquí? —insistí.

—Sophie era la única que sabía el camino, conoce a tus padres e incluso al gato —explicó Gon—. Y yo los acompañé, aunque terminé de chofer porque el pobre tipo estaba muy nervioso...

—¿Qué tipo? ¿De qué hablan? —consulté sin entender.

—Kari —dijo Sophie, entregándole el felino a su novio y llevándome hasta la ventana—. Él necesitaba verte y hablar contigo, por eso lo trajimos.

Quedé impactada; ahí, en la acera, Roberto caminaba de un lado para el otro.

Sin pensar en mi pijama salí rápidamente a la calle. Él me miró asustado.

—¿Qué haces aquí? —inquirí violentamente.

—Tengo algo que decirte.

—Entonces dime...

—Perdóname —habló—. Perdóname por el daño que te he hecho. He sido un cobarde, pero ya no pienso volver a serlo.

—¿Eso es todo?

—No, claro que no. También quiero decirte que... —balbuceó—. Tu madre es muy amable, aunque al principio puso una cara muy rara al verme, dijo que jamás mencionaste que tu ex novio fuera mayor.

—¿De verdad viniste a hablarme de mi madre?

—No, no —negó—. Lo que te voy a decir no es fácil, y eso que no es la primera vez que lo hago, pero ahora me está costando mucho...

—Roberto ¿Qué te pasa? Estás muy raro.

—Karin Rodríguez —pronunció, arrodillándose frente a mí— ¿Te quieres casar conmigo?

Me quedé paralizada ¿Qué mierda era lo que estaba pasando?

\*\*\*\*\*

Dos semanas después de que me marché a la casa de mis padres, específicamente el martes en la mañana, Sophie decidió que no podía quedarse como espectadora ante una situación tan horrenda.

Se dirigió al ministerio de cultura, donde pidió hablar con el jefe de planificación. Sabía que él era demasiado caballero y no rechazaría su visita si se presentaba como Sophie Le Claire, mejor amiga de Karin Rodríguez. Valentina, la recepcionista, hizo la llamada pertinente y la hizo pasar.

Sophie entró en la oficina, cuya puerta estaba entreabierta. Vio a mi ex y sintió un nudo en la garganta; estaba demacrado, con barba de varios días, sin corbata, la camisa arrugada, el pelo desordenado y un vaso de whisky a medio beber sobre el escritorio. En pocas palabras, lo vio arruinado.

—Sophie —dijo Roberto, sin siquiera ponerse de pie— ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada —contestó decidida—. Al contrario, yo vengo a ayudarte.

—No entiendo a qué te refieres, y la verdad me duele un poco la cabeza...

—Eso es porque estás borracho —lo regañó.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tenemos que hablar... sobre Kari.

—Ella terminó conmigo —interrumpió Roberto, bebiéndose el contenido de su vaso y sirviéndose más—. Y está bien, prefirió quedarse con Pablo, es lo mejor. Espero que sean muy felices —agregó, mirando el suelo.

—¿En serio te creíste ese cuento?

Rober la miró confundido.

—¿Acaso no fue así?

—Kari terminó contigo porque tu amigo Eduardo se lo pidió.

—¿Qué?

Sophie se sentó frente a Rober y procedió a contarle lo sucedido aquel domingo en nuestro departamento, cuando Eduardo llegó a verme. Apenas terminó de narrar la historia Rober se puso de pie, afirmándose la cabeza y profiriendo insultos.

—Es que no lo puedo creer...

—¿De verdad no lo puedes creer? Tu amigo es un desgraciado.

—Eduardo es capaz de eso y mucho más. Maldito hijo de puta, cómo pudo ir a meterse con Kari —pronunció enojado.

—¿Por qué no se lo contaste? —cuestionó ella— ¿Por qué no le dijiste a Kari de lo complicado que resultaba tu divorcio?

—Porque sabía que pasaría esto —suspiró—. Sabía que nunca aceptaría que dejara mi carrera por ella. Habría preferido que siguiera casado, y las dudas no la dejarían en paz.

—Pudo haberte entendido...

—No se merecía una relación a medias, llena de líos y con Josefina atenta para molestarla. No quería meterla en mis problemas, pero tampoco sabía cómo solucionarlos. Quise conformarme creyendo que con Pablo estaría bien, que él la haría feliz, pero ahora sé que entre ellos no hay nada y que se marchó por no perjudicarme.

Roberto se sentó en el sofá, triste. Había perdido a la mujer que amaba y no porque ella no lo quisiera, sino que por la presión de Eduardo, su supuesto mejor amigo. Se sintió tan manipulado e

imbécil, tan cobarde. Había cometido error tras error; confiar en las personas equivocadas y mentirle a la persona correcta.

—Ahora la decisión está en tus manos —sentenció Sophie—. Ahora estás en completo conocimiento de la situación, si quieres actuar debe ser rápido.

—¿Qué es lo que quieres decir? —interrogó sin comprender.

—Tú decides: si quieres recuperar a Kari te espero esta tarde en mi departamento. Si no apareces deduciré que no te interesa y no volverás a saber de ella ni de mí, sin represalias, no te preocupes —le sonrió—. Pero creí que tenías derecho a saber la verdad.

—Gracias Sophie, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No hay de qué.

La chica caminó hasta la salida, pero antes de marcharse se volteó.

—¿Sabes algo? Si yo fuera tú me pondría de pie, iría a casa a afeitarme esa barba horrible que traes, me daría una ducha para espantar la resaca y me pondría ropa limpia. También me arreglaría el pelo y dejaría de beber tan temprano, antes de que te vuelvas alcohólico por no enfrentar que estás enamorado —sermoneó.

Sophie se fue dejando a Rober perplejo ante sus palabras.

Se quedó pensando durante un par de horas, encerrado en su despacho, recostado en el sillón.

Hasta que decidió actuar.

Rober abandonó el ministerio. Llegó a su casa y lo primero que hizo fue ponerse short y camiseta deportiva, se colocó los audífonos y salió a correr, para poner en orden sus ideas. Regresó una hora más tarde y, tal como le dijera Sophie, se metió al baño, cogió una rasuradora y se quitó la “horrible barba”. Se dio una larga ducha y luego se vistió bien, con un jeans oscuro y un sweater azul marino.

A eso de las siete y media golpeó la puerta de nuestro departamento. Quedó desconcertado al ver al chico con un aro en la oreja izquierda y look punk que lo recibió.

—Hola —saludó Gon—. Pasa, Sophie está adentro.

—¿Tú no eres el jefe de Kari?

—Sí, pero también soy el novio de Sophie —sonrió.

El muchacho lo hizo pasar y lo invitó a sentarse, mientras la chica les servía café.

—Sabía que vendrías —habló Sophie.

—¿Tú crees que puedo recuperar a Kari?

—No puedo asegurártelo. Sólo puedo ayudarte a intentarlo.

Después de un rato de charla acordaron que lo que debían hacer era viajar hasta la casita en el pueblo, donde vivían sus padres.

—Saldremos mañana temprano —determinó la muchacha.

—No, no puede ser mañana, tengo que llevar mi renuncia al partido y al ministerio, además de reunirme con mi abogado y Josefina para los trámites del divorcio —explicó Roberto.

—¿Entonces?

—El jueves —decidió mi ex.

El miércoles temprano mi pelmazo fue a la notaría, y a las once de la mañana entró en el ministerio. Sus compañeros lo observaron sorprendidos porque no llevaba puesto traje, sino que unos jeans y chaqueta de cuero.

Sin pedir permiso caminó por el pasillo hasta la oficina de su jefe. Abrió la puerta y Eduardo lo observó fijamente, como adivinando lo que ocurriría.

—¿Qué es lo que pasa?

Se acercó sin contestar y fue como si el mismísimo Hulk lo poseyera: lo pescó del cuello de la camisa y lo lanzó al piso. Se instaló sobre él y procedió a golpearlo ferozmente, haciendo que le sangrara la nariz y la boca.

Dos hombres de seguridad entraron alertados por los gritos y sujetaron a Roberto, empujándolo y reduciéndolo en el suelo, propinándole patadas y puñetazos.

—¡Salgan! —les ordenó el secretario, limpiándose con unos pañuelos—. Desde ahora yo me encargo.

Se quedaron solos, mirándose con odio. Rober se puso de pie.

Entonces Eduardo se echó a reír.

—Eres un pobre imbécil —se burló.

—Y tú un desgraciado ¿Cómo fuiste capaz de meter a Kari en esto?

—Hice lo que debía —se justificó—. Es lo mejor para ti.

—Lo que hiciste fue manipular a Kari para tu conveniencia, para seguir teniéndome como tu marioneta eternamente —reprochó.

—Hice lo que tenía que hacer —reconoció—. No quiero que pierdas tu posición y tu dinero por una calentura, Rober. Si tantas ganas tenías de cogerte a otra mujer perfectamente podrías haberlo hecho con Valentina, que para eso le tuve que dar un cheque ¿O creíste que su amabilidad era gratuita? No es tan fácil encontrar una mujer que se quiera acostar contigo.

—Tal vez tienes razón, tal vez no es fácil que una mujer se quiera acostar conmigo, pero al menos Kari lo hacía por amor, no por miedo o por dinero, como hacen las chicas que cogen contigo.

—¿Eso crees? —sonrió sarcástico.

—¡Maldito hijo de puta!

Mi pelmazo volvió a abalanzarse sobre su jefe, para plantarle un golpe de lleno en la cara, pero su oponente lo sorprendió dándole un puñetazo en el estómago, con el que lo dejó de rodillas en el piso.

—Deberías agradecer la paciencia que he tenido, podría despedirte y dejarte en la calle ahora mismo —jadeó, producto de la pelea.

—No es necesario —contestó Rober poniéndose de pie y sacando un sobre de su chaqueta. Lo dejó sobre el escritorio.

—¿Qué mierda es esto?

—Mi renuncia. Me largo de aquí, cabrón.

Mi ex novio caminó hasta la puerta, con una enorme satisfacción.

—No, no puedes hacerme esto ¿Qué pasará con el partido? —le gritó.

—Antes de venir aquí llevé mi renuncia al partido —sonrió—. Ya no soy militante, ni trabajo para ti. Puedo hacer lo que quiera.

—¿Tanto extrañas follarte a esa puta?

—No te atrevas a hablar así de Kari. Es la mujer que amo y haré por ella lo que sea necesario.

—Vas a arrepentirte de esto —advirtió.

—No lo creo.

Eduardo se quedó sumido en la ira ¿En qué momento su amigo había cambiado tanto? ¿Cuándo dejó de estar en su sombra y había comenzado a tomar sus propias decisiones? Golpeó la mesa con sus puños.

—Ah, Edu, se me olvidaba —se volteó Rober.

El secretario del ministro miró a su ex empleado quien, con una simpática sonrisa, le enseñó el

dedo medio de la mano derecha, para salir orgulloso del despacho.

Cruzó el patio trasero en dirección al estacionamiento. Quería marcharse cuanto antes de ese espantoso lugar. Escuchó unos tacones acercándose en su dirección con prisa, pero al voltearse a mirar descubrió que se trataba de Valentina y la rabia volvió a invadirlo.

—Señor Brown, por favor, necesito hablar con usted —le pidió.

—No, Valentina, no es necesario —gruñó.

—Por favor —suplicó, sujetándolo de la manga.

Trató de mantener la calma. Se sentía utilizado, humillado, pisoteado incluso por aquella chica frente a él, que nada tenía que ver en el asunto.

Asintió con la cabeza en señal de que la escucharía, a pesar de no estar de muy buen humor.

—Acabamos de enterarnos de su pelea con el señor Eduardo. Sé todo lo que él le dijo y...

—No tienes que explicar nada, él te ofreció dinero y lo aceptaste.

—No fue por el dinero —negó.

—¿Ah no? — cuestionó con ironía— ¿Y entonces por qué? ¿Vas a decirme que estás enamorada de mí? —inquirió enojado.

—Pues... sí.

Se quedó de una sola pieza, congelado. Yo le había dicho varias veces que era evidente que le gustaba a la recepcionista, pero jamás me tomó muy en serio. Después del beso prefirió pensar que se había tratado de una confusión y tras las palabras de Eduardo se terminó de convencer que fue por mera conveniencia económica. Ahora aparecía ella declarándole su amor.

—¿Es broma?

—No, es la verdad —confirmó con timidez.

—Putá mierda... —suspiró.

—Lo siento mucho, pero es cierto. Desde que lo conocí, apenas llegué a trabajar aquí, usted me pareció tan amable, tan guapo que...

—No sigas, por favor —la interrumpió avergonzado.

Se miraron en un silencio incómodo que les pareció eterno. Es que ¿Hay algo peor que confesar sentimientos que no son correspondidos? Pobre chica, reconozco que al enterarme de aquello sentí pena por ella. Definitivamente no me habría gustado estar en sus zapatos.

—Por favor perdóneme, jamás debí aceptar la propuesta del señor Becker —pronunció sonrojada.

—Ya no importa.

—Supimos que su novia lo dejó —agregó acongojada—. De verdad lo lamento, ella vio lo que pasó, terminó con usted y...

—No es tu culpa —intervino—. El único culpable de que Kari me dejara soy yo, pero voy a tratar de solucionarlo.

—Está realmente enamorado de ella. Era obvio que no tenía oportunidad, pero aun así quise intentarlo —relató—. Lamento haberlo besado.

—¿Fue tan malo besarme? —preguntó Rober preocupado.

—Claro que no —sonrió ella—. Fue maravilloso... Ojalá me hubiese correspondido, eso habría sido muchísimo más bonito.

—Tienes veinte años menos que yo, disfruta tu vida. Y si me permites que te dé un consejo, busca otro empleo. Aléjate de Eduardo en cuanto puedas.

Sacando una personalidad que no tenía, se acercó a la joven y le dio un beso en la mejilla, logrando dejarla perpleja.

—Adiós Valentina.

Reanudó su camino rumbo al estacionamiento. Sin proponérselo una sonrisa se instaló en su rostro. No supo a qué se debía exactamente, porque tenía un montón de sentimientos encontrados; por un lado terminaba un ciclo laboral, ya que había trabajado al lado de Eduardo cerca de quince años. También se sentía confundido y un poco halagado, no era normal para él que una chica tan joven y bonita le confesara amor. Ya lo saben, todos de vez en cuando necesitamos alimentar un poco el ego.

Pero claro, lo más importante es que se había quitado un enorme peso de encima.

Era libre de la esclavitud de Eduardo Becker.

\*\*\*\*\*

A las cinco de la tarde Roberto llegó a reunirse con Sophie y Gon en una cafetería en el centro de la ciudad. Se sentó junto a ellos y pidió un expreso. Se arremangó el sweater con delicadeza, pero la chica se tapó la boca de la impresión al verlo con un feo moretón en el antebrazo.

—¿Qué te pasó? —interrogó la castaña.

—Nada, sólo algunos daños colaterales —contestó sin darle importancia.

—¿Hablaste con tu esposa? —inquirió Gon.

—Sí. Aunque ahora que dejé el trabajo en el ministerio perdió el interés en seguir siendo mi esposa.

—¿Va a darte el divorcio? —consultó Sophie ilusionada.

—Aún tenemos que revisar el tema de la compensación económica, porque me pidió más dinero de lo que le ofrecí, pero lo hará.

—¿Cuánto va a costarte el divorcio? —quiso saber el chico.

—Al menos el triple de lo que tenía previsto.

Continuaron hablando, acordando los detalles de su viaje del día siguiente, hasta que Roberto dejó ver cuáles eran sus verdaderas intenciones.

—Sophie, necesito pedirte otro favor —murmuró—. Quisiera que me acompañes a un lugar.

—¿A dónde?

—A la joyería. Quiero comprarle un anillo de compromiso a Kari para pedirle que se case conmigo.

Sophie dio un grito que hizo saltar a Roberto y Gonzalo. Ambos se miraron, inquietos por la reacción de mi amiga. Las personas del local se voltearon a verla, confundidos.

—Por favor cálmate —susurró Rober, avergonzado al ser el centro de atención.

—Es que es precioso lo que haces por Kari: dejaste tu empleo, te vas a divorciar y le darás un montón de dinero a tu ex, viajarás a buscarla y además le pedirás matrimonio —analizó.

—Es lo mínimo que se merece...

—¡Eres tan dulce! Ahora veo porqué te quiere tanto.

Rober se sonrojó, pero Gon pensó las cosas un poco más profundamente.

—¿Y si Kari dice que no quiere casarse contigo?

Sophie le dio una mirada asesina a su novio, quien continuó hablando.

—No quiero ser pesimista, pero es una posibilidad —agregó.

—No tengo un plan B —respondió mi pelmazo—. Es todo o nada.

—Tranquilo, te dirá que sí ¡Ella te adora! —lo animó mi compañera.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Rober llegó en busca de sus nuevos amigos. Sophie

lo observó preocupada al ver el mal semblante que lucía en su rostro.

—Pero qué mala cara traes —comentó Gon, mientras era atacado con un codazo de su pareja.

—Estás exagerando, mi amor —dijo ella, intentando bajarle el perfil.

—No, Gon tiene razón —aceptó Rober—. No he dormido en toda la noche, no he dejado de pensar en que quizás Kari diga que no quiere estar conmigo...

—Entonces mejor nos vamos y lo averiguamos —sonrió mi jefe.

Emprendieron rumbo. El viaje era de una hora y media y los novios, decididos a subirle el ánimo a mi desdichado ex, pusieron los mejores éxitos de los *Backstreet boys* al mayor volumen posible, para cantar y espantar el sueño y los temores.

A medio camino Roberto, quién parecía mudo, detuvo el auto repentinamente en la orilla de la carretera. Se bajó dando un portazo y dio un par de pasos, para apoyarse en el capó del vehículo. Sus acompañantes se bajaron y fueron junto a él.

—¿Estás bien? —le consultó Sophie.

—No puedo, no puedo... —repetía—. Kari no va a perdonarme.

—Cálmate, amigo —lo animó Gon.

—Es que no sé qué voy a hacer... si ella ya no me quiere —sollozó.

Roberto estalló en llanto. Sophie lo abrazó.

—Tranquilo, Rober, todo irá bien —pronunció la chica.

—Sé que tú no estabas de acuerdo en que ella saliera conmigo últimamente —sentenció—.

Pero tienes que saber que de verdad me enamoré de Kari, no lo planeé, sólo sucedió...

—Lo sé, esas cosas no se planifican. También sé que esto te ha traído muchos problemas. No eres un mal hombre y no estarías dispuesto a perderlo todo si no estuvieras realmente enamorado.

—Gracias por ayudarme, Sophie.

—No es nada, sólo quiero que Kari sea feliz —le sonrió.

Mi pelmazo también sonrió. El sol comenzaba a salir y con él también asomaban nuevas esperanzas. Se sentía nervioso y asustado, así que respiró profundamente para intentar recuperar la compostura.

—Creo que es mejor que yo conduzca —se ofreció Gon.

—Sí, por favor.

—Oye Rober —musitó Sophie—. Quería pedirte disculpas, por aquella vez en que fuiste a buscar a Kari y te di una bofetada.

—¿Le diste una bofetada? —interrogó Gon asombrado.

—Sí, y no te preocupes —contestó Rober—. Me lo merecía.

—Pues sí, te lo merecías.

Una hora más tarde llegaron a la casa de mis padres. Eran cerca de las nueve de la mañana y mi mamá sacaba la basura cuando vio estacionarse un coche de gama alta junto a su portón. La ventanilla de copiloto del vehículo se abrió.

—¡Hola señora Úrsula! —saludó la chica a los gritos.

—¡Sophie!

La castaña y mi progenitora se abrazaron efusivamente. En muchas ocasiones mi amiga me había acompañado allí, y en otras tantas mi madre se había quedado con nosotras en la ciudad, por lo que habían entablado una muy buena relación.

—Este es Gon, mi novio —lo presentó la muchacha.

—Un gusto —sonrió el chico atentamente.

—Y éste es Roberto —agregó— Él es...

—El ex novio de mi hija ¿Verdad?

Roberto se quedó paralizado ante las palabras de su ex suegra, quien parecía analizarlo en cada segundo.

—Sí —balbuceó—. Un gusto conocerla, señora Úrsula, Kari habla mucho de usted.

—¿En serio? Porque de ti no me ha contado casi nada —respondió—. Para empezar, no dijo que fueras mayor.

Fue un golpe directo en el corazón para mi pelmazo. Sí, siempre supo que teníamos años de diferencia y que eran bastante evidentes, pero no se esperaba que mi mamá se lo lanzara en la cara tan deprisa.

Sophie y Gon se miraron espantados, pensando que quizás aquello estaba siendo un error.

—¿Quieres a Kari? —interrogó mi madre con mirada inquisitiva.

—Sí —contestó Rober, muerto de vergüenza pero decidido—. Estoy enamorado de su hija.

Mi mamá miró fijo a su ex yerno durante un momento que se les hizo eterno, hasta que finalmente les sonrió.

—Vengan, entren para servirles un café, de seguro no han desayunado —les ofreció amablemente.

—Genial, muero de hambre —celebró Gon.

—Preferiría hablar con Kari primero —dijo Roberto.

Úrsula me llevó en su vientre durante nueve meses, me conoce infinitamente y sabe cuánto me encanta dormir. Sin embargo, vio en los ojos de ese hombre frente a ella la necesidad de hablar conmigo, las ganas de verme y sentirme cerca de él. Definitivamente le conmovió.

—Kari está dormida, pero iré a buscarla —anunció—. Seguramente le gustará verte.

Sophie y Gon ingresaron en la casa junto con mi madre, y Rober se quedó afuera, angustiado ante lo que podía ser un nuevo comienzo, o el definitivo final.

\*\*\*\*\*

No sé qué cara puse, pero pagaría por haberme visto. Miré la cajita con un hermoso anillo de oro y coronado por un pequeño diamante que tenía en sus manos.

—Sé que esto es repentino —continuó—. Pero si vine hasta aquí es porque quiero hacer las cosas bien; si me aceptas le pediré tu mano a tu padre, como corresponde...

—Sabes que no estamos en el siglo XV ¿Verdad?

—Sí, pero esta vez lo haré correctamente, esta vez quiero que funcione, sé que tú y yo podemos ser felices juntos.

—¿Cuántas veces le has dicho esto mismo a una mujer?

—Un par, pero ahora es diferente, estoy seguro de eso.

—Rober, tú ya estás casado —suspiré triste.

—No por mucho tiempo más —contestó, poniéndose de pie—. Josefina y yo estamos tramitando el divorcio.

Me quedé perpleja ante sus palabras ¿Divorcio? ¿Cómo era eso posible?

—Pero ella no quería divorciarte de ti, me lo dijo —balbuceé confundida.

—Cambió de opinión al enterarse de que renuncié al partido y al trabajo en el ministerio, y que si quería seguir siendo mi esposa tendría que conformarse con vivir con el sueldo de un profesor —me explicó.

—¿De verdad renunciaste? —cuestioné, sin poder creerlo.

—Sí. Sophie me contó lo que sucedió, que fue Eduardo quien te pidió que me dejaras. Y no podía quedarme de brazos cruzados, no podía quedarme sin hacer nada sabiendo que aún me querías y que me dejaste para protegerme, para que ese hijo de puta no me metiera en problemas. Tenía que venir e intentarlo por última vez, porque ese trabajo no me importa, ese partido de mierda no me importa, lo único que me importa eres tú —confesó—. Te amo, Kari, y quería demostrarte que por ti soy capaz de absolutamente todo.

Mis ojos se aguaron. No podía creerlo, él estaba dispuesto a lo que fuera por estar a mi lado. Que ese hombre se cruzara en mi camino era lo más bonito que me hubiese pasado en la vida.

De un impulso me lancé a su cuello y lo abracé con fuerza.

—Rober ¿Por qué tienes que ser tan lindo? —lloré.

—No me digas eso... —contestó avergonzado.

—Prométeme que no me vas a dejar nunca —le pedí.

—Jamás —respondió—. Quiero estar el resto de mi vida contigo.

Nos miramos a los ojos y comenzamos a acercarnos; por fin íbamos a besarnos de nuevo, pero la puerta principal de la casa se abrió y Lorenzo salió rápidamente, me hizo a un lado y le plantó un puñetazo en la cara a Roberto.

Sophie, Gon, mis padres y hasta Rudolph salieron a la calle, al ver lo que estaba pasando.

—Lorenzo ¿Qué hiciste? —le grité a mi hermano menor, a la vez que ayudaba a Rober a permanecer de pie.

—Este imbécil es el que te engañó ¿Verdad? ¡Y ustedes mirando sin hacer nada! —increpó a los espectadores.

—¡Rober acaba de pedirme que me case con él! —vociferé—. Dejó a su esposa y su trabajo por mí, y tú vienes y lo golpeas...

—Oh, vaya... lo siento —se disculpó Lorenzo cohibido, dándole la mano a Rober—. Un gusto conocerte, cuñado.

—El gusto es mío —contestó Roberto, sobándose la mejilla.

—Qué alegría, hija, entonces tenemos que celebrar que vas a casarte —dijo mi mamá.

—En realidad Kari aún no me ha contestado nada —interrumpió Rober.

—Quizás deberías preguntárselo de nuevo —mencionó Gon, a quien miré un poco molesta—. Por favor, vinimos hasta aquí, lo mínimo es que presenciemos el momento de la verdad.

—Tienes razón —pronunció Rober, arrodillándose nuevamente, aunque era obvio que se sentía avergonzado—. Kari ¿Quieres casarte conmigo?

Esa vez no lo pensé e inmediatamente asentí. Él se puso de pie y me acurruqué en su regazo.

—Sí, Rober, sí quiero casarme contigo —sollocé feliz.

—Te amo, linda.

—Y yo a ti, guapo.

Nos besamos ante las miradas felices y atónitas de mi familia.

—Eso sí, tengo un par de condiciones —advertí a mi novio.

—¿Cuáles? —inquirió mi madre.

—Las discutiremos luego, en privado —hablé.

—Claro, las que quieras —contestó Rober, colocando el anillo en mi dedo.

Esa noche hicimos una parrillada en casa, para celebrar mi compromiso. Por la tarde llegaron Leonardo y su familia, alertados por mi emocionada madre, que se sentía feliz de saber que me casaría, puesto que en cierta forma había perdido la esperanza con su única hija.

La pequeña Amanda de inmediato se convirtió en la consentida de su nuevo tío Roberto, a

quien resultó que le encantaban los niños. Es más, al verlo tan contento con mi sobrina en sus brazos, pensé que quizás nosotros también podríamos tener un bebé, pero definitivamente era muy pronto para eso.

Sophie y Gon se quedaron a festejar y regresaron con nosotros al día siguiente a la ciudad. Apenas llegamos hice mi bolso y junto a mi novio nos fuimos a la cabaña a la orilla del lago, donde nos quedamos el fin de semana para ponernos al corriente —ya se pueden imaginar de qué hablo— y, por supuesto, discutir los nuevos términos y condiciones de nuestra relación.

Roberto y yo llegamos a muchos acuerdos y consensos en esas noches, tomamos muchas decisiones sobre nuestro amor, el que nos prometimos cuidar para siempre.

Pero esa ya es otra historia.

## EPÍLOGO

Tras seis meses de discusiones, tiras y aflojas y muchos dolores de cabeza, Roberto finalmente logró concretar su divorcio.

Fue una tarde como cualquier otra. Ya había regresado del trabajo y veía televisión, pero el sonido de la puerta me interrumpió. Al abrir Rober puso en mi mano un juego de llaves: las de su departamento.

—Se acabó el tiempo —habló seriamente—. Nos vamos.

Ese había sido uno de nuestros tantos acuerdos al comprometernos; apenas él estuviera legalmente separado nos iríamos a vivir juntos, para comprobar si una convivencia en común era factible o si acabaríamos por estrangularnos el uno al otro.

Me lancé a su cuello y lo besé feliz. Habían sucedido tantas cosas para llegar a ese momento que me parecía surreal.

—Entonces otra vez eres un hombre soltero... —dije coqueta.

—En realidad no, el estado correcto es divorciado —explicó.

—Para mí es más que suficiente.

De inmediato corrí a mi cuarto, cogí mi maleta y mi bolso y los llené con mis pertenencias más imprescindibles, entre ellas mi copia de “Cien años de soledad”, esa que Roberto me regaló al cumplir el primer mes como pareja. Tal como les he dicho ya a todos en mi familia, quiero que ese libro se vaya conmigo a la tumba.

Sophie lamentó bastante que me fuera de casa. O al menos eso fue lo que dijo, porque lo superó en cuanto Gon se instaló en el que fuera nuestro departamento de solteras, cuando aún no se cumplía ni una semana desde mi partida. Por supuesto la relación con mi amiga no cambió nada; continuamos viéndonos muy a menudo y charlando por teléfono a diario.

Debo confesar que el comienzo fue un poco complicado; jamás había vivido con un novio, no tenía mucho sentido de mantener un hogar (de eso se encargaba en su mayoría Sophie) y casi no sabía cocinar. Lo primero fue lo más sencillo, porque Rober es un hombre cariñoso y me sentía feliz de tenerlo al lado, de compartir las mañanas y las noches y, en general, la vida. En cuanto a los temas domésticos, tenía la ventaja de que mi pareja era un tipo muy autosuficiente —producto de la soledad—, y pronto me hice cargo de algunas tareas y equilibramos la balanza. Equidad, esa era la premisa.

Lo de la cocina fue, definitivamente, lo más terrible. Vi muchísimos tutoriales en You Tube, leí recetas en internet e incluso compré un par de libros, pero aun así parecía imposible que algún plato me quedara como el de la foto. Y resultaba frustrante, porque yo quería deleitar a mi prometido y lo único que conseguía era verlo fingiendo que la comida estaba deliciosa mientras ambos sabíamos que era basura, así que ante mi incapacidad culinaria fue Rober quien tomó las riendas en la cocina durante el primer tiempo (un largo, larguísimo tiempo).

Pero no todo era pura felicidad. Era inevitable notar que mi pelmazo se sentía un poco solo, al dar por finalizada su amistad con Eduardo. Es cierto que habían terminado prácticamente odiándose, con golpes, insultos y traiciones de por medio, pero eso no borraba el hecho de que

habían compartido los últimos veinte años de sus vidas; se habían querido como hermanos, llorado la muerte de la madre de mi novio como si fuera la de ambos y trabajado codo a codo para conseguir éxito, lo que paradójicamente terminó por alejarlos.

Únicamente le quedaba Richard, pero su excéntrico amigo viajaba mucho por sus negocios y su tiempo libre lo invertía en fiestas con muchachas de dudosa reputación. Entonces una tarde que fuimos a tomar el té a mi antiguo hogar sucedió lo impensado: Gon se levantó de la mesa, se retiró al cuarto y regresó a los pocos minutos con su ropa de fútbol. Se quedó un instante pensativo mirando a mi acompañante.

—Oye, Rober, nos falta un jugador para el partido ¿Quieres ir conmigo? —lo invitó.

Rober no estaba muy convencido, porque no es precisamente un hombre de fútbol, y puso tantas excusas como pudo: que no tenía el equipamiento adecuado, que no quería dejarme sola y que al día siguiente debía levantarse temprano.

—Tengo otro traje de fútbol y un par de zapatillas, creo que somos casi la misma talla —respondió Gonzalo.

—Y yo te esperaré aquí, con Sophie —lo alenté.

—Aún es temprano. El partido termina a las nueve y a las diez ya estarás durmiendo en tu cama —sonrió mi jefe.

Terminó por aceptar, a pesar de que la idea no le entusiasmaba en lo absoluto. Y continuó yendo una vez por semana y, sin imaginárselo, con el paso de los meses terminó causándole gracia eso de correr tras una pelota y volver a casa cubierto de sudor. Reemplazó el golf por el fútbol y Gon se convirtió en un gran amigo, con quien podía hablar de cualquier tema. A pesar de lo diferentes que son descubrieron que tenían algunos gustos en común, como las novelas de Sir Arthur Conan Doyle, el rock de los ochenta y varios ideales políticos.

Entonces, mientras ellos van a la cancha, Sophie y yo nos sentamos en el sofá a ponernos al día y bebernos una copa de vino.

\*\*\*\*\*

Rober no tenía empleo, ya que tuvo que renunciar para estar conmigo. Y a pesar de su costoso divorcio, aún le quedaban unos pocos ahorros y la esperanza de que sus acciones junto a Richard en el viñedo pronto le devolverían su solvencia económica. Aquello lo hizo despreocuparse de su situación de cesante, sin embargo, estaba acostumbrado a trabajar y tanto tiempo libre lo aburría. A mí, por mi parte, me resultaba aberrante ver como un hombre tan talentoso e inteligente se desperdiciaba frente al televisor, así que decidí intervenir.

Sophie hizo las gestiones pertinentes y consiguió que en la escuela donde ella trabajaba recibieran a Rober para una entrevista. Es cierto que llevaba cerca de quince años sin ejercer la pedagogía, pero en su currículum lucía un historial de buenos cargos en municipios y ministerios, diplomados, hablaba dos idiomas extranjeros con fluidez y era evidentemente muy listo, lo que a la directora del colegio, una mujer de cerca de sesenta años, le pareció una maravilla. Bueno, eso o mi teoría de que lo encontró guapo. En fin, el asunto es que le dieron una oportunidad, a prueba por el resto del semestre, haciendo clases de historia de reforzamiento a niños cuyas notas iban de deficientes a moribundas, con el compromiso de que debía hacer un curso de especialización y, según su desempeño, lo evaluarían al final del año académico.

En esa época me mudé con Rober. Y retomar su verdadera pasión fue un cambio radical, fue como si una luz se encendiera en su interior y cada día salía de casa radiante. Sus alumnos pronto

le tomaron cariño y para el momento de la evaluación los chicos habían mejorado sus calificaciones y su comportamiento. Sin rodeos la directora le pidió que se quedara en el plantel fijo de maestros del colegio.

Laboralmente jamás creí ver a Roberto tan contento, y eso me hizo feliz también a mí. Nuestro futuro se iba formando de a poco y todas las piezas parecían encajar a la perfección.

\*\*\*\*\*

Era una tarde como cualquier otra. Estaba en la cafetería, esperando a que Rober saliera del trabajo en el colegio para irnos a casa. Bebía mi latte distraída, hasta que alguien se acercó a mi mesa y se sentó frente a mí.

—Hola Kari.

Se trataba de Pablo.

Por un instante me quedé estupefacta; en los últimos dos años no nos habíamos visto, porque cada vez que me juntaba con nuestros amigos en común él inventaba una excusa para no asistir. Todos sabíamos la verdadera razón de su ausencia, pero nadie se atrevía a mencionarlo, o al menos no en mi presencia.

—Pablo... —balbuceé desconcertada— ¿Qué haces aquí?

—Sophie me dijo dónde podía encontrarte.

—¿Por qué me buscas?

—Porque nos debemos una conversación.

Hubo silencio, un largo e incómodo silencio. Es que ya no éramos los mismos de antes y el daño ya estaba hecho.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Estoy bien —respondí aún confundida— ¿Cómo estás tú?

—Genial —contestó—. No tienes por qué tener esa cara de miedo, te prometo que esta charla no será como la última que tuvimos —trató de bromear, para alivianar la tensión.

—Eso espero —sonreí.

Pablo soltó una risa nerviosa y yo correspondí de la misma manera. Definitivamente no estaba preparada para esa plática y, al parecer, él tampoco. Nos habíamos cuidado lo suficiente para no encontrarnos, era una completa contradicción que de pronto se cruzara con tanta deliberación por mi camino.

—Quiero pedirte disculpas —pronunció de sopetón, sacándome de mis pensamientos—. Es cierto que tuvimos problemas y que las cosas no resultaron como yo quería, pero no debí tratarte tan mal. Lo lamento mucho.

—Te fallé —murmuré.

—Sí, pero por nuestra amistad no debí insultarte así...

—Nunca quise hacerte daño. Perdóname.

—Ya está olvidado.

Fue inevitable que un par de lágrimas se escaparan de mis ojos. Estábamos hurgando en una herida que seguía siendo muy dolorosa.

Me vio triste, así que no dudó en sujetar mis manos entre las suyas. Y por supuesto se percató de mi anillo de compromiso.

—¿Cuándo es la boda? —consultó.

—En tres semanas —dije, secándome los lagrimones— ¿Irás?

—No lo creo —suspiró—. A ti te tengo cariño, muchísimo, pero no me pidas que vea a ese cabrón.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—¿Eres feliz con él?

La respuesta era fácil y contundente... pero no era sencillo pronunciarla frente a Pablo. Lo había engañado, mentido, hecho sufrir ¿Cómo decirle que gracias a su dolor estaba con el hombre que amaba?

Me armé de valor.

—Soy muy feliz —confesé decidida—. De verdad lo amo.

Con un movimiento de cabeza asintió.

—Ojalá las cosas hubieran sido diferentes... —agregué.

—¿Para qué? De cualquier forma lo habrías elegido a él.

Volví a sonreír. Eso era absolutamente cierto.

—Ya me voy —dijo, poniéndose de pie—. Les deseo lo mejor.

—Gracias —susurré.

Me puse de pie y tras una sonrisa llena de ternura nos abrazamos. Ya no había rencor ni sufrimiento, lo único que nos quedaba era el recuerdo de una bonita amistad. Los malos momentos era mejor quitárnoslos de la memoria.

Era hora de seguir adelante.

\*\*\*\*\*

Finalmente llegó el gran día.

Primero fue el turno del registro civil, donde firmamos el contrato que nos unía por el resto de nuestras vidas. El festejo fue de lo más sencillo y apenas acudieron mi familia cercana y los amigos más íntimos. Teníamos reservación en un bonito restaurante para almorzar y Rober y yo, tan embobados ante los nuevos grados de marido y mujer, fuimos incapaces de ver lo que se estaba gestando y que ya estallaría frente a nosotros esa misma noche.

A las veintiuna horas en punto entré a la iglesia del brazo de mi padre. Llevaba puesto un precioso vestido blanco con el cual caminé nerviosa hasta el altar, a la vez que mi pequeña sobrina Amanda arrojaba pétalos de flores. Los invitados, que eran muchísimos más que los del matrimonio civil, se pusieron de pie para recibirme y dedicarme una sonrisa; en primera fila mi madre y mis hermanos me miraban orgullosos, y tras ellos Sophie del brazo de Gon y Olivia y Richard eran testigos de cómo se concretaba aquello en lo que tanta participación tuvieron.

Rober estaba esperándome con un elegante traje de frac. Me impacté al verlo tan distinguido y, sobre todo, tan guapo. Sé que no se deben tener pensamientos impuros en una iglesia, pero nadie sabía que en mi mente la imagen de mi marido quitándose la camisa me volvía loca.

La ceremonia se me pasó volando, de la mano del hombre con quien deseaba compartir el resto de mi existencia. Hasta que el sacerdote pronunció sus palabras finales.

—Los declaro marido y mujer.

La iglesia estalló en aplausos, a la vez que mi esposo me besaba en los labios, para luego acercarse a mi oído y susurrarme muy bajito lo que sentía en ese momento.

—Gracias linda, por hacerme tan feliz.

Lo que vino luego fue una fiesta maravillosa. La música sonaba fuerte y los garzones paseaban entre los invitados repartiendo tragos a diestra y siniestra. En uno de esos pocos instantes de

soledad —porque todos quieren estar con los novios—, Rober me cogió de la mano y me sacó del salón y me llevó al estacionamiento, sitio en el que el ruido de las canciones de moda era casi imperceptible y estábamos los dos solos. O eso creímos. La oscuridad de la noche era infinita y las estrellas se veían muy brillantes, como aquella vez que las miramos juntos tras hacer el amor escondidos en un balcón del Castillo Azul.

- El cielo está precioso —comenté abrazándolo.
- No tanto como mi esposa —sonrió.
- Suenan raro eso de esposa ¿No crees?
- Para mí suena perfecto.

\*\*\*\*\*

Ya han pasado casi seis años desde la boda.

Salí a las cinco de la agencia, en la que ya llevo bastante tiempo y donde me convertí en la directora de arte oficial. Tranquila fui al estacionamiento y me subí a mi auto, pero ver el asiento trasero adornado por dos sillas de niño vacías se me hizo rarísimo. Debe ser por la costumbre; de lunes a jueves los recojo yo, pero los viernes Roberto sale temprano del trabajo en el colegio y pasa a recoger a los mellizos al kínder Garden. Sí, tenemos un par de mellizos que son pura ternura y que llegaron a nuestra vida poco después de casarnos. A ellos les encantan los viernes, porque es el único día que su papá puede ir a buscarlos y además lo hace en su enorme camioneta familiar, esa por la que cambió el Audi grafito y que tiene tantos airbags que ni siquiera sé en qué parte están. También tiene sus propias sillas para niños, por cualquier emergencia. Mi marido es tan exagerado con la seguridad de nuestros hijos que no transó cuando le dije que podíamos cambiar las sillas de auto como hace toda la gente. Para él eso no era suficiente.

Aparqué el coche en el cobertizo. Ya no vivimos en departamento, sino en una bonita casa con suficiente espacio para la familia.

Dejé mi bolso en el sofá de la sala, sitio en el que estaban dormidos Mico y Mimí, dos gatitos que Roberto y los chicos encontraron abandonados en un parque. A los niños les dio tristeza verlos solitos y mi esposo se conmovió porque, según me explicó después, fue inevitable ver que aquellos bebitos felinos también eran un par de mellizos, como los nuestros. Y como a mí me encantan los gatos, claramente no me opuse a la adopción.

Fui hasta el comedor, donde dos platos de yogurt y la caja del cereal sobre la mesa eran la evidencia de la colación de media tarde.

Salí al patio trasero; ahí estaba Rober, con una estola rosa de plumas en el cuello y una corona de princesa, sentado en una diminuta silla junto a la mesita de la hora del té de Celeste.

Al fondo Celeste y Robertito corrían seguidos de Teddy, nuestro Beagle cachorro que casi es un hijo más.

- ¿Qué se supone que pasa? —pregunté a modo de saludo.
- Tomábamos el té en el castillo, pero de pronto empezó una maratón o algo así —explicó.
- ¿Quién gana?
- Celeste, como siempre. Igual que su madre.

Fruncí el ceño. Él se puso de pie y de inmediato me acurruqué en su regazo. Sentí tanta paz por tenerlos cerca de mí.

- Rober —dije, quitándole la corona.
- ¿Sí?

—No tienes idea de cuánto te amo —pronuncié mirándolo a los ojos.

—Linda... —suspiró, abrazándome con fuerza—. Tú me lo has dado todo. Eres el amor de mi vida.

Nos besamos románticamente, hasta que los chicos llegaron a corriendo.

—Mamá, qué bueno que llegaste —comentó Robertito.

—¿Verdad que extrañábamos mucho a mamá? —les consultó Rober.

—¡Sí! —contestaron al unísono.

—¿Qué les parece si me ayudan a preparar la cena? —propuso mi marido—. Sus tíos llegarán pronto.

—Sí, papí, vamos —le respondió Celeste.

Los “tíos” no son otros que Sophie, Gon, Olivia y Richard. Nos prometimos no perder el contacto por barreras como el escaso tiempo, el trabajo o los hijos, y hasta ahora lo hemos cumplido. Para Olivia, que decidió no ser madre, los mellizos y Marion —hija de Sophie y Gon— son toda la energía infantil que necesita y Richard los adora y los consiente a los tres por igual.

Rober cogió a los niños de la mano y entraron en la casa, seguidos por el perro. Observé a mi marido; con cinco décadas en el cuerpo ya tiene muchas más canas de las que tenía cuando lo conocí, pero cada vez que lo veo me parece más guapo. Basta con que me mire fijo a los ojos para hacerme sentir cosquillas en el estómago y en mi ropa interior. Supongo que eso sucede porque estoy locamente enamorada de él. Sí, suena muy cursi, pero es la verdad y me encanta que así sea, porque sé que a él le ocurre lo mismo conmigo.

No diré que ha sido sencillo, porque obviamente no es cierto. Para Rober, por ejemplo, la paternidad fue un tema duro; si bien estaba feliz de formar una familia, le aterraba estar demasiado viejo y no tener la paciencia y energía necesaria. Además, el fantasma de su primer casamiento fallido por la pérdida de un bebé lo acechaba muy de cerca.

En estos años Rober y yo hemos pasado por malos momentos: noches en vela con los niños enfermos, discusiones por asuntos domésticos, problemas laborales y un largo etcétera. Pero muchísimos más han sido los buenos: los chicos dando sus primeros pasos, sus primeras palabras, éxitos laborales, noches enteras haciendo el amor y susurrándonos al oído cuánto nos queremos.

Mi nombre es Karin Magdalena Rodríguez, madre de Robertito y Celeste, esposa de Roberto Brown, y si escribo estas líneas es para dejar evidencia de que a pesar de todo lo malo que pude haber vivido, no me arrepiento de nada. Cada lágrima y cada risa me trajeron hasta aquí, cada vivencia fue necesaria para llegar a este maravilloso resultado. Tuve dudas y temores; sobre si podría ser buena mamá de dos niños, si la maternidad no menguaría mis intereses profesionales, si con Rober no fracasaríamos como sus tres matrimonios anteriores, pero ya no más. Ya no más miedo, tengo una familia preciosa, amigos fieles y un trabajo que me encanta. Porque aunque el café sea por naturaleza amargo, está lleno de matices, igual que el amor. Y aunque su sabor no siempre sea tan perfecto como imaginamos, vale la pena, porque de nosotros depende que tan dulce pueda ser.

¿Qué más le puedo pedir a la vida? La respuesta es nada... porque ya lo tengo todo.